



**Universidad
de Guanajuato**

DIVISIÓN DE ARQUITECTURA, ARTE Y DISEÑO

DOCTORADO EN ARTES

Mística de la literatura erótica

Tesis que para obtener el grado de Doctora en Artes presenta

Isolda Villaseñor Ramírez

Asesor

Dr. Benjamín Valdivia Magdaleno

Guanajuato, Guanajuato

2017

A mis padres

A mis maestros

Mi más profunda gratitud

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
CAPÍTULO I. EROTISMO Y ESCRITURA.....	12
I.1. Erotismo.....	12
I.2. Erotismo y Escritura.....	35
CAPÍTULO II. LO ESPECÍFICAMENTE NOVELÍSTICO EN LA NOVELA ERÓTICA	46
II.1. Mística y erotismo en la novela.....	46
II.2. La novela como obra de arte literario.....	53
CAPÍTULO III. LA PORNOGRAFÍA COMO GÉNERO: UN NUEVO ÁMBITO DE REFLEXIÓN SOBRE LA REALIDAD, EL ARTE Y LA CULTURA.....	57
<i>CAMINO DE CERRO GORDO</i> (NOVELA).....	77
CONCLUSIONES.....	216
BIBLIOGRAFÍA.....	239

INTRODUCCIÓN

Un fenómeno propio de la escritura es esta especie de autonomía que adquiere el lenguaje en el instante mismo en que escribimos y que tiene como resultado el que queriendo decir una cosa decimos otra, el que habiendo establecido una intención o elaborado la planeación de un texto literario o de cualquier otra índole no la podamos seguir tal cual nos la planteamos o el que saquemos algo de la nada. El de los místicos españoles es el caso más citado y quizá el que mejor ilustra el carácter indomable del lenguaje, quienes queriendo referir lo inefable de su experiencia espiritual, fueron censurados por haber sido su obra interpretada como una exaltación de la sensualidad.

La razón de nuestra consideración de este fenómeno de la escritura por el que no podemos calcular la totalidad del proceso de creación y que vemos ser hondamente conducido por los baúles de la conciencia se debe a que invariablemente desemboca en el reino del erotismo, una de las zonas de nuestro ser más reprimidas y poco reflexionadas; a que cuando nos hallamos en ese punto reaccionamos con rechazo, vergüenza, culpabilidad y por ende nos autocensuramos hasta el punto de dejar de escribir. A veces no nos damos cuenta de que hemos alcanzado dicha zona hasta que alguien más nos lee y nos lo hace notar. Entonces pensamos, “sí, pero esa no era mi intención” lo cual ni explica ni justifica lo que sea que hayamos puesto en el papel.

Si a este anarquismo de la conciencia que no parece tener solución añadimos el pobre entendimiento que tenemos de los géneros, de sus rasgos distintivos, de su vigencia, de sus posibilidades cognitivas, como de su repercusión en la cultura. Nuestra escritura de por sí caótica que gusta de revolcarnos a placer, no nutrirá nuestro entendimiento de la realidad.

De la misma manera, pensamos que la confusión entre erotismo y pornografía es un problema de desconocimiento de los géneros y falta de reflexión del fenómeno del erotismo como de la pornografía como fenómeno cultural, y que lo mismo sucede con la novela y con la poesía. No identificamos cuáles son los rasgos distintivos, fundamentales e ineludibles del género y tomamos rasgos secundarios que pueden o no presentarse en un género dado pero equivocadamente lo tomamos como propio y no explotamos el gran potencial de ese género que desconocemos. Aunque el de la definición de los géneros es un problema, tenemos la certeza de que siempre podemos obtener de esas estrategias de conocimiento mayor sabiduría.

HIPÓTESIS

La mística de la literatura erótica se refiere a un proceso en el que interviene la sabiduría de Eros para guiarnos, intervención que acontece en el instante mismo en el que el pensamiento intenta ir hacia lo otro para conocer algo mediante la escritura que carece de camino como de palabras.

OBJETIVO GENERAL

Escribir una novela erótica

OBJETIVOS PARTICULARES

1. Definir qué es el erotismo y distinguirlo de los conceptos que se asocian a él.
2. Distinguir lo específicamente novelístico.
3. Diferenciar la novela erótica de la mera pornografía.
4. Observar, analizar y exponer las enseñanzas obtenidas mediante el proceso de creación literaria de la novela erótica.

JUSTIFICACIÓN

Con el fin de obtener una mayor comprensión de la autonomía del lenguaje que invariablemente nos conduce al reino del erotismo, nos hemos propuesto escribir una novela erótica a modo de encarar la escritura.

Así mismo deseamos llevar a cabo la justificación teórica de la novela con el fin de eventualmente poder apreciar el potencial cognitivo de la novela erótica ganando

entendimiento de cómo trabaja la sabiduría de Eros cuando interviene la escritura, así como captar lo que el proceso de creación literaria nos puede mostrar sobre nuestra propia escritura. Proyectar a futuro la manera en que podemos ir ganando dominio de los recursos narrativos.

METODOLOGÍA

Para la comprensión básica del concepto de erotismo nos basamos en *La agonía del eros* de Byung Chul Han. Para aclararnos conceptos asociados como deseo, placer, posesión-desposesión, desnudez, obscenidad, muerte consultamos *Con Terror Anal* de Beatriz Preciado; *Yonki* y *El almuerzo desnudo* de William Burroughs; y, el *Erotismo* de George Bataille. Para explorar la relación entre Eros y Escritura nos apoyamos en *Literatura y Secreto* de Luisa Valenzuela, *La precisión de la incertidumbre: Posmodernidad, Vida cotidiana y Escritura* de Lauro Zavala y *La llama doble* de Octavio Paz.

Para el concepto de la mística erótica occidental específicamente novelística nos apoyamos en *Amor y Occidente* de Denis de Rougemont; y, para la noción de novela como obra de arte literario en la *Teoría de la Novela* de Manuel García Viñó.

Finalmente, para la distinción entre pornografía y novela erótica nos basamos en *Ontología y Vanguardias* de Benjamín Valdivia por el concepto de Vanguardia; *Pornografía* de Naief

Yehya por su defensa de la pornografía y la explicación que hace del género; y, por su definición y postura en contra de la pornografía *El eros electrónico* de Roman Gubern.

RESUMEN DE CAPÍTULOS

Los conceptos teóricos, las definiciones de los específicamente novelístico y la distinción entre novela erótica y mera pornografía se organizan en un Marco Teórico dividido en tres capítulos. Después anexamos la novela *Camino de Cerro Gordo*. Y finalmente concluimos con la sistematización del proceso de creación literaria.

CAPÍTULO I. EROTISMO Y ESCRITURA

Este primer capítulo tiene como objetivo aclararnos qué podemos entender por erotismo y distinguirlo de conceptos asociados tales como deseo, placer, posesión, obscenidad, entre otros con los que se relaciona como y quizá el más importante, la noción de muerte que asociada a este fenómeno en particular adquiere una significación distinta a cualquiera que pudiéramos tener.

En un segundo apartado perteneciente a este mismo capítulo tratamos de profundizar la relación de Eros con la Escritura para podernos explicar la manera en que Eros interviene escritura.

CAPÍTULO II. LO ESPECÍFICAMENTE NOVELÍSTICO EN LA NOVELA ERÓTICA

En este segundo capítulo referimos las observaciones que Denis de Rougemont hace en su *Amor y Occidente* sobre cómo el amor pasión o amor mortal es la materia erótica y mística de lo propiamente novelístico y cómo su tratamiento dentro de la narrativa se distingue de la manera en que el ímpetu de la pasión es exaltado en la lírica provenzal. Distinción fundamental para saber a qué nos referimos con novela erótica en particular y mística de la literatura erótica en general.

Enseguida referimos la *Teoría de la novela* de Manuel García Viñó por tratarse de un texto en el que el autor nos aclara, en términos formales, qué es lo que podemos entender como propiamente novelístico y que a diferencia de la densa teoría literaria que puede llegar a ser muy detallada y de poca utilidad, nos muestra cómo los recursos formales y propiamente novelísticos generan valores estéticos que hacen de la novela una obra de arte.

CAPÍTULO III. LA PORNOGRAFÍA COMO GÉNERO: UN NUEVO ÁMBITO DE REFLEXIÓN SOBRE LA REALIDAD, EL ARTE Y LA CULTURA

En el capítulo tres llevamos a cabo la distinción primaria entre la pornografía como género y la novela erótica. En este capítulo se observa cómo la pornografía comporta

características propias de las vanguardias y empieza a ganar los terrenos de reflexión que eran propios del arte. El objetivo de este capítulo es poder situar la novela erótica en un entendimiento básico del género que nos impida confundirlo con la mera pornografía. Distinción que pretendemos nos sea de utilidad como escritores y como y para nuestros lectores.

CAMINO DE CERRO GORDO

(NOVELA)

Como resultado del desarrollo de nuestro proyecto de creación literaria, presentamos la novela *Camino de Cerro Gordo* que comprende tres capítulos distribuidos en 130 páginas. El argumento de la novela trata sobre una profesora de literatura que es acusada de actos de corrupción en la institución en la que trabaja lo cual la obliga a tomar un año sabático para dar tiempo a que se disipen los cargos en su contra. Durante ese año se hospeda en “Comarca las Vegas” una residencia a mitad del bosque, donde es sujeta de la experiencia erótica que se muestra con toda su sabiduría.

CONCLUSIONES

A manera de sistematización de la novela presentamos un grupo de reflexiones sobre los aciertos y problemas técnicos que surgieron durante el proceso de creación literaria relacionados con la manera de empezar la novela; el tiempo, el espacio, la intención, los personajes, la organización de las partes de la novela; los obstáculos internos; la necesidad de destruir la novela, de descomponer el tiempo de la creación, sobre la estrategia para

trabajar creación e investigación; y, justificación de *Camino de Cerro Gordo* como novela erótica. Reflexiones que en conjunto expresan los aprendizajes arrojados por el proceso de creación literaria, los cuales se explican principalmente con base en los elementos teóricos de los que nos hemos hecho en los primeros capítulos, así como otros añadidos en el transcurso de la redacción de la sistematización.

CAPÍTULO I. EROTISMO Y ESCRITURA

I.1. Erotismo

Definición de erotismo y conceptos asociados

Existen distintas formas de explicar el concepto de erotismo. Algunos autores se aproximan desde su carácter histórico; desde cómo se expresa a través del arte; desde los puntos de vista psicológico, económico, político y social; desde perspectivas filosóficas o visiones espirituales. Incluso hay quienes se refieren al erotismo como sinónimo de conceptos asociados ya sin tratar de distinguir sus características particulares.

Lo que nos parece determinante es que, eventualmente, el erotismo, si se logra definir o no, y desde el ángulo desde el que sea que se mire, se manifiesta como una forma de sabiduría que nos hace reflexionar sobre cómo es la realidad, y en particular, la realidad de la identidad personal, el yo, el ego, la noción que tenemos de nosotros mismos, como si de algún modo girara nuestra mirada hacia lo que realmente somos. Y aquello que realmente somos es algo para nosotros desconocido, un misterio. Y es este misterio el que atrae, y en ocasiones, el que arrastra la atención hacia su observación, experimentación, defensa o comprensión. ¿Qué es lo que me quiere decir? ¿Qué es lo que me quiere mostrar? La tentativa de saber algo que no sé y que es vital para mí, ¿de qué está hecho mi ser, mi

existir, en el tránsito de nacer, vivir y aproximarme a morir? “*El erotismo es lo que en la conciencia del hombre pone en cuestión al ser*” (Bataille, 2003: 33)

En su obra *La agonía del Eros*, el filósofo alemán de ascendencia coreana, Byung Chul Han, con el fin de sustentar su diagnóstico ya enunciado desde el título, explica el mecanismo psicológico y su relación con el sistema económico capitalista, a través del cual el ser humano inhibe la experiencia de Eros, lo que trae como consecuencia un “muerto en vida”, un esclavo, deprimido, auto explotado, culposo y perdido en el camino del pensamiento. De lo anterior podemos inferir que Eros es vital para el ser humano y no algo que podamos poner de lado o entre paréntesis sin cuestionar.

Una de las características que Han atribuye al Eros es la de dirigirse hacia el *otro en sentido enfático*, pero no “mediante el régimen del yo” (10). Los aspectos relevantes que caracterizan al otro son que el otro carece de lugar, que no se le puede nombrar, que no se puede consumir ni se puede “traducir en términos de poder”. En la relación de Eros con el otro, “si fuese posible conocerlo, poseerlo o aprehenderlo, entonces ya no sería otro. Poseer, conocer, aprehender: sinónimos del poder”. (23) Esta última, observación de Levinas en *El tiempo y el otro* citado por Han.

En su Introducción a *El Erotismo*, Bataille comprende las nociones tanto de posesión como de desposesión. La posesión se dirige al ser amado mientras que la desposesión se refiere al sí mismo en la relación con el otro. “La pasión nos repite sin cesar: si poseyeras al ser

amado, ese corazón que la soledad oprime formaría un solo corazón con el del ser amado. Ahora bien, esta promesa es ilusoria, en parte” (25). Por otro lado, con base en su planteamiento sobre los seres humanos como seres discontinuos en pos de la continuidad, para Bataille hay un ir de la posesión de sí mismo a la desposesión que acontece en el acto de abrirse al otro mediante la acción decisiva de quitarse la ropa y permitir que ese aparente poseerse a sí mismo se resquebraje.

La desnudez se opone al estado cerrado, es decir, al estado de la existencia discontinua. Es un estado de comunicación, que revela un ir en pos de la continuidad posible del ser, más allá del repliegue sobre sí. Los cuerpos se abren a la continuidad por esos conductos secretos que nos dan un sentimiento de obscenidad. La obscenidad significa la perturbación que altera el estado de los cuerpos que se supone conforme con la posesión de sí mismos, con la posesión de la individualidad, firme y duradera. Hay, al contrario, desposesión en el juego de los órganos que se derraman en el renuevo de la fusión, de manera semejante al vaivén de las olas que se penetran y se pierden unas en otras. Esta desposesión es tan completa que, en el estado de desnudez –estado que la anuncia, que es su emblema-, la mayoría de los seres humanos se sustraen; y con mayor razón si la acción erótica, que completa la desposesión, sigue a la desnudez. (22)

Una distinción importante para comprender al Eros es aquella que en su explicación hace Han entre el “sujeto narcisista” y el “sujeto del amor propio” y es en esta distinción donde se vuelve relevante la comprensión del yo, ya que funge como lo opuesto a Eros. El primero, según desarrolla el autor, “invierte la libido en la propia subjetividad” y el segundo “emprende una delimitación negativa frente al otro, a favor de sí mismo”. (11)

Entendemos que con “negatividad” se refiere a los aspectos antes mencionados que caracterizan al otro, su no lugar, no nombre, no objeto de consumo, *no poder* poder. Contrariamente al sujeto del amor propio, el sujeto narcisista no se puede delimitar: “Se diluye el límite entre él y el otro”. Quizá la “disolución del límite entre él y el otro” puede confundirse con la “disolución del yo” que acontece en la relación con el otro al que sí se le reconoce como otro con toda su negatividad, respecto al que sí hay una delimitación y por ende un distanciamiento. Aunque el autor usa la misma palabra “disolución” no se está refiriendo a lo mismo en un caso y en el otro. De hecho, hará énfasis en el carácter de distanciamiento de Eros, pues el sujeto narcisista, al no delimitarse frente al otro, deja abolida la distancia. Habiendo apuntado lo anterior, citamos la explicación a cerca de la incapacidad del sujeto narcisista para delimitarse en relación con el otro:

El mundo se le presenta solo como proyecciones de sí mismo. No es capaz de conocer al otro en su alteridad y de reconocerlo en esta alteridad. Solo hay significaciones allí donde él se reconoce a sí mismo de algún modo. Deambula por todas partes como una sombra de sí mismo, hasta que se ahoga en sí mismo. [...] El otro, despojado de su alteridad, queda degradado a la condición de espejo del uno, al que confirma en su ego. (11)

El ejemplo extremo por excelencia del sujeto narcisista se encuentra en la propuesta erótica del Marqués de Sade. En el comentario de Valdivia (sobre el que volveremos más adelante) a la crítica de Paz sobre Sade, el poeta observa la impotencia del razonamiento normal ante el razonamiento sadiano que raya en la locura, ante la cual la razón no puede nada y en el que se establece que imponer el placer a la normatividad, mi placer por encima del de los demás y someterme al placer de los demás es incursionar en el terreno del crimen, “¿No es eso lo que ocurre ahora?” pregunta Paz (48)

El crimen se eleva sobre la pasión; y la filosofía sobre el *eros*. Al cosificar al otro, el libertino está engañado, porque el otro ha perdido su esencialidad humana: ya no refleja, ya no es *el otro*. La expresión “objeto erótico” se evidencia antinómica. En su persecución, el libertino debe pasar el infinito de los otros objetualizados, sin encontrar jamás su reflejo en la otredad cosificada. Está condenado a perseguirse sin rostro frente a infinitos espejos: ¿quién es él? [...] Hay un deterioro en el sentido de desaparición; cada vez está más lejos la revelación del ser y de su ser (Valdivia, 48)

Han atribuye al narcisismo el ser la causa de la depresión, por lo cual menciona “Eros y depresión son opuestos entre sí”. (11) En su definición de Eros, Han afirma que se disuelve

el yo al unirse con el otro, o bien, entrar en comunión con el otro¹, según la visión mística que se comparte y lo explica de la siguiente manera:

Eros arranca al sujeto de sí mismo y lo conduce fuera, hacia el otro (11) [...] el Eros hace posible una experiencia del otro en su alteridad, que saca al uno de su infierno narcisista. Eros pone en marcha un voluntario *desreconocimiento* de sí mismo, un voluntario *vaciamiento de sí mismo*. Una especial debilidad se apodera del sujeto del amor, acompañada, a la vez, por un sentimiento de fortaleza que de todos modos no es la *realización propia* del uno, sino el *don del otro*. (12)

Este último añadido en relación con *el don del otro* explicita cómo trabaja la sabiduría de Eros. Mediante la contemplación de la negatividad del otro, el uno comprende su propia naturaleza que se revela al cabo de la disolución del yo y como de regreso de la ida hacia el otro. “El erotismo es ante todo y sobre todo *sed de otredad*. Y lo sobrenatural es la radical y suprema otredad” (Paz, 20) Por ese camino del otro, es que acontece un retorno a casa y ese retorno a casa es lo que al uno le ha donado el otro, un atisbo de cómo regresar a lo que verdaderamente se es, para lo cual ha tenido que acontecer la des-ilusión de la realidad de un yo. Chogyam Trungpa en su *Loca Sabiduría*, afirma “el ‘otro’, [...] es también uno mismo” (81) y explica la relación entre el yo y el otro, que a veces refiere como esto y aquello:

¹ Ver de Rougemont, Denis de. *Amor y Occidente*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México 1993

Según la perspectiva budista, el ego, o el yo, es inexistente. No se basa en ningún factor real o definido. Su fundamento es una simple creencia o hipótesis: me llamo Fulano de Tal, luego existo. Y si no sé cómo me llamo, si no sé cuál es mi nombre, entonces no hay una estructura que sirva de fundamento a todo lo demás. Según esta creencia primitiva, el hecho de creer en “aquello”, el otro, produce “esto”, el yo. Si existe “aquello”, entonces “esto” también debe existir. Creo en “aquello”, porque necesito un punto de referencia para mi propia existencia, para “esto”.

Cuando nos preguntamos: “¿quién eres, qué eres?”, y contestamos: “soy Fulano de Tal”, nuestra afirmación o confirmación consiste en darle un contenido a esta pregunta vacía. La pregunta es como un recipiente en el cual metemos algo para hacer de él un recipiente apropiado y válido. Entre esas dos operaciones que son plantear una pregunta y dar una respuesta, hay una energía que actúa, un proceso energético que se produce simultáneamente. La energía que surge entre la pregunta y la respuesta se relaciona con lo absolutamente verdadero o lo absolutamente falso. Curiosamente, estos dos no se contradicen. La verdad absoluta y la falsedad absoluta son, en cierto modo, lo mismo; ambas tienen sentido. La verdad es falsa, la falsedad es cierta. Y esta clase de energía, que surge sin cesar, es lo que llamamos tantra. Aquí no importan los silogismos de la verdad o la

falsedad, y el estado psicológico que acompaña esa energía se llama loca sabiduría. (93)

Lo que estoy tratando de decir es que la mente está absolutamente obsesionada por recibir, en cada instante, un sí o un no de los fenómenos: sí en el sentido de confirmar la existencia de la mente y no en el sentido de invalidarla. Sin embargo, nuestra estructura mental se perpetúa sin cesar entre esas dos actitudes. Tanto la afirmación como la negación se basan en la misma sensación de tener un punto de referencia.

Esa estructura fundamental de la mente, que consiste en crear puntos de referencia, es algo constante, lo que significa que siempre hay una energía que está presente. [...] Esto tiene sentido, porque estamos constantemente luchando en ese terreno, en ese campo de batalla. Siempre estamos peleando por saber quién es el que manda ahí y si el campo de batalla le pertenece a los agresores o a los defensores, y cosas por el estilo. Pero, en el fondo, nadie se ha preguntado nunca si el campo de batalla existe o no existe realmente. Y lo que decimos aquí es que ese terreno, ese campo de batalla, sí existe. El que neguemos o afirmemos que está en nuestro poder o en manos de otros no tiene la menor importancia, ni la más mínima, pues mientras afirmamos o negamos, seguimos en cualquier caso ocupando ese terreno. El

terreno en el que estamos es a la vez un lugar de nacimiento y un lugar de muerte. Esto nos da una cierta sensación de solidez (94)

La muerte es un elemento simbólico fundamental en la expresión de la sabiduría del Eros. Esta relación no siempre es explícita, ya que en general se asume que por sí sola se comprende y se llegan a dar errores de interpretación. ¿A qué muerte se refiere? El hecho de que en obras literarias representativas del género (novela erótica / amor-pasión) acontece una muerte concreta, la de los protagonistas involucrados en la experiencia erótica, se suma a esta confusión. Sin embargo, se podría afirmar que cuando se habla de dicha relación entre Eros y muerte se refieren a otra cosa que no a la cesación de una vida humana meramente.

Al adoptar la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, Chul Han retoma el concepto de *mera vida*. Así que muerte tampoco es solamente la muerte de la *mera vida*. Byung especifica el significado de la muerte cuando cita *Estética* de Hegel quien dice “El amor es una conclusión absoluta porque presupone la muerte, la renuncia a sí mismo. La ‘verdadera esencia del amor’ consiste en ‘renunciar a la conciencia de sí mismo, en olvidarse de sí en otra mismidad’ (39) Mediante esta cita Han toma al “amor” como equivalente de Eros y dice “el amor como conclusión absoluta pasa a través de la muerte. Ciertamente se muere en lo otro, pero a esta muerte le sigue un retorno hacia sí. Y el retorno reconciliado desde el otro hacia sí es todo menos una apropiación violenta del otro” (Han, 39, 40). Por lo que en

principio podríamos leer, Muerte: Esencia del amor. Renunciar a la conciencia de sí mismo. Olvidarse de sí en otra mismidad.

La negatividad de la muerte es esencial para la experiencia erótica: [...] La muerte se dirige sobre todo al *yo*. Los impulsos de vida eróticos lo inundan y deshacen los límites de su identidad narcisista-imaginaria. Tanto la renuncia a la identidad imaginaria del *yo* como la supresión del orden simbólico, al que el *yo* debe su existencia social, representan la muerte, una muerte más importante que el final de la mera vida. (Han, 42)

Para Bataille, “el erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte” (15). Aunque Aldo Pellegrini hace una crítica inquietante en relación a la manera en que Bataille aborda el erotismo desde la violencia, más del lado de la muerte que de la vida, la lectura que hacemos del francés es que dicha violencia se refiere a la transgresión necesaria que implica ir de la discontinuidad a la continuidad mediante la relación con el otro y que si esa violencia se hace necesaria es porque hay una resistencia al cambio. Dice Bataille:

Lo más violento para nosotros es la muerte; la cual, precisamente, nos arranca de la obstinación que tenemos por ver durar el ser discontinuo que somos [...] Sin una violación del ser constituido –constituido como tal en la discontinuidad- no podemos representarnos el pasaje desde un estado hasta otro que es esencialmente distinto. [...] No solo nos encontramos [...] con el

fondo de violencia que en el erotismo de los cuerpos nos quita la respiración, sino que ahí se nos revela el sentido íntimo de esa violencia. ¿Qué significa el erotismo de los cuerpos sino una violación del ser de los que toman parte en él? ¿Una violación que confina con la muerte? ¿Una violación que confina con el acto de matar? (21).

Pero habría que leer con atención hasta dónde llega Bataille con la idea de la violencia, pues uno de los argumentos de Pelligrini es que Bataille está adoptando la postura de Sade, a la que se refiere como un “erotismo de muerte” más que como a un erotismo de vida, que para Pelligrini se vincula más con el amor que con la violencia. En relación con el “erotismo de muerte” del que rehúye Pelligrini, para Bataille, el Marqués de Sade tiene razón en cuanto a que hay relación entre el erotismo y la muerte al afirmar que el impulso de quitar la vida a otro “actúa sobre los sentidos” a lo que el pensador francés llama “sensualidad aberrante” sin que por ello deje de existir “una relación entre la muerte y la excitación sexual” (16) incluso, piensa Bataille, un enfermo puede experimentar el deseo del goce sexual “mediante la imagen del acto de dar la muerte” sin embargo, dice, “Pero no podemos limitarnos a decir que la enfermedad es la causa de esta relación.” (16) En primer lugar hay que decir que la idea de que somos seres discontinuos y perecederos que anhelamos la continuidad pertenece al pensamiento de Bataille, a quien Pelligrini no le da crédito en su texto. En especial nos parece que no hay una lectura atenta de Bataille por parte de Pelligrini. Y que en defensa de la lógica de la noción de erotismo de Bataille, la violencia anima “los movimientos del erotismo” (21) y que su noción de muerte hay que entenderla de manera articulada al proceso que está tratando de explicar: Yo discontinuo

individual perecedero – movimiento erótico (animado por la violencia necesaria, dada la resistencia al cambio) – (cambio en el que yo discontinuo individual muere) continuidad.

Lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas. Repito: una disolución de esas formas de vida social, regular, que fundamentan el orden discontinuo de las individualidades que somos. Pero en el erotismo, menos aún que en la reproducción, la vida discontinua no está condenada, por más que diga Sade, a desaparecer: solo es cuestionada. Debe ser perturbada, alterada al máximo. Hay una búsqueda de la continuidad [...] Se trata de introducir, en el interior de un mundo fundado sobre la discontinuidad, toda la continuidad de la que este mundo es capaz. La aberración de Sade excede a esta posibilidad. (23)

En *La llama doble* Octavio Paz explica el carácter doble de Eros como luz y oscuridad. Recuerda que en la antigüedad, Eros fue concebido como el dios que “comunica a la oscuridad con la luz” y se expresa de Sade y sus continuadores como ángeles caídos, como representantes de la “luz negra” lo cual comporta “media filosofía”. Además sugiere, con el fin de tener el panorama completo, recurrir a los poetas y a los novelistas, pues afirma que no es lo mismo reflexionar sobre el erotismo que expresarlo, pues esto último es a lo que llama “el don del artista y del poeta” (27) Lo cual nos hace pensar que, por más que nos neguemos a leer al Marqués de Sade, no podemos negar que es parte del fenómeno y que justo eso fue lo que quiso hacer ver. “Eros es solar y nocturno: todos lo sienten pero pocos

lo ven [...] El doble aspecto de Eros, luz y sombra, cristaliza en una imagen mil veces repetida por los poetas de la *Antología Griega*: la lámpara encendida en la oscuridad de la alcoba” (27) La historia del lado luminoso del erotismo en palabras del poeta, y que de algún modo resume lo dicho hasta el momento, reza de la siguiente manera:

Dicha solar: el mundo sonríe. ¿Por cuánto tiempo? El tiempo de un suspiro: una eternidad. Sí, el erotismo se desprende de la sexualidad, la transforma y la desvía de su fin, la reproducción, pero ese desprendimiento es también un regreso: la pareja vuelve al mar sexual y se mece en su oleaje infinito y apacible. Allí recobra la inocencia de las bestias [...] La experiencia que acabo de evocar es la del regreso a la realidad primordial, anterior al erotismo, al amor y al éxtasis de los contemplativos. Este regreso no es huida de la muerte ni negación de los aspectos terribles del erotismo: es una tentativa por comprenderlos e integrarlos a la totalidad. (28)

Para Benjamín Valdivia, según desarrolla en su análisis Sade: El Teólogo contra Dios que forma parte de su *Eros y Quimeras*. Visiones sobre Nerval, Sade, Paz y otros, la maldad de Sade es sistemática, teórica y sobre todo, más allá de los crímenes y el erotismo del que habla su literatura, comporta una visión de mundo. Valdivia explica que la maldad, para Sade, debe llevarse a cabo con dos intenciones particulares, o bien “por placer”, o bien “con el afán de conocimiento” que es a lo que llama “una maldad inmaculada” (52) Asimismo, piensa que Sade, más que meramente representar el lado oscuro del erotismo como

pensamos con Paz, dice: “no es demoniaco. Su intención no va hacia la adoración de lo oscuro sino hacia la destrucción de lo luminoso: es el espejo negro de la divinidad. Sade es un proscrito, un resentido de cómo Dios maneja las cosas de la vida” (53)

Por un lado nos llama la atención la idea de “monotonía” en la distinción que hace Paz entre sexualidad y erotismo pues parece ser la que cataliza las formas de la sexualidad humana, al erotismo con toda su complejidad. “Aterradora y prodigiosa monotónia que se vuelve, en el mundo del hombre, aterradora y prodigiosa variedad” (16) Lo cual nos parece que contrasta de manera muy interesante, con la propuesta de Sade que cita Valdivia de Paz en Tres Tiempos de Paz sobre Sade de su mismo *Eros y Quimeras*. “Sade nos propone una imposibilidad lógica o una paradoja mística: gozar en la insensibilidad” (49) Y volviendo al análisis de Valdivia de “... el Teólogo contra Dios” nos gustaría traer a cuenta lo que para el autor sería la propuesta de Sade ante la necesidad de sabotear el objetivo de la Providencia divina dada la “débil libertad del hombre” de tener un fin de los tiempos en el que triunfe el Bien. Por ejemplo, “contra la obligación de ganar el alimento por el trabajo, establecer la dejadez; contra la prohibición de disfrutar la naturaleza material, estipular el placer constantemente reintegrado a su nulidad” (53) y nos llama la atención el contraste porque parece que hay en el aburrimiento una quietud de la que hay que reaccionar mediante un movimiento que conduce a la variedad y cómo la dejadez, la nulidad del placer parecen una invitación a volver a esa quietud donde ya no hay más movimiento. Así, más adelante continuará Valdivia en sus observaciones sobre las propuestas de Sade que percibimos van en esta misma dirección:

Es un opuesto a Eros: no persigue el amor; ni siquiera la posesión: persigue el desgaste [...] la sexualidad con sus infinitos matices, sorpresas y aberraciones, sólo sería el medio para desbastar el viviente instrumento de la libertad hacia el Bien [...] dilapidar toda la energía erótica en actos que se agoten en sí mismos. ¿Hasta dónde este teólogo contra Dios va logrando su propósito en las sociedades contemporáneas? [...] Sade tiende a la anulación del otro, al descreer en la realidad de ese otro ser allí (cuerpo, alma, sentido, mente o lo que sea) [...] Dios. Ese es el verdadero Otro al que debemos anular. Para cumplir con nuestra propia autonomía moral. [...] Un cierto día se llegará al previsible fin de las edades. [...] todo habrá sido en vano, se habrá sufrido sin propósito y se habrá gozado sin razón. [...] Al contrario de Dios, quien tiene su gozo en la creación, Sade parece tener el placer de la destrucción, del acabamiento, del desastre” (53-55)

Esta excelente interpretación que hace Valdivia de Sade nos hace pensar en la manera en la que Trungpa se refería a la existencia del yo y del otro, como una creencia primitiva que hay que erradicar, en esa necesidad de la mente de tener puntos de referencia que en realidad no tiene y esa energía que se mueve todo el tiempo entre el preguntar y el responder quién eres, Fulano de Tal. Nos preguntamos si es a esa inmovilidad carente de punto de referencia a la que en realidad Sade, intuitivamente quería llegar. Aunque como dice Valdivia, lo que importa no es si está o no en lo correcto, sino que tiene una visión de mundo, aunque desconozca el camino. Respecto a Dios:

El budismo se enfrenta a un problema totalmente diferente. Aquí no se trata de tu dios contra mi dios. Tú tienes tu dios, pero yo no tengo dios, así que me quedo como suspendido en el aire. No tengo nada que sustituya a tu dios. ¿Dónde están entonces la grandeza y el poder de convicción de mi planteamiento? No tengo nada que ofrecer a cambio. Lo único que puede servir de sustituto es la loca sabiduría. La *mente* es algo muy poderoso. Todos tenemos una mente, incluso los animales. Olvidémonos entonces de Él, o de Ellos, o de Ellos con Él, o de lo que sea. (Chögyam Trungpa, 71)

Una distinción fundamental más que hacer para la comprensión del erotismo es aquella que existe entre Eros y deseo. Byung expone la doctrina platónica mediante la cual queda claro que Eros y deseo no son lo mismo. Según Plantón, explica Chul Han, el Eros comprende tres partes: deseo (epithy-mia), valentía (thymos) y razón (logos). “El Eros no ha de confundirse con el deseo (epithymia). Es superior no solo al deseo, sino también al thymos” (66). En muchos textos podemos observar que sus autores toman al deseo como si fuera el propio Eros al hablar de ellos indiscriminadamente y en ocasiones esta confusión lleva a sus apreciaciones a un callejón sin salida. Por ejemplo, para subrayar la importancia de esta distinción, el domingo 24 de enero de 2016, La cultura en México de *Siempre!* publica una entrevista que hace Eve Gil a la escritora Ana Clavel. En esta, Gil hace evidente la irritación de Clavel ante el hecho de que su obra sea considerada como literatura erótica; mediante lo cual se hace, asimismo, evidente la irritación de la propia Eve al no encontrar en Clavel la complicidad que confirme su propia valoración de que sí lo es, especialmente cuando Gil es una ferviente estudiosa de sus novelas, según apunta ella misma. La virtud de

la entrevista es la generosidad que de cualquier modo tuvo de replicar los comentarios de Clavel tal cual los emitió, desde donde podemos leer que por lo menos la escritora tiene claro que Eros y deseo no son lo mismo y que, en defensa de su obra, lo que intenta aclarar es que sus “temáticas, son, más bien, *exploraciones del deseo.*” (Clavel, entrevistada por Gil, 80) Por la referencia que hace al trabajo de investigación paralelo a la escritura de sus novelas, es muy probable que su intención se encuentre suficientemente fundamentada. Sin embargo, todavía nos quedaría revisar los materiales y ver exactamente de qué estamos hablando, si en efecto se trata de una exploración del deseo, o, si aunque la intención era esa, quizá, en efecto esté pisando los terrenos de Eros no importando qué es lo que haya querido hacer y qué tanto lo haya fundamentado teóricamente. Como lo haría notar D. H. Lawrence en su *Pornografía y Obscenidad*, “estamos ante el viejo y debatido problema de la intención, que ha llegado a ser totalmente absurdo hoy que sabemos cuán poderosas y decisivas son nuestras intenciones inconscientes” (47) Así mismo, Eve Gil, si gusta de etiquetar como erótica la literatura de Clavel, su obligación como estudiosa de esas obras es la de explicarse ¿por qué la está considerando como tal? ¿Qué está entendiendo como erótico? ¿Está tomando a Eros y deseo como equivalentes? ¿Dónde termina uno y dónde comienza el otro? Lo cual, por supuesto, requeriría más de una cuartilla para explicarse. Probablemente, al intentar resolver estas preguntas ninguna de las dos tenga la razón o quizá las dos la tengan, que se haya hecho una exploración del deseo y que además se haya manifestado la sabiduría de Eros.

Así como la de Eros, la del deseo tampoco es una definición sencilla. Octavio Paz vincula de manera muy estrecha al deseo con la imaginación “En todo encuentro erótico hay un

personaje invisible y siempre activo: la imaginación, el deseo” (15) Desde aquí podemos ver que si bien el deseo es este personaje siempre activo, no es el Eros en sí mismo, sería como una cualidad que participa durante la manifestación de Eros. “Deseo: padre de la fantasía” (15) especifica Paz para hacernos ver que no solo Eros y deseo no son lo mismo, sino que tampoco el deseo y la fantasía lo son pero todos convergen en el encuentro erótico. Paz afirma: “El sexo es subversivo: ignora las clases y las jerarquías, las artes y las ciencias, el día y la noche: duerme y sólo despierta para fornicar y volver a dormir” (16) Lo cual nos habla del deseo como una cierta energía que moviliza a la actividad sexual, así como de su carácter impersonal pese a que el deseo ha sido etiquetado con base en la asignación de género y al que se le añaden determinaciones culturales, políticas y religiosas. Así, en uno de sus ensayos publicado en *Ser Mujer* que se llama El Erotismo en la Mujer Anaís Nin encuentra que gracias a que los escritores franceses no contaban con los tabús del puritanismo, pudieron crear una “literatura erótica muy bella” (16).

En *La Fuerza de existir*. Manifiesto Hedonista. Michel Onffray dice que occidente inventó el “deseo como falta” concepto a través del cual hace una severa crítica a su concepción del erotismo en general y del cuerpo en particular. “Veinte siglos de judeocristianismo [...] dejan huellas en el formateado del cuerpo occidental” la tradición pitagórica pero sobre todo platónica “lega a la Europa cristiana un cuerpo esquizofrénico, que se odia a sí mismo” (119) El placer en este contexto tiene la función de satisfacer esa falta. Deseo y placer, así concebidos representan lo que él denomina como el origen del malestar y la miseria sexual, entendiendo a la miseria sexual como esa “nefasta inclinación del homo sapiens a gozar de objetos pasivos” (zoofilia, pedofilia, necrofilia) (120)

Si buscamos similitudes entre la erótica judeocristiana y la erótica china, india, japonesa, nepalesa, persa, griega, romana, no encontraremos ninguna. Más bien, lo contrario de una erótica: odio al cuerpo, a la carne, al deseo, al placer de las mujeres y al goce. No hay ningún arte de goce católico, sino un dispositivo omnisciente castrador y destructor de toda veleidad hedonista.

(120)

En el comentario que, a modo de postfacio, hace Marc Fumaroli a la obra póstuma de François René de Chateaubriend *Amor y Vejez*, intitulado La temporada en el infierno de Chateaubriand se habla del deseo cristiano como hecho de las cosas pequeñas de la vida que traen alegría y que no tienen por qué ser sometidas al extremo rigor de odiar a la humanidad. O por lo menos así fue como, al parecer, Chateaubriend quiso concebir el deseo cristiano ya que se entiende que el escritor francés disfrutó de todos los placeres durante su juventud y nunca tuvo la intención de renegar de ellos. Sin embargo, dice Fumaroli “En 1799 había descubierto, a partir de san Agustín y de Rousseau, el sentido cristiano y fecundo de los deseos que no pueden ser saciados, de los señuelos que irritan y que decepcionan a una sed que nada puede saciar: “Veo al Crucificado al final de todos mis caminos”. (38) Fumaroli observa que, decantado por el paso del tiempo, en sus diarios de viaje de 1833 ya expresa la melancolía de la juventud perdida y la insatisfacción que más tarde se verán reflejados en *Amor y Vejez* y dice que Chateaubriend, dirigiéndose a “Cintia no es más que una sombra que dormita con el aliento embalsamado por los perfumes y sabores de un Mediterráneo y de un Oriente antiguos también desaparecidos, igual que las

efímeras alegrías y penas terrenales, ante la verdad del cristianismo: el infinito del deseo” (46) El propio Chateaubriend expone el carácter ascético del deseo cristiano en su *Amor y Vejez* en el que enamorado de una damita muchos años menor que él, le describe todos los posibles panoramas ante su deseo y el absurdo de tenerla, entre distintas razones, por la diferencia de edad, pero por la condición de vejez en sí misma, como si al “viejo” le estuviera negado el Eros, lo cual también es muy representativo de la cultura occidental.²

Envejecido en la tierra sin haber perdido nada de sus sueños, de sus locuras, de sus vagas tristezas, siempre en busca de aquello que no puede encontrar y obligado a añadir a sus antiguos males los desengaños de la experiencia, la soledad de los deseos, el hastío del corazón y la desventura de los años. Dime ¿acaso no habré sugerido a los demonios, en mi persona, la idea de un suplicio que no habían inventado aún en la región de los dolores eternos?

Flor encantadora que no quiero coger, te dirijo estos últimos cantos de tristeza; los oirás sólo después de mi muerte, cuando haya unido mi vida al haz de las liras rotas. (16)

En las dos obras a partir de las que Fumaroli interpreta el carácter del deseo cristiano de Chateaubriend *Amor y Vejez* y *Vida de Rancé*, quien eventualmente representará una influencia contundente para muchos otros escritores por sus obras *René* y *Atala*, se traduce un rechazo determinante por parte de Chateaubriend de no “renegar en absoluto de la

² Ver de Lacub, Ricardo. *Erótica y Vejez*. Perspectivas de Occidente. Paidós, Buenos Aires 2007

comuni3n de los pecadores de los que es int3rprete, y de no blasfemar, como Ranc3, contra la misericordia de Cristo: el Crucificado vino a la tierra para redimir con su sangre a todos los “hombres de buen voluntad” y no a exigir de ellos que odien y anulen una naturaleza carnal y una inteligencia que 3l mismo honr3 revisti3ndolas” (51)

En *C3nsules de Sodoma* coordinado por Winston Leyland, se publica la entrevista que hacen Laurence Collinson y Roger Baker a William S. Burroughs, en la que el escritor norteamericano dice que “La moral sexual del mundo occidental se basa en la Biblia, especialmente en las ense1anzas de san Pablo, que presumen la posibilidad de imponer a todos, en todas partes y para siempre una conducta sexual arbitraria y dogm3tica” (207) sin embargo, concibe que estas ense1anzas son inoperantes en el contexto actual y desde la aparici3n de m3todos anti conceptivo efectivos, la reproducci3n como algo a contener y no a alentar y el que investigaciones cient3ficas han demostrado que, mediante la estimulaciones de ciertas zonas en el cerebro un homosexual es condicionado a reaccionar sexualmente ante una mujer, aunque est3 bien fea. En una segunda entrevista por John Giorno, publicada en el mismo lugar, reitera su perspectiva “Todo el ambiente de rechazo proviene de la religi3n cristiana. No de Jesucristo mismo, que probablemente era marica, sino de san Pablo” (220) refiriendo con ello el que el 3nico deseo que la tradici3n judeocristiana reconoce es el deseo heterosexual y rechaza las acciones homosexuales.

El escritor italoamericano, Marco Vassi, a menudo expresa en su obra narrativa como en su obra ensay3stica esta influencia religiosa que todo permea y que es como un peso del que es

necesario desembarazarse, que por un lado, comprende la exclusividad del deseo heterosexual, pero sobre todo el sentimiento de culpa ante el goce del cuerpo y el orgasmo. En su ensayo The Trucks publicado en *Methasex, Mirth and Madness*, Vassi relata su primer experiencia sexual con un chico de su barrio, a quien vuelve a encontrar tiempo después con la expectativa de repetir la experiencia, pero su amigo lo rechaza enojado y distante “He had undoubtedly experienced the disgust that those of us raised as Catholics associated with orgasm after so many years of being told how sinful and damaging sex is, how it is an affront to God, and how even touching oneself would land one in eternal fires of hell” (149)

Una propuesta laica sobre el deseo y sobre el placer las encontramos en Beatriz Preciado y William S. Burroughs sin que necesariamente actúen de manera articulada en una relación de causa y efecto como en la perspectiva católica occidental que analiza Onffray. La definición de placer de Burroughs nos parece la más simple, la más austera y la más bruta, seguramente basada en su experiencia de adicción a la droga de la que se hizo consciente y quedó extraordinariamente articulada a lo largo de su obra. En su nota previa a *Yonki* especula “quizá todo placer sea alivio” (22). ... y nos quedamos en suspenso ¿alivio de qué? hasta que más tarde leemos en alguna parte extraviada del *El Almuerzo desnudo* “alivio de la tensión”.

Beatriz Preciado comenta en su texto *Con Terror anal* un par de recomendaciones en relación con el deseo, producto de las indagaciones de quienes encabezan lo que llama la

revolución anal, entre los que identifica a “Guy Hocquenghem, Françoise d’Eaubonne, René Schérer, Monique Wittig, los activistas del FHAR y las Gouines Rouges quienes inventan una forma de conocimiento anal (marica-bollera-trans) que desplaza la enunciación científica tradicional produciendo una auténtica ruptura epistemológica” (157). Recomendaciones mediante las que expresa su entendimiento sobre el hecho de que obras como *El deseo homosexual* de Hocquenghem y *El cuerpo lesbiano* de Monique Wittig “apuntan con un guiño paródico, a mecanismos de producción política y no a entidades o sustancias” (164) Así mismo refiere el que no hay directrices, programas preestablecidos ni recetas que puedan mantener un estado continuo de cuestionamiento y búsqueda en esta dirección.

Desconfía de tu deseo, sea cual sea. Desconfía de tu identidad, sea cual sea. La identidad no existe sino como espejismo político. El deseo no es una reserva de verdad, sino un artefacto construido culturalmente, modelado por la violencia social, los incentivos y las recompensas, pero también por el miedo a la exclusión. No hay deseo homosexual o deseo heterosexual, del mismo modo que tampoco hay deseo bisexual: el deseo es siempre un recorte arbitrario en un flujo ininterrumpido y polívoco. (164)

La relación entre Eros y valentía se decanta en lo político, se enlazan en la protesta social y su sabiduría opera mediante el deseo de contar con mejores condiciones de vida para todos según como lo expone Han y como vimos con Preciado. “Al dirigir una mirada panorámica

a la narrativa mexicana durante los años 70 tal vez podría señalarse una tendencia hacia la politización de lo cotidiano [...] mientras durante los años 80 parece dominar una erotización de lo social” (Zavala, 107) Observación en la que encontramos una especie de escalada que va de la valentía al Eros.

I.2. Erotismo y Escritura

Intervención de Eros en la Escritura

Aquella entre Eros y Logos es la relación que interesa de manera especial a este trabajo de investigación pues es donde encontramos la clave para entender cómo es que Eros interviene la escritura. Han explica “El Logos carece de vigor sin el poder de Eros” (78) No es nueva la inquietud sobre una aparente autonomía que manifiesta el lenguaje en el proceso de escritura en general y de forma muy maravillosa en el proceso de creación literaria en particular, ya que en esta última de antemano lo que se espera es jugar con la incertidumbre del lenguaje, con ese pretender dirigirnos hacia un objetivo pero en realidad sin saber a dónde nos va a llevar; como vimos en la disputa entre Eve Gil y Ana Clavel, donde parece haber, o bien, un problema de intervención de Eros en la escritura de Clavel, o bien, una tendencia simplificista de etiquetar a todo lo sexual como erótico sin considerar las cualidades específicas de su sabiduría en la que podría estar incurriendo Eve Gil.

En el apartado Los Reinos de Pan de su obra *La Llama Doble*, Octavio Paz habla sobre la relación entre erotismo y poesía. Ahí se refiere al erotismo como una “poética corporal” y a la poesía como una “erótica verbal” por la capacidad del lenguaje “de dar nombre a lo más fugitivo y evanescente: la sensación”. Al considerar al erotismo como “sexualidad transfigurada”, es decir, como “metáfora” encuentra que lo que caracteriza a Eros como un acto poético y al lenguaje como un acto erótico es la imaginación “Es la potencia que

transfigura al sexo en ceremonia y rito, al lenguaje en ritmo y metáfora. La imagen poética es abrazo de realidades opuestas y la rima es cópula de sonidos; la poesía erotiza al lenguaje y al mundo porque ella misma, en su modo de operación, es ya erotismo” (10). Así, los elementos propios de la poesía, son ya elementos propios del erotismo interviniendo la escritura.

Luisa Valenzuela observa “Sorprende descubrir lo que emerge casi oculto por debajo de las palabras, estampado allí sin la menor intención o conciencia por parte del autor, [...] ¿Por qué te salió esto cuando quisiste decir lo otro?” (30). Las interpretaciones que se han hecho de los místicos españoles ilustra el carácter polisémico del sentido que aporta el lenguaje poético. “la peligrosidad de la poesía es inherente a su ejercicio” (Paz, 12) Aunque Denis de Rougemont reconoce que “cuando un místico quiere explicar sus experiencias inefables, se encuentra obligado a usar metáforas” (155) piensa que la influencia literaria de los místicos determina el lenguaje que utilizan, y en el caso de Santa Teresa particularmente, una retórica cortesana y caballeresca.

Todos los místicos, y Santa Teresa antes que todos, se lamentan de no tener palabras nuevas (‘nuevas palabras’) para elogiar las obras de Dios tal como las viven en su alma. Y sus silencios fueron más *reales* que sus palabras. No se trata aquí sino de tener en cuenta *elementos heredados* de su lengua literaria. (148)

Aunque Denis tiene argumentos que persuaden respecto a su postura, reconoce que es un problema que pone en jaque a los más eruditos, que no es un problema fácil de resolver y aun habría otros elementos que se deben tomar en cuenta y dice “para los hombres del siglo XVI el lenguaje erótico era más inocente que para nosotros. En realidad, nosotros somos los neuróticos, herederos del “puritanismo” aburguesado de un siglo XIX incrédulo” (151)

A partir de una carta en la que Heidegger escribe a su esposa “el Eros, el más antiguo de los dioses según Parménides. El aletazo de ese Dios me toca siempre que doy un paso esencial en mi pensamiento y me atrevo a entrar en lo no transitado” (citado por Byung, p.71) Chul Han adopta “lo no transitado” como ese otro atópico que se sustrae al lenguaje para referir su realidad y señala cómo “El pensamiento se hace ‘más fuerte’, ‘más inquietante’ en el momento en que, tocado por el aletazo de Eros, intenta llevar al lenguaje al otro atópico, carente de lenguaje” (Byung, 72) Así pues, la intención del pensamiento de incursionar en lo no transitado es lo que decanta el pulso de Eros en la escritura. Por su parte, Luisa Valenzuela apunta en su *Literatura y Secreto* “La euforia de escribir nos asalta cuando percibimos el roce de lo inefable. Es un relámpago de emoción porque sin saber bien cómo hemos alcanzado el borde de ese lugar insondable y totalmente impreciso que el pensador italiano Dario Antiseri llama el Océano haciendo referencia a Wittgenstein” (29) Con base en lo anterior, pensamos que *lo no transitado* se puede equiparar a la noción de Secreto de Luisa “en tanto enigma o misterio de la vida al cual la literatura, hecha del puro lenguaje, trata de acercarse empujando en lo posible el límite de lo inefable” (12). Para Valenzuela, el Secreto es la fuente del conocimiento, para quien, de hecho, “no hay literatura sin Secreto” (13)

Desde la ficción tenemos sólo una forma de tratar al Secreto: con respeto casi místico [...] Al escribir evitaremos entonces la banal osadía [...] de querer develarlo. [...] Reservado' el más desgarrador e intenso de los secretos, aquel que nos pondría en contacto con el meollo del conocimiento. Aterradora propuesta para [...] quien en el acto de escribir intenta aproximarse al corazón de lo inefable, es decir, al siempre inalcanzable núcleo de lo simbólico” (Valenzuela, 14, 15).

La ruta de *lo no transitado*, *lo inefable* que desemboca en “el siempre inalcanzable núcleo de lo simbólico” es fundamental en la comprensión de lo que aquí estamos tratando de entender como característico de la literatura erótica. “Muchos de estos secretos configuran una huella oculta, pero huella al fin, y como tal, transitable, que por momentos puede acercarnos al Otro, el inasible, inefable Secreto de la vida y la muerte” (17) Como podemos observar, en esta cita, Valenzuela también equipara al llamado Secreto con el “Otro” que estaría de acuerdo con la explicación de Eros de la obra de Byung Chul Han. Para el filósofo es contundente el hecho de que “Eros conduce y seduce el pensamiento a través de *lo no transitado*, de lo otro atópico” (78).

Así como la poesía genera una forma especial de ver, una forma extraordinaria de conocer, lo hace también la narrativa mediante sus rasgos distintivos y como parte de la narrativa, la novela erótica, lo cual es tan complicado de delimitar como la noción misma de novela.

¿Cuántas “novela eróticas” existen que no son eróticas y que a veces ni novelas son?

¿Cuántas novelas existen cuyo erotismo es una fuente inagotable de conocimiento, sin embargo, de entrada no se les identifica como tal, sino al cabo de haber sido seria y profundamente estudiadas, al cabo de haber reflexionado sobre sus contenidos, y a veces por generaciones de estudiosos? Entre más se observa, la relación entre narración y teoría se vuelve cada vez más cercana. Han explica que “La teoría [...] Es una decisión [...] que dictamina qué es pertinente a algo y qué no lo es, qué *es* y tiene que *ser* y qué no. Como narración altamente selectiva, traza un camino de discriminación a través de lo ‘no transitado’ todavía” (74) La tendencia actual se rige por datos de los que se pueden obtener números que si bien no explican el comportamiento humano ni requieren de teorías, refieren lo que hacen las personas. Es a lo que Han llama ciencia positiva. “La ciencia positiva, basada en los datos (la ciencia Google) [...] es *aditiva* o *detectiva*, y no *narrativa* o *hermenéutica*. Le falta la constante tensión narrativa.” (75) Dicha ciencia busca saber hacia dónde se mueve una tendencia de actividad pero no por qué lo hace. (76) Cuando de lo que se trata es de generar un conocimiento particular que ayude a comprender y a asumir realidades complejas que conduzcan a un auténtico bienestar parece que lo mejor es acudir a medidas de mayor sofisticación del pensamiento. En el año 2012, durante la impartición del *Seminario: Modernidad, Globalización y Cultura en el Pensamiento de Jesús Martín Barbero*, el Doctor Oliver Koslarek de la Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña” de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, señalaba que aquello para lo que un filósofo se entrena es para el “análisis de montos de información compleja” y esto es lo que pensamos distingue al quehacer de un pensador del de un ordenador. “La negatividad de lo incalculable es inherente al pensamiento” (Han, 74) La ruta mediante la cual el pensamiento puede incursionar en *lo no transitado*, que no solo no se puede

nombrar, sino que tampoco se puede revelar a través de la medición de la repetición. “La masa de datos e informaciones, que crece sin límites, aleja hoy la ciencia de la teoría, del pensamiento” (75). Por lo cual Han observa que este tipo de ciencia actúa como otra de las causas por las cuales Eros agoniza, pues encuentra que mientras la ciencia positiva crece, el tipo de pensamiento que produce la teoría fenece.

En su *Introducción a la Teoría Literaria* Jhonattan Culler abre el texto con dos especificaciones ¿qué es teoría? y ¿qué es literatura? Respecto a la primera, lo que nos parece relevante referir es que toma a la *teoría* como un nuevo género, cuya particularidad es la de, habiendo fundamentado una tesis, u opinión personal sobre algo, aunque más compleja que una mera opinión, no se puede refutar ni confirmar. Así, respecto a la literatura, y en particular, respecto a la novela, entiende que la novela comporta así mismo una tesis y que es mediante los recursos propios de su género que la fundamenta, es decir, comporta una teoría que no se puede refutar ni confirmar.

Las teorías son instrumentos, sistemas para intentar entender aunque sea tangencialmente, de costado, dado que el significante –la palabra, la comprensión – jamás podrá superponerse al significado. Sólo trasposiciones, traslaciones, traducciones de lo intraducible: la llamada realidad.

En menos de cincuenta años transitamos del estructuralismo al postestructuralismo, de la deconstrucción al posmodernismo, de allí al

poscolonialismo. Mucho post, como si todo ya hubiese pasado. Incursionamos también por rutas secundarias y desvíos, algunos callejones sin salida, y todos y cada uno de los caminos fueron dejando su marca porque nos llevaron a atisbar algún aspecto del Secreto (Valenzuela, 21).

En el apartado Identidad cultural, Posmodernidad y Narrativa de su obra *La Precisión de la Incertidumbre: Posmodernidad, Vida cotidiana y Escritura* Lauro Zavala comenta sobre la condición posmoderna del debate de la cultura democrática, al cual considera como un acto político que se articula con la comunicación. Dicho debate entraña el problema de la identidad como su eje central y todo aquello que ayuda a redefinir la identidad cultural nace en los campos de producción cultural donde, según explica el autor, se da la posibilidad del diálogo entre voces, el juego con las identidades y una serie de consecuencias éticas (103) y observa que mientras que en la posmodernidad Europea se cuenta con opciones informativas, tecnológicas y políticas, en la posmodernidad mexicana, se cuenta con opciones culturales, artísticas y literarias que trabajan con la identidad histórica y la identidad postnacional con el fin de encontrar un lenguaje propio. El punto de encuentro entre este texto y la relación que establece Chul Han entre logos y Eros se refleja cuando Zavala dice: “la búsqueda de una identidad post-nacional es, también, una forma de asumir lo que hasta ahora ha sido el discurso del Otro silencioso para los anteriores centros del poder en la historia de Occidente”(104) Una de las características del discurso del Otro, según la definición de Steve Connor a quien Zavala cita en este momento es, entre otras, la que nos interesa aquí, la de “desconstruir las nociones de la razón, el conocimiento y el yo” (104)

En este espacio del debate posmoderno –relativizador y lúdico- la especificidad de los procesos culturales contemporáneos requiere el diseño de herramientas de investigación propias para su estudio. En particular, requiere la apropiación de estrategias de conocimiento provenientes de algunos espacios de la producción cultural, que siendo paralelos al discurso de las disciplinas académicas, y debido a su condición social, son espacios particularmente sensibles a la heterogeneidad cultural y a las formas de percepción característicos de esta misma contemporaneidad. Entre estos espacios, la narrativa literaria ocupa un lugar estratégico, precisamente por su capacidad para registrar voces y visiones divergentes entre sí, por su capacidad para proponer diversos juegos del lenguaje, por su posibilidad de incorporar simultáneamente elementos del sentido común, el discurso experto y el discurso autobiográfico [...] y por su pertinencia para la construcción de una teoría de la subjetividad. (Zavala, 104, 105)

Así, Zavala estaría de acuerdo tanto con Chul Han como con Valenzuela y Jhonattan Culler en que la narrativa es una fuente de conocimiento que entraña una teoría que dirigiéndose hacia el otro se aproxima a la comprensión de la realidad de la identidad del yo. De hecho, más adelante afirma que la escritura “es la mejor estrategia de aproximación al otro; es la forma idónea para establecer un diálogo [...] es en síntesis, una estrategia de objetivación de la propia identidad” (113) y da ejemplos de cómo las distintas ciencias sociales y de la comunicación, están echando mano del recurso como estrategias de conocimiento. Por

ejemplo “la etnoliteratura: la novelización de la experiencia de campo y la incorporación de reflexiones acerca de “lo indecible” a través del relato de los ritos cotidianos y los sistemas simbólicos que los sustentan” (113)

Así como la ciencia positiva se opone a los caminos del pensamiento, la aplastante producción de datos que genera emite un ruido que obstruye al pensamiento, y por ello es otra de las causas de la agonía del Eros. “El pensamiento tiene necesidad de silencio. Es una expedición al silencio. La crisis actual de la teoría tiene muchas cosas en común con la crisis de la literatura y del arte” (Han, 75) Referimos previamente la imposibilidad de la fantasía como una de las causas de dicha crisis también señalada por Byung quien insiste cuando cita al novelista Michel Butor “Desde hace diez o veinte años apenas sucede nada más en la literatura. Nos encontramos con un diluvio de publicaciones y, sin embargo, hay un estancamiento del espíritu. La causa es una crisis de la comunicación. Los nuevos medios de comunicación son admirables, pero producen un ruido espantoso” (75) Ni Valenzuela ni Zavala refieren dicha crisis y por el contrario subrayan las características de la literatura contemporánea en un tono más bien optimista. Por ejemplo, cuando Valenzuela dice: “Durante el romanticismo, el *terror vacui* instauró la necesidad de llenar el vacío. La literatura actual, en cambio, recorta y escarba en el no-saber-nada, a sabiendas de que ahí, dentro del mismo no-saber, late *eso* que empuja hacia adelante la narración” (19). Por otra parte, en su apartado Creación y Reflexión en la Escritura contemporánea, Zavala refiere una serie de características que conforman a la escritura contemporánea.

Durante el periodo del llamado “boom” de la narrativa hispanoamericana los escritores experimentaron con los elementos característicos de la alta modernidad europea y norteamericana [...] fue durante el post-boom (en los años 70 y 80) cuando la narrativa hispanoamericana descubrió recursos, visiones y propuestas literarias propias, que son tomadas como punto de referencia para entender la narrativa más compleja de nuestros días (105)

A manera de conclusión reafirmamos entonces que, con base en lo anterior, los procesos de escritura intervenidos por Eros que se distinguen por comprender un tipo de pensamiento que se dirige al Otro con el fin de generar algún tipo de conocimiento complejo, profundo, incalculable, que no se puede comprobar ni refutar, etc. comprende varias etapas 1) El pensamiento; 2) Lo no transitado, lo inefable, el Secreto, el Otro; 3) Eros; 4) La Escritura; 5) El conocimiento. Y estas etapas las concebimos de tal manera que, una vez que el pensamiento desea llegar al conocimiento, emprende su andar hacia el otro por la ruta de lo no transitado para tratar de acceder a la zona de lo inefable y descubrir el Secreto. En el momento mismo en que el pensamiento se encamina en esa dirección se activa la evocación a Eros y éste emerge en ese espacio de las palabras donde todo converge, luego sucede que, no develamos el Secreto, pero algo se asoma y siempre que se asoma, algo sabemos. “Platón, en contra de la tradición, declara a Poros padre de Eros. Poros significa “camino”. El pensamiento ciertamente osa adentrarse en lo no transitado, pero no se pierde allí. Eros, gracias a su procedencia, le muestra el *camino*. Filosofía es traducción de Eros a Logos” (Han, 78).

El autor coreano ha referido antes la descripción de Platón del tipo de seducción erótica que Sócrates ejerce “él seduce y embriaga tan solo con las palabras” (77) y en ese mismo diálogo se afirma “estos ‘discursos de la sabiduría’ (*philosophia logon*) lo hieren como una mordedura de serpiente, que le arrancan lágrimas” (78) a aquel que es seducido. “Platón da a Eros el calificativo de *philosophos*, amigo de la sabiduría” (79) y Han mismo, citando a Deleuz y Gaultari, “se dice que el amigo es un amante, “una presencia intrínseca al pensamiento, una condición de posibilidad del pensamiento mismo, una categoría viva, una vivencia trascendente” (Deleuze y Gaultari, citado por Han, p.79)

CAPÍTULO II. LO ESPECÍFICAMENTE NOVELÍSTICO EN LA NOVELA ERÓTICA

II.1. Mística y Erotismo en la novela

El amor-pasión como mística de lo propiamente novelístico

En su obra *Amor y Occidente*, Denis de Rougemont establece que es la relación entre el amor y muerte la que conduce al “estado de anhelo apasionado” de donde nace la “ilusión novelesca”. Para Denis, el éxito de la novela se debe al hecho de que el acorde amor y muerte promueve en nosotros “las más profundas resonancias”. Enfatiza el hecho de que no existen historias para el amor dichoso, sino solo para el amor mortal. Subraya que si algo exalta la lírica occidental es “la pasión de amor” y nos recuerda que “pasión significa sufrimiento”. Piensa que “el *entusiasmo* que demostramos por la novela [...] la necesidad de evasión exasperada por el tedio mecánico [...] glorifica de tal modo la pasión que hemos llegado a ver en ella una promesa de vida más vivaz [...] una ardiente beatitud” (15-16)

La razón de ser de *Amor y Occidente* es explicar por qué Occidente cultiva el sufrimiento mediante un modelo de amor siempre insatisfecho. Por qué el occidental no es capaz de tener al amor realizado y armónico cómo su fuente de felicidad y satisfacción. En su ruta argumentativa, sin embargo, las observaciones que atañen a la novela erótica, que sería aquella novela que cuenta historias de amor-pasión o amor mortal, nos aclaran qué elementos son fundamentales para considerar en toda novela del género y cómo se

distingue de la lírica. Qué es lo que hace de un *roman* una novela y no un mero canto, o poema.

Denis establece que la diferencia entre el mito y la obra de arte (en este caso la novela) consiste en que cosas que importan a la obra de arte no importan al mito, por ejemplo, verosimilitud, originalidad, estilo. El mito (su elementos) funciona con base en la manera en que impera en nosotros de manera inconsciente. La novela en cambio no tiene el poder de constricción sobre sus lectores que el mito ejerce en el público. Por su carácter antisocial, no se puede reconocer la fascinación por la pasión y es por ello que se requiere del mito, para que ese agrado por la desgracia se oculte. Aunque el Roman de *Tristán e Iseo*, que es en el que Denis está basando su análisis sobre el amor pasión, no es un mito requiere de los elementos del mito para llevar a cabo dicho ocultamiento.

Otra relación importante es la que establece entre la pasión y el adulterio, y en efecto, observa que hay autores que reducen el tema del Roman de *Tristán e Iseo* a la falta moral, sin embargo, reconoce que es algo más que eso: “un atmósfera trágica y apasionada”. Algo que resulta problemático en una interpretación tan estrecha como la que está criticando se debe a la democratización del amor-pasión. Sin embargo, considera que el hombre occidental debe “adquirir conciencia de las ilusiones de las que vivimos” y el papel del novelista sería junto con otros (el filósofo por ejemplo) aumentar esa conciencia. (24-25)

Recordemos con Denis algunos conceptos para mejor comprender lo propiamente novelesco. El amor cortesano se opone al matrimonio que se celebraba durante el feudalismo como una reacción a los abusos que consistían en el enriquecimiento por anexión de tierras, herencias y dotes. Cuando no salían bien las cosas se repudiaba a la mujer y lograba que la Iglesia los separara argumentando incesto por parentesco en cuarto grado. Así, el amor cortesano reacciona ante las injusticias del feudalismo oponiéndose al matrimonio e impone una fidelidad independiente al matrimonio que se basa en el amor. (34) En este contexto el adulterio es glorificado. Hay que recordar que el vasallo rinde lealtad al feudo. Si no lo hace, el vasallo es felón. Cuando en el Roman de *Tristan e Iseo* a los vasallos se los trata como felones es porque se basa en el código de la caballería cortesana que dice que aquel que “revele los secretos del amor cortesano” será felón, y eso es justamente lo que hacen. (34) Un último rasgo por considerar en relación al amor cortés es que “se opone tanto al matrimonio como a la satisfacción del amor”. (35)

Para Denis la verosimilitud es un artificio literario que se construye, por un lado, mediante la complicidad entre el autor y lector porque la complicidad depende del deseo de que la novela se renueve. (36) “La verosimilitud depende, en el caso de una obra novelesca dada, de la naturaleza de las pasiones [...] la gratuidad de los obstáculos invocados puede revelar el verdadero tema de una obra, la verdadera naturaleza de la pasión que se pone en juego” (37)

Otro elemento fundamental en una historia sobre amor mortal es la ausencia, por ello los obstáculos ayudan a separar a los amantes aunque sufran. “Se necesitan mutuamente para arder. No necesitan al otro tal cual es sino, más bien su ausencia” (43) En este sentido no hay diferencia entre el amor cortés y el Roman. Y esa tendencia del occidental a reclinarse en el sufrimiento hace que la novela siga. Así, Denis identifica que el verdadero tema de la leyenda de *Tristan e Iseo* es la separación, pero en nombre de la pasión y del amor al amor que los atormenta. Ya ni siquiera del amor al objeto sino del amor al amor. (38)

La separación de los amantes es así el resultado de su pasión misma y del amor que sienten por su pasión más que por su satisfacción o por su objeto vivo. De ahí los múltiples obstáculos del Roman; de ahí la sorprendente indiferencia de estos cómplices de un mismo ensueño en el seno del cual cada uno permanece solo; de ahí el crescendo novelesco y la mortal apoteosis” (43)

El amor pasión es contrario a la lógica de la felicidad justamente en el sentido de que “el goce total reside en naufragar” (50) Denis define el amor pasión propiamente como “aquello que nos hiere y nos anonada por su triunfo. Es un secreto cuya confesión nunca toleró el occidente” (52) por lo que al romántico occidental los considera como ese alguien “para quien el dolor y, especialmente, el dolor amoroso, es un medio privilegiado de conocimiento” (53) por ello ha de afirmar más adelante en su explicación: “La pasión es una ascesis” (56) que se refiere a que “La pasión y la necesidad de la pasión son modos de conocer del occidental” (57) y este es uno de los puntos cruciales de la presente

investigación ya que es en este modo de conocer que se encuentra el carácter místico de la pasión, o por decirlo de otro manera, la manera en que opera la sabiduría de Eros.

Conocer a través del sufrimiento, ¿No es acaso el acto mismo y la audacia de nuestros más clarividentes místicos? Erótica en el más noble sentido y mística: lo mismo si la una es causa y efecto de la otra, que si tienen un origen en común, estas dos pasiones hablan un mismo lenguaje, y cantan tal vez en nuestra alma la misma “vieja y grave melodía”, orquestada por el drama de Wagner: [...] ¿para qué destino nació? Para desear y para morir. (57)

Por lo que ha explicado antes, afirma que la condición de posibilidad de la novela no es un amor sin contratiempos sino aquello de lo que se hace la pasión en la obra de arte: “la conciencia, la intensidad, las variaciones y los retrasos de la pasión, su *crescendo* hasta la catástrofe –y no su rápida llamarada” (53) por ende, los contenidos del amor pasión en la novela consisten de aquello de lo que podemos hablar, de aquello que nos conmueve: “la nostalgia, el recuerdo, no la presencia. La presencia no se puede expresar” (53)

En el apartado anterior hemos identificado el carácter de Eros como aquel que “se dirige hacia el otro en sentido enfático” y que lo contrario sería el sujeto narcisista. Denis observa en el amor pasión lo que llama un doble narcisismo que consiste en el hecho de que “se aman entre sí pero cada uno no ama al otro sino partiendo de sí mismo, no del otro” (54)

por lo que piensa que “detrás del gusto de lo novelesco, [se encuentra] el del amor de sí mismo. (56)

Quizá la observación más importante que *Amor y Occidente* aporta a nuestra investigación es por un lado la distinción entre la lírica y el Roman que eventualmente deviene en la novela, pero que además, desde ya comporta los elementos fundamentales de la novela moderna. Y por otro lado, los rasgos que hacen del amor pasión una mística dentro de la novela.

Las obras de Chrétien de Troyes no son únicamente poemas de amor, como se insiste en repetir, sino verdaderas novelas. Porque, a diferencia de los poemas provenzales, se consagran a describir las *traiciones del amor*, en lugar de expresar únicamente el ímpetu de la pasión en su pureza mística. El punto de partida de *Lanzarote* –como del *Tristán*– es el pecado contra el amor cortesano, la posesión física del amor real, la “profanación” del amor. Y a causa de esta falta inicial Lanzarote no encontrará el Grial y será humillado cien veces al errar por la vía celestial. Ha escogido la vía terrenal, ha traicionado el amor místico. Y por lo tanto, no es “puro”. [...] Claro está que la descripción de estos errores y sus castigos exigían la forma de una narración y no la de una simple canción. [...] Así se explica, por razones espirituales, la formación de un nuevo género –el *roman*– que no será

propriadamente literario sino más tarde, cuando se separe del mito provisionalmente agotado, a principios del siglo XVII. (116)

Asimismo, Denis reconoce una relación entre pasión, mística y lenguaje. Los puntos más importantes que desea mostrar a través del establecimiento de esta relación es el que el amor pasión se distingue del amor profano, natural, justamente por su carácter místico, al que atribuye distintas cualidades como el de la ausencia del ser amado: “las *separaciones* de los dos amantes en el *Roman* responden a una necesidad muy íntima de la pasión” (133); el abandono a la aventura sobrenatural, cuyo aspecto religioso es la elección de un alma por el amor todo poderoso a partir de lo cual se empieza una nueva vida; El amor a solas sería otro rasgo característico: “Aquí aparece un aspecto profundo de la pasión –y de la mística en general-. ‘Se está solo con todo lo que se ama’ (Novalis, citado por Denis, 131); “la fuga profunda, fuera de todas las cosas creadas” (131); la impresión de rechazo como fenómeno que acompaña a la purificación (132); intensidad de la pasión, no calma feliz, el deshacerse de las cosas creadas, la muerte voluntaria. (134-135); la humildad (135)

Tanto si se parte de la pasión como de la mística para intentar reducir la una a la otra, lo que implícitamente se admite es la existencia de una relación *cualquiera* entre ambas realidades. Nos falta saber en qué medida este acercamiento nos es sugerido por la mera naturaleza del lenguaje. Desde hace mucho tiempo se ha señalado la analogía de las metáforas místicas y

amorosas. [...] ¿no somos víctimas, hasta cierto punto, de una ilusión verbal, de una especie de “retruécano” continuo? 128

Denis reflexiona sobre las razones de los autores del roman de *Tristan e Iseo* para moverse entre los códigos feudales y de caballería, para llevar a cabo la gratuidad de los obstáculos en el roman que como no se puede saber a ciencia cierta también cabría lo que llama el “ardor propiamente novelístico” (129) Así mismo observa que *Tristán e Iseo* es uno de los primeros en llevar a cabo la “profanación” de la mística cortesana (129) en la que “La dama es meramente simbólica” (169). Esta “falta contra las leyes del amor cortesanos” se refiere en el roman al “adulterio consumado” (129) Y así es como se explica “que tengamos una novela según la forma moderna del género y no un simple poema (129).

II.2. La novela como obra de arte literario

Los valores estéticos creados por lo propiamente novelístico

En su *Teoría de la novela* Manuel García Viñó trata de establecer lo puramente novelístico y sus reflexiones se dirigen a la novela como obra de arte literario, lo cual la vincula a esa rama de la filosofía que es la estética. Pues para él son los valores estéticos los que dotan a la novela de su ser ontológico. A diferencia de lo específicamente novelístico planteado por Denis, Viñó se enfoca principalmente en la forma de la novela y en ocasiones nos parece que cae en la exageración limitando todo lo que se cocina en la novela. La perspectiva de Denis, como vimos recae en el contenido, uno que sin embargo no está desvinculado de la

forma, de la manera de presentarlo y de los recursos que trabajan para el mayor efecto de los contenidos propiamente novelísticos.

Así, la primera consideración relevante a esta investigación de la obra de Viñó se refiere a lo que identifica como los elementos decisivos en estética novelística, a saber, el de composición o forma de presentación. Es por ello que para Viñó el contenido no es un elemento fundamental. Quienes privilegian el contenido no necesariamente hablan de la novela como tal sino de un mero querer contar algo. Por esta misma razón observa que no todas las grandes creaciones literarias comprenden los valores estéticos que hacen que la novela comporte lo específicamente novelístico y llama a este tipo de producción literaria grandes construcciones intelectuales que si bien comportan valores estéticos más bien épicos, líricos y dramáticos, más que expresar una concepción estética, expresan una concepción del mundo. (13)

A Viñó le parece fundamental que la novela responda a una lógica interna que se logra mediante el establecimiento de un planteamiento de tal manera que el resto se desarrolle conforme a ese planteamiento. En este contexto, la noción de armonía en la novela debe estar relacionada con la dialéctica interna pero al margen de conceptos como simetría y ritmo acompasado, más bien propios de la poesía.

La razón de ser de los valores estéticos para Viñó se debe a que su objetivo es generar una emoción que tiene incidencia en nuestros sentidos que refiere como espíritu, imaginación,

intelecto. Los valores tienen que hacer reaccionar la intuición estimativa de la que es capaz el ser humano para captar los valores.

Así pues, la novela, para Viñó es un género con rasgos formales y temáticos. En relación con los formales cabe decir que recursos literarios hay muchos pero aquellos que siempre están presentes en la novela y que son de utilidad para crear valores estéticos. Estos son según el autor: puntos de vista; disposición de la materia novelada; juego de elusiones y alusiones; estructura; forma de presentación de la realidad que se describe; comunicar cosas normales de forma diferente: efecto de extrañeza. (56)

En relación a los temáticos existen distintos tipos de novelas como aventuras (externas) y psicológico (aventuras internas); novela realista (a imagen y semejanza de la vida cotidiana que dota de interés lo cotidiano) (psicológico o de costumbres); objetiva (enfoque, subjetividad); de tesis (por el contenido) Jean Paul Sartre, Camus, George Bataille. También conocida como novela filosófica o novela católica; novela-poema (por el carácter lírico); novela dialogada; novela epistolar; urbana o rural (por el ambiente) (47-50)

El hecho de que los recursos literarios predominantes en un género sean utilizados en otro suele generar confusión. Por ello, es importante distinguir rasgos propios de la poesía que utilizan en la novela y verlos como lo que son, rasgos propios de la poesía que se utilizan en la novela pero que no son distintivos de ella. “Los valores estéticos novelísticos no los produce esencialmente el lenguaje, sino el punto de vista y la forma de presentación de la

realidad o, lo que es lo mismo, la exacta composición de los elementos. El lenguaje novelístico debe ser más funcional que bello” (76)

Una distinción importante que hacer relacionada con la presentación de las acciones es que las acciones a veces son presentadas pero a veces solo son referidas. En el primer caso vemos la escena, en el segundo se nos informa lo que sucedió. Esta diferencia se basa en estar en el lugar de los hechos y leerlo en el periódico, por dar un ejemplo. El primero se refiere a una manera de novelar la realidad, el segundo a un recurso que nos ayuda a hacer avanzar la acción aletargarla en la presentación. La habilidad del novelista consiste en balancear el uso de ambos recursos. Sin embargo para Viñó la novela pura se basa en el concepto de presentización.

Otro par de elementos que es importante distinguir son el del argumento y la trama, distintas obras pueden compartir un mismo argumento pero la trama es única en cada novela, es la composición misma. La manera particular de presentar las acciones, de utilizar los recursos. De generar los valores estéticos mediante su utilización. (112)

Más que referir montos de teoría literaria complicadísimos y detallados nos interesó citar la perspectiva de Viñó por considerar a la novela como obra de arte literario, por su noción de los valores estéticos, por su esfuerzo de dilucidar lo específicamente novelístico y por ser el mismo un novelista que aporta a su teoría su experiencia en el ejercicio mismo de la escritura. Pensamos que todo ello nos puede dar un norte de qué es relevante considerar en

la aventura de escribir una novela así como a quienes lean *Camino de Cerro Gordo* con una mirada crítica que desea explicarse los criterios de los que someramente se partió para explicarla.

CAPÍTULO III. LA PORNOGRAFÍA COMO GÉNERO: UN NUEVO ÁMBITO DE REFLEXIÓN SOBRE LA REALIDAD, EL ARTE Y LA CULTURA

Distinción entre pornografía como género y la novela erótica como obra de arte

La Pornografía es actualmente catalogada como un género que ha podido ganar aceptación dentro del marco jurídico en distintas sociedades occidentales gracias, por un lado, a la dificultad de determinar justificadamente lo que hay de reprobable o criminal en ello, y por otro lado, a la promoción que mediante el rechazo o la defensa de la misma ha hecho la comunidad intelectual interesada en el fenómeno. Por ejemplo, Naief Yehya, uno de los analistas culturales más importantes y ferviente defensor de la pornografía, “uno de los mayores expertos en el tema [...] un ensayista privilegiado”(Andrés De Luna, 146) por su obra *Pornografía: sexo mediatizado y pánico moral* en el que nos estaremos apoyando. Además de Yehya, De Luna menciona a otros expertos en el tema como el crítico de cine José Felipe Coria, Juan Felipe Leal, Carlos Arturo Flores, y Eduardo Barraza, este último por el tomo siete de sus *Anales del cine en México 1895-1911* intitulado “1901: el cine y la pornografía”; José Antonio Rodríguez con su *Alquimia*, Miguel Ángel Morales, “que ha pasado temporadas completas en la Hemeroteca Nacional y en toda clase de librerías de viejo o en archivos particulares en la consulta de lo que podría denominarse la pornografía nacional. [...] parte de una historia fragmentaria que nos han robado los censores” (147) Así, pues, Naief describe a la pornografía como “el género que en teoría busca la abolición total del misterio sexual o, por lo menos, es el que permite desprenderlo de su contexto moral, social, legal o religioso” (22). Como todo material argumentativo, su defensa

comporta un alto grado de complejidad. “Las prácticas y el comportamiento sexual humano constituyen uno de los terrenos más difíciles de estudiar”. (Yehya, 152)

Pensamos que la pornografía como género es un nuevo ámbito de reflexión sobre aspectos que se gestaron durante las vanguardias tales como la línea divisoria entre lo que es arte y lo que no; la tendencia a la individualización como problema identitario de los contenidos consumidos por las masas; y, fundamentalmente, cómo, dicho género, comporta una determinada noción de la realidad y arroja luz sobre el estado actual de la condición espiritual del ser humano globalizado, conectado a Internet y adquiriendo una condición cibernética en el contexto de una realidad virtual.

En relación con aquello que nos indica que estamos ante una obra de arte y un objeto no artístico, podemos decir que siempre ha sido difícil identificar la línea que nos marca el límite de uno y de otro. Por ejemplo, en el ámbito de la literatura, la teoría literaria se dedicó a tratar de definir lo que es la literariedad, bajo la asunción de ser ello lo que otorga el estatus de arte a las obras literarias. Cuando se identificaron los rasgos distintivos de la literariedad, se dieron cuenta de que éstos eran recursos, asimismo, utilizados en objetos claramente no artísticos, por tratarse de textos más bien científicos o de otra índole. De la misma manera, la teatrología ha tratado de definir la teatralidad sin poder trazar contundentemente sus límites, aquellos en los que solo quepa el arte y deje fuera lo que no lo es. Durante la primer década del siglo XX, cuando el arte se vincula al comercio, a la publicidad, a la tecnología, a la ciencia, etc. se descentraliza y alcanza un grado todavía

más alto de indeterminación. A partir de ello, se habla de la muerte del arte. Benjamín Valdivia, en su *Ontología y Vanguardias* recuerda en este sentido, lo que Walter Benjamín llamó el aura del arte.

Naief Yehya, en su *Pornografía* explica que “La pornografía [...] tiene como verdadero objetivo conducir por sí misma al orgasmo”. (29) lo que en primer lugar la distingue de otras disciplinas artísticas cuyo impacto en el espectador tiene la primacía, como menciona Valdivia. El impacto que buscan dichas disciplinas, no es el goce sexual sino el goce estético.

El propio Naief Yehya distingue a la pornografía del arte y la considera un producto moderno en el sentido de que

La pornografía como la entendemos (un producto comercial, producido de manera masiva y no artesanal) es un fenómeno netamente occidental (aunque se haya extendido a otros continentes, donde ha tomado características locales) que tiene un objetivo determinado, requerimientos tecnológicos específicos y una situación legal característica, ya que se trata de un producto de la modernidad que se diferencia de la larga tradición del arte erótico. (31)

Valdivia menciona la ruptura y la novedad como características propias de las vanguardias, mismas que coinciden con la descripción que el propio Yehya considera relevantes de la pornografía, “un género en el que la irreverencia y la transgresión están estrechamente vinculadas con la novedad”. (32)

Valdivia dice que “Las vanguardias artísticas se configuraron como una serie de renunciaciones ante lo tradicionalmente aceptado y luego ante las otras vanguardias” (18) Ante estas afirmaciones mediante las que se caracteriza lo vanguardista nos preguntamos si acaso, la pornografía como género, representa la vanguardia del siglo XX más reciente. Si acaso la podemos considerar como parte de la “tradicción de la ruptura” (19), como un elemento no artístico ocupando los espacios de reflexión que eran propios del arte.

En su historia crítica sobre la pornografía, Yehya observa acontecer el cambio de la pornografía como una herramienta de crítica social a un fenómeno autónomo que no se vincula con ningún compromiso o causa humana, más que la del propio placer:

La veta política de la pornografía fue perdiendo popularidad, mientras que la que se concentraba en el placer sexual como un fin en sí mismo siguió siendo muy popular. [...] Este cambio puede ser considerado como la transición al fenómeno pornográfico moderno. Entonces, imágenes y textos comenzaron a ser producidos de manera masiva con el propósito explícito de excitar al consumidor, principalmente en la privacidad y a menudo con fines

masturbatorios. Para la tercera década del siglo XIX, de acuerdo con varios historiadores, la pornografía había dejado de ser asociada, en Europa occidental, con ideas políticas subversivas y se había establecido como un género independiente, dentro de la literatura y el arte. (39)

Aunque en este punto la pornografía todavía está enraizada según la secuencia cronológica del autor en el arte y la literatura, más adelante alcanza su total independencia como género con fines propios, más ligado a la informática, las nuevas tecnologías y las industrias culturales contemporáneas.

En 1966 [...] apareció una nueva categoría de la obscenidad denominada *hardcore obscenity* o *hardcore pornography*, que se caracterizaba y se diferenciaba de las obras literarias y artísticas que tocaban temas sexuales debido a que ‘carecía totalmente de valores redentores y de importancia cultural o social’, ya que mostraba de manera explícita o describía detalladamente penetraciones. Entonces también se estableció que la pornografía no podía ser arte y el arte no podía ser pornográfico. (69)

Aún cuando la pornografía no es considerada como arte según lo anteriormente expuesto, Naief distingue todavía sus rasgos estéticos característicos cuando la inscribe principalmente como una tendencia Kitsch: “La gran mayoría de las obras pornográficas son kitsch, es decir, vulgares, derivativas, simples, triviales, ostentosas, sensibleras,

ridículas y de fácil consumo. El kitsch es la negación de la fealdad y por lo tanto es el estilo ideal de la era de la cultura del centro comercial, del consumismo como deporte extremo y de la nostalgia por un pasado imaginario”. (310)

Aunque la historia de la pornografía se sitúa en la modernidad. Según la concepción de Valdivia estaríamos ante un fenómeno de la postmodernidad entendida como “Esa modernidad llevada al exceso, póstuma de sí misma [...] presente que se niega a serlo, y que reniega de sus antecedentes sin venir a alcanzar sus aspiraciones”. (36) con lo que bien se han referido a la era de la informática y en la que todavía podemos observar el protagonismo de los sentidos que el mismo autor subraya como el elemento que se impone a la razón cuando cita las críticas a las teorías sobre la razón de Kant y Hegel.

Las conclusiones de Yehya sobre el género nos recuerdan la interpretación que Valdivia arroja a partir de su análisis de la obra del Marqués de Sade expuestas en su *Eros y Quimeras*. Pues Yehya explica ya casi al terminar su defensa de la pornografía que

Este es un género en el que no tienen la menor importancia los valores éticos o espirituales, ni el engrandecimiento moral de los personajes, elementos que dan sentido a cualquier trama narrativa. Aquí, usar y abusar de la gente así como la mezquindad y el egoísmo son celebrados y premiados triunfalmente con eyaculaciones, a la manera de festivos chorros de champán o disparos al aire. En ese sentido la pornografía es el género de la absoluta desesperanza,

aquel en donde se ha perdido toda ilusión del valor humano y por lo tanto convertir a la gente en ob-jeto no parece particularmente indecente [...] Si en la pornografía hay sexismo, racismo, clasismo y realidad. La pornografía no es propaganda para estos prejuicios, sino que también en ese aspecto es un género realista. Lo que irrita en la pornografía no es su naturaleza degradante ni su frialdad, sino su renuncia al idealismo de los demás géneros. [...] El verdadero mensaje subversivo de la pornografía es que el hombre no es virtuoso sino ruin, cruel, cobarde, corrupto, traicionero, por lo tanto no se puede deshumanizar lo que inicialmente no es humano. Nadie es degradado porque nadie merece no ser degradado”. (320)

La pornografía, en tanto género autónomo a las disciplinas clásicas, puede transitar por donde quiera. Sin embargo, cuando hablamos de literatura, de cine o de artes visuales en general, fundamentalmente hablamos de distintos lenguajes. Pese a sus claras diferencias con la pornografía, la novela que expresa situaciones o imágenes explícitamente eróticas sigue siendo denominada como pornográfica. Lawrence acusa al Tristán de Wagner, así como *Jane Eyre* de Charlotte Brontë, *Pamela* y *Clarissa Harlow* de Samuel Richardson, *El Jeque* de Edith Maude Hull, *El molino sobre el floss* de George Eliot (seudónimo de Mary Ann Evans) *Ana Karenina* de Leon Tolstoi como pornográficas, considerando que “Tan pronto como una incitación sexual tiene como verdadero propósito vejar el apetito sexual, humillarlo y degradarlo, entonces aparece el elemento pornográfico” (54) que lo pornográfico no depende tanto de la intención del autor ni del *sex appeal* de la obra (este último entendido como estímulo sexual) al que de hecho considera como algo poderoso,

benéfico y necesario en la vida del ser humano (48) Lo que de aquí concluimos es que hay que aclararnos qué se entiende por pornografía en una reflexión dada y observar la escena, el contenido o el estímulo sexual en la obra de arte, hacia dónde se encamina. “si la representación erótica no tiene como objetivo principal la venta o la sustitución sino la contemplación y el sentido, es una obra de valor positivo; en cambio, si busca enajenar – hacernos contrarios a nuestro propio ser- o si busca comerciar solamente, será una obra de valor negativo” (Valdivia 2010, 68) Así pues, existen obras a las que no nos referiríamos como pornográficas aún cuando comportan contenidos sexuales explícitos expresados mediante recursos del lenguaje que la misma pornografía adoptó de la novela solo porque se parecen. “La novela como forma literaria nace en un periodo de turbulentos cambios sociales, de revolución política y científica, de búsqueda creativa y ruptura con las tradiciones [...] con una rapidez insólita, la pornografía asimiló e hizo suyos los progresos técnicos de la narrativa” (48) Elementos que en la novela se insertan en un complejo simbólico, y que adquieren relevancia y significación con base en la totalidad de la obra y no como una imagen aislada cuyo impacto se desvanece con la misma velocidad con la que golpea. “Al mecanizar su placer el hombre se asume como ciborg, ya no depende de su memoria o imaginación para excitarse sino que un dispositivo externo, una imagen u objeto, al ser interpretado vienen a activar el proceso de excitación” (50)

Un ejemplo que ilustra cómo la literatura aporta a la pornografía y que en cambio llega a ser interpretada como pornografía ella misma es la escena sexual inaugural de *Dulces Degenerados* de Marco Vassi.

[Antes de salir al aeropuerto en donde Regina, la novia del narrador, tomará un avión a California]

Jodimos como si fuera la última vez. Quería tragarme su agujero, poseerla de la cabeza a los pies y, al mismo tiempo, quería destruirla, conseguir que le resultara imposible volver a hacer esto con ningún otro. Cuando deslicé mis dedos por sus secos labios y encontré el brote ligeramente húmedo que guardaba la entrada a la parte más íntima de su coño, mi gesto fue tanto una caricia como una intrusión. Mis ojos buscaron los suyos e intercambiamos una mirada en la que solo había cálculo. Dentro de ella se produjo un cambio muy sutil, una alteración emocional destinada a contrarrestar lo que yo estaba sintiendo. Pude leer el mensaje. Dejaría que me la tirase, sí, pero no iba a conseguir nada más que su carne. Sus emociones y sus pensamientos quedarían a salvo, protegidos y ocultos. Sentí el impulso de echarla a patadas de la cama y dejar que se marchase suplicando, pero ya tenía la polla dura y, como de costumbre, eso hizo que olvidara toda estrategia inteligente y prefiriera utilizar la táctica más inmediata.

Entré en su juego y me oculté tras una pantalla de actividades mecánicas. Deslicé mi dedo por aquella raja humedecida hasta que supe que estaba mínimamente preparada para la penetración. Coloqué con torpeza mi cuerpo sobre el suyo y apoyé la punta de mi polla en los labios de su coño, entrando lentamente en su rencoroso e irritado recipiente.

No sentí calor alguno, sólo una pegajosa aceptación. Me abrí paso hasta el fondo y recibí una pequeña respuesta, el mismo reflejo físico de cualquier coño en cuanto siente la penetración de una polla, por muy distante que esté la mujer. Empecé a sentir su solidez y deslicé mis manos por su cuerpo hasta llegar al trasero, atrayéndola hacia mí. Regina cambió levemente de postura para ajustar el ángulo de penetración y me ruboricé, experimentando ese derretirme y esa sensación de anhelo que me invaden siempre que estoy jodiendo; pero esta vez no quise rendirme ante esas sensaciones. Estaba harto de ser el detonador que la hacía estallar, acabando con su indiferencia y llevándola a un clímax sólo para quedarme colgado después de su orgasmo. Concentré toda mi capacidad sensorial en la polla y me lancé a una cabalgada impersonal donde lo único que importaba era la fricción. El calor burbujeó en mis pelotas y empecé a embestirla, golpeando su pelvis con mi hueso púbico. Ése era el momento en que normalmente me habría relajado un poco, esperando a que Regina encontrara el ritmo para que pudiéramos hacerlo juntos, pero lo que hice fue seguir por mi cuenta, olvidándome de todo lo que no fuera mi propio viaje, y la excitación fue contagiándose a sus muslos. Alzó las piernas y me clavó las uñas en los hombros. Aflojó los labios y unos leves gemidos aletearon en su garganta. Empezó a menear el culo y levantó la pelvis, dejando que su coño se abriese para acoger mejor mis embestidas, pero empecé a correrme sin esperar a que ella se hubiese podido dejar llevar por el ritmo. Lo solté todo y sentí cómo las ondulaciones subían y bajaban por mi cuerpo, haciéndome temblar las piernas y sacudir la columna vertebral. Eché la cabeza hacia atrás y grité

mientras que mi polla dejaba escapar todo su cargamento de semen, inundando ese coño que lo esperaba.

Me dejé caer sobre ella y un leve suspiro de decepción escapó de sus labios. Sonreí. ¿Tenía ganas de hacerse la estrecha mientras jodíamos? De acuerdo. Yo también podía jugar a ese juego, y sabía cómo ganar. Y justo cuando pensaba eso me sentí invadido por una inmensa tristeza. ¿Qué estaba haciendo? Regina era la mujer que más amaba en el mundo, aquella de la que me sentía más cerca. ¿A qué venían todos esos juegos llenos de odio y desprecio? (12, 13)

Para la pornografía este párrafo comporta una escena demasiado larga en donde las intervenciones del narrador no serían más que interrupciones. “La noción de un filme de largometraje porno se ha vuelto obsoleta en muchos sentidos. [...] las tramas son muy rara vez relevantes. La mayoría de los filmes porno simplemente entrelazan escenas sexuales vagamente vinculadas” (Yehya, 302)

Para la literatura, la escena sexual es un mero pretexto para representar el universo emocional de los personajes así como la complejidad de las relaciones interpersonales entre hombre y mujer. Para la literatura, dicha escena no trata tanto de dos cuerpos copulando como del misterio que comporta el sexo opuesto, es un tratamiento particular sobre el problema de la otredad, que expone una determinada incapacidad comunicativa producida por el ego; no trata de la penetración sexual de la que el narrador hace una descripción

rayana en el naturalismo, sino de la penetración que le daría la posibilidad de hacerse uno con ella. El “coño” de ella no es un mero coño, es el signo que se refiere a la zona de máxima vulnerabilidad que ella no desea dejar abierta cuando está a punto de partir, lo cual pone en juego una circunstancia de poder en la que ninguno de los dos se quiere dejar dominar por el otro. Por lo que cuando él la mira a los ojos solicitando acceso, ella se lo niega quizá intuyendo un asalto a la intimidad, más que una disolución del ego. Esta sensación de “quedarse enganchado al orgasmo de ella” es algo de lo que más adelante en la novela él vuelve a tratar mediante una comparación extraordinaria en la que analiza la experiencia de la relación entre hombre y mujer y la relación entre hombre y hombre. Es decir, desde aquí, el detalle está sembrando una idea que se va a deshilar más adelante con un enorme peso significativo. Trabaja como un tipo de indicio. Y eso es propiamente narrativo y en nada interesa a la pornografía

Dulces Degenerados de Vassi es un ejemplo del tipo de novela erótica ante la cual nos preguntamos, como Valdivia en Las representaciones de Eros de su *Eros y Quimeras*, “¿en qué momento estamos ante una obra artística o filosófica y en qué momento nos encontramos ante mera pornografía?” (67) Pensamos que el problema de la otredad en el pasaje de Vassi lo convierte en materia de reflexión propiamente filosófica. Intercalar comentarios emocionales a la escena sexual sin arruinar el efecto erótico de la misma, hacer al realismo y al romanticismo abrazarse en una misma imagen, dotar de narración a la descripción para darle dinamismo a la escena y dejar al lector enganchado con el argumento más que con la imagen de la representación sexual es material artístico *real poetry* como diría el propio Vassi. La escena nos puede acelerar el ritmo cardíaco, pero al final nos deja

instalados en la pregunta existencial y no en la escena sexual que pasa a segundo término. “Si en la pornografía lo obvio es su razón de ser, el artista hace de la evidencia un artificio, una manera de establecer un contacto con hechos sexuales a los que otorgará otra condición, un atisbo en el cual, valga la paradoja, lo explícito se carga de misterios” (De Luna, Andrés, 64)

Lo que la pornografía toma de una obra como la de *Dulces Degenerados* y en particular de una escena como la que citamos “son primeros planos, hasta donde la capacidad técnica de la cámara lo permitiera, como si de esta manera se pudiera revelar el misterio del sexo femenino. La pornografía moderna emplea incesantemente este recurso para penetrar virtualmente la intimidad y de situarse a nivel epidérmico” (82) Aunque Vassi recurriera a la representación explícita del sexo y por ello se autodenominara, irónicamente, “pornógrafo”, afirmamos que la de Vassi no es mera pornografía sino novela erótica como obra de arte.

La contraparte de este universo inagotable de opciones es el repertorio de imágenes del *mainstream* pornográfico, lo que algunos definen como la insoportable monotonía pornográfica, la agotadora reiteración de clichés sexuales como mínimas variantes, el desgastante espectáculo realizado por incontables cuerpos intercambiables que repiten actos sexuales en las mismas posiciones y rutinas. Vista de esta manera, la pornografía hecha para las masas parece angustiada y dolorosamente aburrida” (306)

Pese a las dificultades por determinar lo que es y lo que no es arte, pese al tránsito de este nuevo género por todos los lenguajes artísticos, todavía pensamos que entre estos dos géneros, hay una enorme diferencia que salta a la vista por sus recursos formales y por su carácter erótico, la novela erótica nos pone a salvo de la mera pornografía tal como se describe en la cita previa. Para decirlo con Benjamín Valdivia:

La pornografía es el *eros* inverso. O, tal vez más, la destrucción del *eros*. En primer lugar porque es la evidencia glamorosa, la falta de sutileza: lo directo. A diferencia de ello, en la representación erótica no pornográfica tenemos necesidad de una interpretación de fondo (religiosa, artística o filosófica) del objeto representado (Valdivia 2010, 68)

La tendencia a la individualización como problema identitario de los contenidos consumidos por las masas se refiere a las características que Valdivia distingue como propias de la modernidad. Es la necesidad de distinguir la identificación del yo con aquello a lo que pertenece. “Nuestro mundo actual, por ser modernidad última, es la exacerbación de la renuncia a la igualdad: cada cual insiste en sus individualismos, sin caer en cuenta que ese insistir lo ubica en un igualitarismo de lo supuestamente distintivo”. (Valdivia, 41) por lo que para el autor, en una segunda etapa de la modernidad considera que “Ser moderno es estar a la moda”(41) y sin embargo, entre la igualdad y la distinción encontraremos una tendencia que viaja pendularmente hacia ambos extremos haciendo correr un riesgo al

individuo que tiende a la igualdad y haciendo correr un riesgo a las industrias culturales a las que dicha igualdad les conviene mientras el individuo tiende a la diferenciación. Valdivia insiste “al estar a la moda a disposición de cualquiera, es igual en vez de diferente”(41) Este es un aspecto que tanto Yehya como Roman Gubern, analizan en el contexto del fenómeno de la pornografía en internet y el cibersexo como en la oferta de contenidos de la televisión y que coinciden con lo que Valdivia explica, a saber que “La moda es un uso masivo, común y de inmediata caducidad”. (42)

Roman Gubern, al respecto explica que “entre más extenso e indiferenciado sea un público, más mediocre y convencional es su gusto”. (26) A las cadenas televisivas les conviene principalmente porque les permite satisfacer el gusto de la mayoría. En ese sentido, no es la televisión la que ofrece contenidos de mediana o muy baja calidad sino el público el que empuja a consumir los peores contenidos. Así, los valores transmitidos por la televisión “son los del hedonismo, la ludofilia, el escapismo, el consumismo y la meritocracia”. (27) Sin embargo, al avanzar en su análisis señala el que, mediante la “televisión a la carta” que es la posibilidad de que el televidente seleccione los canales que desea ver con base en su educación y cultura se observa que “Esta evolución de la industria televisiva confirma que el público no es sólo una masa indiferenciada, sino que es segmentable en franjas culturales con intereses definidos, como lo había descubierto mucho antes la industria editorial y periodística y, más tarde, la industria discográfica”. (29) Así mismo, Gubern nos permite comprender el desfase entre la capacidad del hardware que puede aportar en cantidades masivas los contenidos semióticos y el proceso artesanal y creativo que comporta la producción de los mismos, por lo que no sería capaz de sostener o satisfacer, como dice el

propio Roman, las apetencias emocionales de la audiencia. “El auge actual de los canales de pago de narrowcasting está segmentando las audiencias y cambiando el paisaje televisivo, en su tránsito de los mass media a los group media”. (30) Esta segmentación que transita de los mass media a los group media también acontece en el contexto de la pornografía por internet según lo explica Naief.

A cerca de cómo la pornografía comporta una determinada noción de la realidad y arroja luz sobre el estado actual de la condición espiritual del ser humano globalizado, conectado a Internet y adquiriendo una condición cibernética en el contexto de una realidad virtual, más que nada podemos referir una serie de elementos clave que determinan la dinámica del ser humano con la tecnología, espacio simbólico en el que expresa sus deseos, satisface sus impulsos y sufre una transformación a partir de dicha relación no humana.

Para Valdivia, con base en el análisis de las teorías filosóficas que fundamentan la relación entre arte y realidad que se expresa en las vanguardias no solo a través de sus prácticas y obras, sino de sus manifiestos, la sensibilidad queda por encima de la razón y es quizá por ello que actualmente, un fenómeno como el de la pornografía está volcado hacia ella.

Para comprender cómo se da actualmente la relación entre la realidad y el consumidor del género pornográfico hay cuatro elementos clave a considerar. El primero se refiere a la imagen o a la representación, el segundo se refiere a la mediatización, el tercero al fenómeno cibernético, y el último a la realidad virtual.

En relación con la primera, la imagen, podemos decir que el problema de la pornografía no es en realidad un problema corporal, sino visual. Depende de la relación entre el sujeto y la imagen, que es la representación del cuerpo, pero no el cuerpo mismo y todo lo que allí acontece, no se relaciona en realidad con la corporalidad. De acuerdo con Gubern, el voyeurismo como el exhibicionismo intervienen en esta relación, son elementos agregados al fenómeno. Sin embargo, es una relación en la que de los cinco sentidos solo interviene uno, el visual, y constituye una afición particular a partir de la cual, pregunta Gubern

¿Vivimos en una sociedad de hipererotización o de la deserotización? El biosedentarismo favorecido por la televisión, el teletrabajo y las nuevas tecnologías, la ceguera y conceptualidad escritural promovida por la red y el ascenso de la Inteligencia Artificial y de la robótica parecen converger en una devaluación del cuerpo humano y en una amputación de nuestros campos sensoriales. Ahí reside seguramente una de las claves para explicar la exuberante emergencia de la pornografía en la red. (150)

Este individuo, descrito por Gubern como “sujeto pasivo de emociones arcaicas” (8) interactúa con aquello que ve en la pantalla. Particularmente, al interactuar con contenidos pornográficos, lo hace mediante la relación que hay entre ver la representación, recibir el impacto de la misma que se manifiesta como excitación y responde a ella con la

masturbación y eventual eyaculación. A este procedimiento es al que se le podría llamar de acuerdo con ambos autores “erotismo mediatizado”.

Un cýborg es, según la definición de Yehya “un organismo cibernético, es decir, a la fusión, combinación, encuentro o relación parasitaria entre lo biológico y lo cultural (Yehya, 2001)” (18) así mismo “El cýborg es el individuo transformado por la tecnología, es un sistema en el que interactúan y se retroalimentan elementos mecánicos y electrónicos y partes celulares” (18) y en su aspecto más abstracto lo describe como “una metáfora, una imagen y una herramienta que sirve para estudiar al hombre y su ideología como un híbrido manufacturado a partir de materia orgánica, mitos, obsesiones, dogmas y fantasías” (19)

Finalmente, la tendencia hacia la que se dirigen todos estos elementos y en la que se espera lleguen a reunirse, es la realidad virtual, que en sí se refiere únicamente al medio por el cual, se pretende, que en el futuro, el cýborg cuyo erotismo mediatizado desea expresarse, encuentre programas de computación con una serie de aditamentos que le conduzcan a la excitación mediante la simulación de una relación erótica que genere una más potente ilusión de realidad. En este sentido, la pornografía y su relación con la tecnología no buscan la verdad de la realidad sino crear una nueva realidad que les permita escapar de la realidad interna que no les permite ser feliz. Ambos autores, Yehya como Gubern, estarían de acuerdo en que las promesas de la realidad virtual están lejos de cumplirse y quizá es algo que no llegemos a ver hoy y quizá nunca, sin embargo, vale la pena considerar la realidad

de la voluntad (en términos de Schopenhauer) que empuja en aquella dirección y la noción de realidad que ésta comporta.

Al final de su obra, Yehya reconoce que “Durante siglos la pornografía ha servido como educación sexual y no hay duda de que los pornógrafos no han sido históricamente las personas mejores informadas acerca de la fisiología, psicología o simple generosidad humana. Sin embargo, las sociedades han sobrevivido a esos mediocres pero explícitos maestros. Han aprendido de ella en medio del estruendoso silencio sexual que imponen las religiones monoteístas y los regímenes conservadores. La mejor alternativa para combatir la ignorancia sexual no es tratar de abolir el deseo prohibiendo la pornografía sino ofreciendo educación sexual y quizá mostrando que es posible vivir en paz con nuestras fantasías”.

(324) A esta perspectiva final sobre el fenómeno de la pornografía, Roman respondería en primer lugar que aquello en lo que hay que educar es en el análisis semiótico y según recuerda Andrés de Luna sobre Gubern “encontraba que ante la oferta desmesurada de la pornografía electrónica, él consideraba insustituible el acomodo pudoroso de la falda de una joven. Ese gesto lo llenaba del espíritu del eros” (87). Conclusiones que arroja el análisis de Roman Gubern dicen:

Existe un déficit emocional masivo en la sociedad postindustrial e informatizada y que esta carencia intenta paliarse artificialmente con textos, imágenes y sensaciones inventadas que tratan de reemplazar la vida por una seudovida consoladora. De nuevo, la flor natural ha sido sustituida por la flor

de plástico, mientras la algarabía mediática trata inútilmente de mitigar la soledad electrónica de los ciudadanos. Pues la mayor parte de las cosas pasan dentro de las cabezas de las gentes, en vez de pasar en el mundo real. Paradójicamente, la era de la comunicación se ha revelado finalmente como la era de la soledad [...] Por eso hay que afirmar una vez más, en el umbral del que se anuncia como el siglo de la RV (Realidad Virtual), que el destino cardinal del ser humano es el de interactuar emocionalmente con el mundo viviente que le rodea y no con los fantasmas que habitan dentro de su cabeza (219)

Lo que para Yehya son fantasías propias a las que tenemos derecho, para Gubern son fantasmas que habitan dentro de la cabeza de cada quien y no la realidad. A partir de lo anterior identificamos aquí un problema tanto de fragmentación como de diversidad, dos ideas distintas sobre la realidad y dos propuestas para vivir la verdad.

CAMINO DE CERRO GORDO

(Novela)

POR

ISOLDA VILLASEÑOR RAMÍREZ

AVÁNDARO, ESTADO DE MÉXICO

2015-2016

A todos los jóvenes de México, a los que lo son, a los que lo fueron y a los que lo serán

EL AMOR DE MI VIDA

I.

Desde arriba lo ví entero, sus manos ocupadas por la botella de vino y un objeto pequeñito con un moño azul cielo. Bajé la escalera feliz, pensando: “todo ello para mí”, su traje, sus mejillas perfumadas, su cabello corto. Frente a mí quedaba su espalda ancha y sus nalgas paradas levantándole la orilla del saco. Volteó y yo lo miraba con una sonrisa abierta de lado a lado de la cara. Tenía el aire suspendido en el pecho y la mente vaciada de palabras.

Con ojos claros me miró desde lo alto, su alto. Pausado, puso la botella entre mis manos sin apartar sus pupilas de mi cara, me agarró por la cintura y me hundió la lengua entre los labios. Yo no besaba, a saber qué hacía con aquella desesperación, pero no diría que aquello fuera un beso. Recargué la botella en mis caderas y pasé mi brazo por encima de su hombro. Al volver del raptó, rozándonos la punta de la nariz y en voz bajita le pregunté: “¿Y ese chiquito, es para mí?”... “Si lo quieres, sí, es para ti” contestó al cabo de un silencio que parecía haber prolongado a posta, y diría, tornando el gesto generalmente inamovible de sus ojos almendrados en uno casi dulce y más bien vivo, sin embargo, el condicional “si” era como si yo lo tuviera que tomar de él y no como si él me lo estuviera dando. “¿Y por qué no habría de quererlo si tú me lo dieras?” insistí. “Lo mismo digo” replicó mirándome todavía, pero no me sacó de la duda porque ese condicional seguía ahí, confundíéndolo todo ¿me lo daba o no me lo daba?

II.

El invierno reflejaba luz propia. Yo gozaba de la intimidad a la que conduce el frío cuando lo disfrutamos acompañados por una cierta holgura, un cierto grado de opulencia. Desde que me habían ascendido a la jefatura del departamento de literatura en la universidad, habían pasado algunos años en los que simplemente me convertía en una más de mis colegas, o eso pensaba: soltera, rica, influyente y transitando sus últimos treinta. Quizá no lo que hubieran querido mis padres, pero lo que yo había soñado: leer y cobrar mi cheque. Para las tareas administrativas siempre estaba mi mano derecha y la izquierda, y todo el personal que resolvía precisa y creativamente, esas hormiguitas a las que no les gustaba chistar.

Desde entonces había quedado a mi cargo la coordinación de una investigación en la que habíamos logrado reunir a los siete investigadores más inteligentes con los que hubiéramos tenido oportunidad de trabajar. Al cabo de cinco años, los resultados de la investigación estaban publicados y era la noche previa a la presentación, la misma en que, mediante oficio, se me había hecho saber que a partir del día siguiente podía hacer proceder el año sabático que había solicitado para escribir una novela y que quizá rechazaría por ser el mismo día en que Enrique me asignó para ocupar algo así como un cargo diplomático en todavía no se sabía dónde y que seguro, no sucedería inmediatamente sino unos meses más tarde. Teníamos que esperar. Y era también el día de mi cumpleaños, el número 38. Pero sobre todo, era el día en que lo celebraríamos con él, un hombre que me gustaba, porque en la

vida llega el momento en que salir con un hombre se vuelve más difícil que salir con el primer mandatario, pero sobre todo, con un hombre que a una le guste, realmente, de todo a todo. Y ese hombre me gustaba, realmente, de todo a todo y estábamos teniendo una cita para cenar. Durante esa fría cuarta estación la espuma de los océanos se elevaba alta y espléndida y yo navegaba en ella. Porque, cuando todo quiere suceder, sucede de una vez sin que nadie lo llame, de la misma manera en que se va sin que a nadie le diga adiós. Y cuando se va, ya no se le puede detener.

III.

No era la primera vez que Tomás Rodríguez Suno y yo quedábamos para vernos. Su familia quería escribir la biografía de su abuelo y nos llamó para pedir ayuda. Anel Hadid, una de mis estudiantes de maestría, había estado investigando sobre la relación entre moda, arte y literatura. Como parte de su trabajo de campo quiso entrevistar a Rodríguez, el abuelo, pero recién había fallecido. Ese primer contacto fue el que vinculó a la familia Rodríguez con el departamento de literatura. Rodríguez fue un sastre cuyas innovaciones en el oficio del corte y la confección o el arte de la alta costura se hicieron fundamentales en su época y algunas permanecían vigentes o se renovaban, pero dado su carácter, él como personaje público y pese a su fortuna, nunca se hizo notar, especialmente si lo comparásemos con los diseñadores de moda actuales.

Para la biografía habíamos convocado a un equipo de trabajo en el que participaban dos escritoras locales, un licenciado en diseño de modas, un investigador del departamento, tres estudiantes de literatura y yo en la coordinación. Elaboramos una serie de cuestionarios que nos servirían para obtener más detalles sobre la vida de Rodríguez. Las entrevistas las iban a hacer los estudiantes, pero un día antes de lo acordado, Tomás vino al departamento de literatura por error. Mi primera impresión de él, con quien básicamente no había tenido contacto más que por escrito, fue tal que lo hice pasar a mi oficina y yo misma le hice la entrevista con lujo de detalle, no solo sobre la vida de Rodríguez abuelo sino sobre la vida de Rodríguez nieto, y desde entonces me hice cargo del trabajo de campo de manera personal.

Desde entonces, nuestros encuentros no tenían límite de horas, espacios o presupuestos, así compartimos desayunos, comidas y cenas, recorrimos los mejores restaurantes de la ciudad, los bares de moda; pasamos innumerables días lluviosos en los cafés, en su casa, en la mía, en mi oficina en la universidad, en las bibliotecas públicas; los días soleados visitábamos el club deportivo del que él era miembro, los pueblos aledaños a la ciudad, y una vez viajamos seis horas hasta el puerto solo para comer y regresarnos el mismo día. Finalmente se logró la biografía y conseguimos que se publicara en colaboración con la universidad. La de mi cumpleaños, era la primera cita que teníamos por un interés puramente personal.

Terminamos de cenar. En nuestras copas reposaban los últimos tragos de vino y reíamos ya un poco acalorados. El tono de la conversación subía sin que yo pudiera darme cuenta

cuándo empezaba y hacia dónde se dirigía. Con Tomás, me aventuraba a aquellas conversaciones hasta sentirme extraviada sin temor a quedarme varada. Pero esta vez era diferente, el lenguaje no solo se hacía con palabras, el brillo de su inteligencia se expresaba a placer, generosamente y en sus ojos rasgados cabían todos los matices emocionales la alegría, la ternura, el deseo, la tristeza, y yo jugaba a adivinar en qué gradación se encontraban. Él brillaba y yo, anónima, adoraba el encanto de su masculinidad.

Tomó mi mano y me levantó del asiento. De pie me apretó contra su pecho y recargó su divina mejilla contra la mía. Empezamos a bailar. Yo me dejé guiar y mis labios desembocaron en su boca que sabía a frutos rojos. Bajó por el cuello mao de mi vestido, tenía los hombros cubiertos por un encaje negro, transparente sin mangas. Empezó a desabotonarlo por el frente y en el pecho atrapado en el corsé hundió cientos de besos que me quebraban las rodillas y me cosquilleaban la entrepierna de por si ya húmeda. Mis manos acariciaban su cabeza, como mi amante, como mi hijo, como si yo fuera su madre. La música se paró, me sentó en sus piernas y sirvió otro par de tragos de una botella nueva. “A mi abuelo le hubiera encantado verme salir contigo, adoraba a las mujeres de buen gusto” no sabía exactamente a qué se refería pero quise tomar aquello como un cumplido. Lo que era verdad desde que salía con Tomás y por toda aquella historia de su abuelo, no solo había aprendido más sobre moda, sino que me exigía más cuando vestía o iba de compras. “Llévame a tu cuarto” me ordenó al oído. Obedecí inmediatamente. En el trayecto, no me soltó la cintura y avanzaba besándome las orejas y oliendo mi cabello.

Le indiqué dónde colocar su ropa para que no se le arrugara, encendí a tono un par de luces y cerré las cortinas. Ágil, se sacó toda la ropa y se acercó hacia a mí con entera naturalidad. Sentí vértigo al ver su cuerpo completamente desnudo frente a mí, no sé si por la propia desnudez o por saber que estaba ahí, dispuesto para mí. Mirándolo terminé de quitarme el vestido. Empezaba a desabotonar el corsé y me percaté de que su miembro reposando sobre uno de sus muslos ya de por sí monumental, ahora se encontraba como el asta bandera en el cerro más alto de la ciudad. El corazón se me salía del pecho, pero ese fue el momento que la vida eligió para hacerme la gran putada.

El teléfono empezó a sonar. No lo podía creer. Simple y sencillamente no había manera de que estando con ese hombre se me hubiera olvidado apagar... Odié tan profundamente mi distracción sin límites, ese maldito defecto que todo mundo detesta en mí... por fin lo entendí y lo pagué. No sabía disculparme, más que avergonzada me empecé a sentir invadida por una tristeza vieja, como de siglos. Tan contraria al timbre taladro que alcancé lo más rápido que pude para apagarlo. En la pantalla vi el número de Enrique, insistente seguía timbrando. “Lo siento” le dije a Tomás con el peso de esa tristeza vieja, “tengo que tomar esta llamada”. “Está bien, no pasa nada” me dijo bajito reclinando su hermoso cuerpo desnudo sobre el mío a medio vestir. En el hacerse aletargado de ese instante quería que el timbre simplemente cesara, pero no, insistía y se me clavaba como agujas gigantes en la garganta. “¿Bueno?” dije con la voz apagada. “Por qué no contestas, ¡Joder!” gritó Enrique al otro lado de la línea apenas abrí la conversación. Tomás me miró serio ya tumbado sobre la cama y acariciándose el miembro erecto. “Estoy ocupada, hablemos mañana, ¿de acuerdo?” le dije a Enrique temiendo que Tomás lo hubiera escuchado, pero entendiendo

que algo grave pasaba y que quizá no me sería tan fácil librarme de aquello. “No me importa qué estés haciendo, te necesito aquí en este momento, ¿entendiste?! ¡ya! ¡ahorita!” seguía gritando encabronadísimo, pero todavía me aventuré “no puedo”. Enrique suspiró profundamente y enérgico amenazó “a menos que quieras que te marque mañana al Centro de Readaptación Social ¡te quiero aquí en 15 minutos!” volvió a gritar sobre el auricular “¿De qué se trata?” le pregunté tomando mi vestido del sillón. “Mauleón está afuera de tu edificio, agarra tus cosas y baja. Tiene instrucción de dejarte aquí lo antes posible, ya no me lo entretengas” y me colgó. Al ponerme de vuelta el vestido Tomás entendió que tenía que hacer lo propio.

A veces es mejor no tener nada para no perder nada. Se me caía la cara de vergüenza y tenía un nudo amarrado en la garganta. Cuando lo vi de nuevo enfundado en su traje todavía impecable, tuve tantas ganas de llorar que no me salían las palabras, entre la preocupación y la pérdida, lo último que deseaba era que Tomás se sintiera humillado. Los dos listos, todavía dentro de mi habitación, me abrazó. El peso de sus brazos sobre mis hombros me protegía y hacía más grande mi tristeza. Con la cara hundida en su pecho, por fin me puse a llorar. Me apretó todavía más mientras me besaba la cabeza y las mejillas. Al ver mis ojos de mapache, todos manchados de rímel, sacó el pañuelo de la bolsilla de su chaqueta y me recompuso. “Vas a estar bien” me consoló. “Ya nos veremos pronto” y yo me aferraba cada vez más fuerte a él que seguía diciendo “En cuanto puedas me dices qué puedo hacer ¿de acuerdo?” asentí con la cabeza todavía gimiendo. Salimos a toda prisa. “¿A dónde te llevo?” todavía me preguntó ya en la calle. En eso se acercó Mauleón a la

acera y me abrió la puerta del copiloto. “Está aquí por mí” le dije. Asintió con la cabeza y me volvió a besar con su lengua ardiente y sin prisa.

IV.

Subí al coche de Enrique que estaba manejando Mauleón, me coloqué el cinturón de seguridad sin permitirme mirar atrás. Mauleón arrancó a toda prisa y así terminó la buena suerte del día en que todo sucedió. Conforme avanzábamos veloces por la ciudad, el perfume barato de Mauleón fue opacando el olor mágico de Tomás, el olor fresco de su loción, el dulce almendrado olor de su cuerpo, el de su saliva todavía descansando a la orilla de mis labios como un recuerdo lejano, perdido en otro tiempo, en otro universo. Las farolas de la ciudad pasaban rápidas a mi costado y mi pecho pesaba como una roca, todavía atrapado en el corsé negro del que no había logrado salir en toda la noche.

“Servida” dijo Mauleón a secas con su cara dura de exboxeador barrio bajero y ya afuera del grupo de condominios donde vivía Enrique. Asentí apenas con la cabeza a modo de decirle “gracias”. Bajé del coche y toqué el timbre. Por el auricular escuché la voz de Enrique ya calmada, como si no hubiera pasado nada “¿quién?” preguntó melódicamente. “Soy yo” repliqué. “Sube” e hizo sonar el timbre para abrirme la reja. Cuando alcancé su puerta ya me estaba esperando. Me miró como a una sobreviviente de un huracán y preguntó “¿qué te pasó? ¿de dónde vienes?” alcanzó mi mano y me hizo pasar, me dio un beso en la mejilla, alisó mi cabello y me abrazó apretadamente y rápido. “Nada. De mi casa.

Ya sabes. ¿Por qué lo preguntas?”. “¿Quieres tomar algo?”. “Sí”. Me sirvió un vodka tonic con una cáscara de limón y dos hielos que me empiné como si fuera un vaso con agua. “¿Te importa si fumo?” le pregunté. “No. Vamos a la terraza” y tomó consigo otras dos bebidas “¿Te importa si fumo de tus cigarros?”. “No” y me acercó su cajetilla, las cerillas y el cenicero “¿Qué pasa?” le pregunté con el cigarro ya consumido hasta la mitad y el segundo vaso de vodka preparado de la misma manera. Se cerró la batita guinda de seda y se anudó la cintilla. Cruzó una pierna sobre la otra y su pantunfla gris colgó de las puntas de sus dedos. “¿No sabes nada?” me preguntó serio. “No, no se nada” respondí también en serio. “Hoy en la tarde me pasé por tu oficina. Cinthya me dijo que te habían autorizado el año sabático y me dio el oficio” empezó a hablar “¿y por qué te dio el oficio?” le pregunté “para que no lo aceptes hasta que hablemos” insistió. “Puede proceder a partir de mañana, pero no tiene que ser justo mañana, no hay prisa para responderlo, tanto si lo hago proceder como si no”. “¡Hum!” exhaló mirándome fijamente. “Y también me traje de tu escritorio el oficio del rector” agregó. “¿Cuál oficio?” me extrañé. “El oficio en el que refiere la demanda a tu nombre por plagio, con base en la cual queda cancelada la presentación de la publicación de la investigación de los siete que estaba programada para mañana y anexa un citatorio para que comparezcas ante el tribunal académico el lunes de la próxima semana a las siete de la mañana”. Abrí tanto los ojos calando profundamente el tabaco que entonces se dio cuenta de que mi estupor era auténtico, de que no estaba enterada de nada. Terminé por empinarme el medio vaso de vodka que me quedaba. “Te ofrecería otra copa pero me temo que tenemos que movernos rápido”. “Déjame ver el oficio, quiero saber quién interpone la demanda”. Se levantó enérgico de su asiento y alcanzó el documento, me lo aventó a la mesa sobre el cenicero lleno de ceniza y colillas. “Si esto procede olvídate de puesto alguno en la embajada” me dijo con rabia, porque si eso procedía, no solo yo me

tendría que olvidar de la embajada, lo tendría que hacer él y todos los intereses en ello involucrados. “Te juro que no hay plagio en toda la investigación” le respondí mirándole fijamente a los ojos, pero Enrique me veía enojado e incrédulo. “Enrique, te lo juro. Yo misma leí todas y cada una de las versiones que por cinco años me fueron entregando como reporte de trabajo. Conozco sus áreas de especialidad, su estilo, su escritura, su manera de pensar. Esto es una jugada, una mala pasada Enrique. Te juro, pase lo que pase, que no hay plagio. Mira de quiénes estamos hablando, los conozco de años, meto las manos al fuego por cada uno de ellos. Esto es personal Enrique, date cuenta, me quieren a mí, me quieren perjudicar”. Abrí el documento y lo leí varias veces pero no encontraba lo que buscaba. Enrique fumaba ya más bien desesperado. “Aquí hay que saber quién acusa, por qué, de qué parte de la investigación estamos hablando, por qué proceden en mi contra y no en contra del responsable del documento supuestamente robado”. “Hum” volvió a exhalar Enrique. “Tiene sentido. Entonces te voy a decir lo que vamos a hacer”.

En ese preciso momento preparamos el documento mediante el cual haría proceder el año sabático apenas amaneciera y Enrique le pediría a Cinthya que lo entregara en las oficinas correspondientes esa misma mañana. En efecto, estaba huyendo a toda prisa. En lugar de comparecer yo personalmente lo haría un equipo de abogados especializados en ese tipo de casos y que pertenecían a la propia universidad. Por aquellas enramadas en las que Enrique se movía, resulta que uno de esos abogados era amigo de una persona que le debía un favor importante. Hablamos con todos cuantos tuvimos que hablar para llegar hasta los señores abogados y nos reunimos en una conferencia a distancia para discutir el caso. Nos pusimos de acuerdo en todo y yo quedé de hacerles llegar el material que existía de todo el proceso

de la investigación que de hecho guardaba en varios discos duros en una caja fuerte en mi casa y un montón de impresos que ya estaba por desechar. Cuando el caso se resolviera me dejarían saber enviando el pronunciamiento oficial por correo terrestre. Ya les mandaría Enrique la dirección a la que queríamos nos enviaran la resolución pues pensaba que no era conveniente ni la mía ni la suya.

Enrique volvió a mi oficina en la universidad para rescatar cualquier pista del acusador, material relacionado con la investigación de los siete o elemento que él considerase se pudiera utilizar en mi contra en ese o en cualquier otro caso y yo corrí con Mauleón a mi departamento para hacer lo mismo. Al llegar encontré la puerta abierta, pensé que quizá con las prisas la había dejado así, me fui directamente al estudio y encontré todo revuelto, la ventana abierta y la cortina que hacía volar el viento. Se habían llevado todo, habían dado con la clave del candado de la caja fuerte y no habían dejado uno solo de los discos duros que atesoraba, y gracias a la extrema minucia con que hice organizar todos mis documentos, les fue muy fácil encontrar todo lo relacionado con la investigación de los siete sin tocar todo lo demás, especialmente lo que tenía que ver con la biografía de Rodríguez. Pero había algo más, no estaba mi computadora portátil, ni mi tableta, ni un par de libros y eso sí que era una pista, porque sabía perfecto a quién le interesaban sobremanera. “¡Putra madre!” pensé encabronadísima. “Hijo de su chingada... ¡¡¡¡¡ay!!!... ya lo sabía, estoy segura, es él” Pero aún así, la demanda era algo mucho más grave como para ser solo ese ‘él’ que yo pensaba que era. ¿quién estaba con él? ¿o detrás de él? y me dejó una nota con recortes de periódico, ese él del que yo estaba segura “Se te acabó la fiesta, perra ambiciosa” Le marqué a Enrique inmediatamente, él también encontró mi oficina hecha un desmadre y se

habían llevado todo lo relacionado con la investigación de los siete. “Tienes que irte” me dijo, “tienes que irte ya” repitió en tono grave. Yo me quedé en silencio. A pesar de todo, solo pensaba en Tomás, como si no lo hubiera perdido lo suficiente aquella noche, como si lo tuviera que arrancar de mi vida definitivamente y no quería, no estaba dispuesta. “Pero ¿a dónde? ¿todo el año?” estábamos discutiendo cuando empezó una balacera en el edificio, se escucharon gritos provenientes de todos los pisos. Pasos apresurados de botas subían y bajaban. “¡agáchate pendejo, agáchate!” se escuchaba justo en el descanso junto a mi departamento, unas cuantas aporreadas y gemidos dolorosos, lapso en el que perdí comunicación con Enrique. Me volvió a marcar “empaca, voy por ti” pues Mauleón me había dejado y se había ido. Ni siquiera sabía a dónde iba, pero metí un poco de ropa de cada estación a un par de maletas y desempolvé mi vieja computadora portátil que por fortuna no había tirado a la basura, pues como mera máquina de escribir pero todavía servía. Sentí mucha tristeza pensando que mi gran sueño de escribir una novela, por esos azares del destino, tuviera que empezar de esa manera. Pero bueno, quizá lo que un buen escritor necesita en primer lugar es humildad. Así que la abracé con todas mis fuerza y le confesé “eres lo único real que me queda”. Ya estaba terminando cuando escuché el claxon de Enrique a la entrada del edificio. Al salir de mi departamento tuve que esquivar un charco de sangre, cerré y bajé lo más rápido que pude.

Enrique me llevó de inmediato a la central de autobuses y me compró un billete con destino a Ciudad de México. Me dio instrucciones para ir a visitar a Luciano, un amigo suyo que tenía una residencia turística, no entendí bien, si en Valle de Bravo o en Avándaro. Si Luciano me daba hospedaje en aquello que Enrique decía ser un paraíso muy propicio para

escribir la novela y para mis nervios, me hospedaría algunas semanas en lo que se resolvía la acusación por plagio, esperando que aquello sucediera antes de que me hicieran llegar la propuesta oficial del cargo diplomático en la embajada de México en todavía no sabíamos dónde. “y por favor” me advirtió Enrique en el carro “ni una palabra de todo esto a Tomás. Es muy probable que tenga algo que ver con la demanda” “Pero...” “Y si no, de cualquier modo ya déjalo, no es para ti.” Hice una cara de terror y le reclamé “¿cómo crees que Tomás va a tener algo que ver con esto? ¿qué interés podría tener él en la investigación de los siete? según tú, ¿por qué querría perjudicarme? él me quiere sinceramente”. “Ah, ¿si?, y ¿qué hacía saliendo del comedor del sindicato con la Licenciada Magda?” y yo no tenía idea de qué podría tener que ver Tomás con la Licenciada Magda del sindicato. Al ver mi cara de asombro Enrique insistió “¿Eso no te lo dijo?” y no, eso no me lo había dicho. Yo tenía idea de que la única relación que Tomás tenía con la universidad era la que tenía conmigo, y la que había tenido por la biografía de su abuelo. “Pero si le pregunto me va a contar y me va a explicar qué carajos tiene que ver con la Licenciada Magda del sindicato” Enrique me miró compasivo y me puso el boleto en la mano “Mira reina, vete y deja que todo se aclare por sí solo. Si como dices no hay plagio, no tienes nada de qué preocuparte. Si tenemos suerte, todo se va remediar en el orden que necesitamos que se remedie. Vete y no vuelvas hasta que todo esto termine. ¿De acuerdo?” Nos dimos un abrazo fraterno y le dije finalmente y muy a mi pesar “De acuerdo”.

V.

Luciano Ricci era un jefazo en un edificio alto de Santa Fe. No solo los ventanales que dejaban admirar el azul del cielo que normalmente se vería grisáceo por la nata de smog intimidaban, incluso la secretaria al frente de su oficina si acaso apenas habiendo rebasado la mayoría de edad, maquillaje de cantante de ópera en noche de gala y perfume dulce como fruta seca, puchando los botones del teléfono para llamar culposa la atención de su jefe y anunciar que lo estaba esperando.

Luciano salió de su oficina inmediatamente, también elegantísimo. Me hizo pasar a un recibidor que parecía la sala de su casa. Me ofreció un café espresso y un agua mineral. Me quedé con el agua. A saber qué le habría dicho Enrique, pero se mostró atento en extremo. Me dio todos los detalles de su residencia turística, que no estaba ni en Valle de Bravo ni en Avándaro, sino, dijo, “camino de Cerro Gordo” a la que hacía llamar “Comarca las Vegas” no solo por el referente turístico sino porque al inicio del camino que lleva de Avándaro a Cerro Gordo se encuentra un grupo de colonias llamadas que “Vega del Valle”, “Vega del Bosque”, “Vega de la Montaña”, “Vega del no sé qué” y “Vega de la sabe qué” zona mejor conocida por los lugareños como “las Vegas” y sintiéndose parte de ese grupo de amigos, se unió a ellos con aquel nombre aunque técnicamente ya no pertenecía a dicha zona.

Lo primero que quise saber es si podía recibir mi correspondencia en aquella residencia que parecía tan alejada de la civilización, pues me advirtió que no conseguían todavía que se

instalara el servicio de internet por tratarse de un “domicilio conocido” a mitad del bosque. Lo cual tampoco me importó mucho no solo porque mi computadora viejita no sería ya capaz de soportar una conexión de esa envergadura y porque sentía que en realidad eso era lo que necesitaba, desconectarme. “Pero la señora Diana, a quién conocerás a penas llegues a la Comarca, podrá recibirla en su casa y te la hará llegar hasta tu suit de campo en cuanto la reciba. Es una mujer muy dulce y en extremo responsable. Yo mismo le confiaría mi correspondencia, así que por ello no tengas cuidado. La señora Diana es nuestra administradora y apoyo incondicional, cualquier cosa que necesites comunícate con ella como si lo hicieras conmigo”. Me propuso y con ello resolvió el caso.

En cambio él, lo que deseaba saber en primer lugar, cuánto tiempo me quedaría, si me hospedaría como residente temporal o permanente. Temporal debía pagar por día. Permanente por adelantado la totalidad de la estancia si pensaba residir al menos seis meses y dejar una cuota extra como depósito. Por tratarse de inquilinos foráneos, el pago por adelantado era la única garantía con la que contaban, me explicó. Lo entendía y me parecía perfecto, pero yo no sabía en realidad cuánto tiempo me quedaría. “Si te parece bien, asumamos que te quedarás seis meses. Si llegaras a salir antes, me comprometo a restituirte la cuota correspondiente a los meses que ya no requieras de nuestros servicios”. Me dijo al ver que no hallaba cómo salir de mi encrucijada. “Perfecto” acepté confiando en que se trataba de un amigo de Enrique, si no cumplía su palabra ya se las vería con él y no conmigo.

Me dio indicaciones para llegar a “Comarca las Vegas” y cerramos el trato, residencia y alimentación incluida. Pues según me contó no era tan fácil conseguir víveres sin un automóvil y a los extranjeros les encantaba la comida mexicana que ahí se preparaba, pues en general, desconocen lo que se come en México y ese fue un servicio que integraron tratando de cubrir esa necesidad, que me aseguró, les funcionaba de maravilla. “Valle de Bravo es un pueblo mágico” añadió. “¿Un pueblo mágico? ¿cómo?” Le pregunté “Pues así, mágico” y cuando vio que no me convencía insistió “cuando estés allá lo sabrás” y me quedé pensativa, tan seria como me lo decía él. Sonreímos y nos dimos la mano amistosamente al despedirnos.

Volví a Casa González donde me había hospedado Enrique a unos pasos de Paseo de la Reforma. Puse mi mente en orden. Salí al banco a hacer el depósito de la residencia “Comarca las Vegas”. No lo había pensado pero sentí el mordisco de la ilusión a mitad de mi drama personal. Pensé que quizá todavía era tiempo de hacerme con una computadora nueva, pero el adelanto de la renta casi me había dejado en ceros y en lo que se hacía proceder el año sabático podría sorprenderme un bache en los pagos que hiciera la universidad a mi cuenta, así que no me quise arriesgar y ya no había tiempo tampoco para hacer movimientos de la cuenta de ahorros. Si algo salía mal, por lo que vi, no me sería tan fácil estar al tanto y hacer las desesperantes aclaraciones a las que el hombre moderno vive esclavizado por los bancos. “Unos cuantos libros no harán daño” pensé y aproveché para empezar a perfilar desde ahí la novela. Al final, tuve que retacar toda la ropa en una sola maleta y empacar mi pequeña nueva biblioteca en la otra “si solo tuviera mi Tablet”. Me sentí tan yo misma comprando libros en lugar de ropa y accesorios como había hecho el

año pasado. Y volvía a pensar en Tomás, con quien siempre nos habíamos comunicado por correo electrónico. Nunca por teléfono, chat alguno. Tenía tentación de escribirle caminando de vuelta a la Casa González y con las bolsas llenas de libros, pero me abstenía, no quería que supiera que estaba molesta por lo de la Licenciada Magda, sin embargo, necesitaba que me aclarara. Aunque si el sindicato estaba metido en esto y él estaba con ellos, por supuesto tampoco me lo diría. ¿Qué hacer? ¿tratar de leer paranoicamente entre líneas? ¿arriesgarme a mal interpretar? Y mucho menos confesarle que caía sobre mi una demanda por plagio, tanto si ya lo sabía como si no. Quizá Enrique tenía razón, quizá Tomás, simple y sencillamente no era para mi.

Contraté un taxi de sitio para que viniera por mi a primera hora de la mañana, primero de marzo, sola, rumbo a un pueblo mágico... y otra vez me corrían las lágrimas por los costados hasta las orejas tumbada en la habitación de la casa-hotel mirando pasar las arañas en el techo y sufriendo todas mis pérdidas. Finalmente redacté unas líneas. “Querido Tomás, gracias por todo este tiempo juntos. Estaré fuera de la ciudad los próximos seis meses. Ya nos veremos algún día otra vez. Que todo te vaya bien” caminé hasta el cyber cuando ya estaban a punto de cerrar y habiendo copiado el mensaje hice un *click* nervioso sobre la opción *send* desde mi cuenta de correo electrónico hacia la de él.

VI.

La noche anterior, al salir del cyber cené en el Tandem vacío y me harté de *guinness*. Cuando el taxi llegó por mí ya estaba lista esperándolo en la puerta pero muerta del sueño y de la resaca. El trayecto hasta la central y luego el camino hasta la Comarca los transité básicamente noqueada. Esa era la magia de Valle de Bravo, no supe por dónde entré ni dónde estaba estando ahí.

En efecto, la primera que me recibió fue la señora Diana, estábamos por darnos la mano cuando un perro negro saltó furiosos ladrando sobre nosotras. “¡Rocky!” gritó la dulce señora Diana a todo pulmón. Si no me equivoco el perro se congeló en el aire y segundos después caminaba de vuelta en la dirección opuesta a nosotras alejándose tan contento como cuando se acercó. Ahora no solo me sentía avergonzada de mi sensación de estar destilando cerveza negra, sino del paro cardíaco que estuvo a punto de propinarme ese maldito perro de rancho.

“En efecto, ayer se comunicó don Luciano conmigo y me puso al tanto de su situación” empezó a decir la Señora Diana y yo me sobresalté pensando “¿mi situación?” y la señora continuó “por lo de la correspondencia no se preocupe, yo misma le entregaré en la mano lo que llegue a penas alcance mi domicilio” aseguró “Muchas gracias señora Diana, es usted muy amable” le respondí profundamente aliviada. “Don Luciano mismo eligió la suit de campo en la que la hospedaremos por ser la mejor equipada para cumplir con sus necesidades” me aclaró. “De acuerdo” y siguió instruyéndome. “Mencionó que viene usted sola”. Asentí con la cabeza. “En ese caso, le pido que no haga pasar usted a visitas

extemporáneas” se corrigió “lo siento, esporádicas”. Como es de su conocimiento hemos tenido una mala racha con el tema de los secuestros y en especial se ha puesto de moda el turismo sexual en nuestra industria, y nos interesa sobremanera cuidar la reputación de “Comarca las Vegas”. “De acuerdo” volví a decir realmente sin estar de acuerdo con la petición. Aunque no pensaba invitar a nadie me gustaba tener la opción. Puede entrar y salir cuando quiera, pero la puerta se cierra a las 6 de la tarde y hay que hacer cita con el vigilante si desea llegar más tarde” ya ni en la casa de mis papás, pero bueno, y me entregó las llaves a la puerta de la suit de campo en la que a partir de ese momento me hospedaba. “De acuerdo, de acuerdo con todo” dije por última y forzada ocasión.

VII.

Los primeros días en la Comarca me la pasé prácticamente enterrada en mi suit de campo. Todo a mi alrededor se dividía entre el azul del cielo, a veces nublado, y el verde absoluto del bosque. En la mañana se tendía un sol abrasador y en la tarde el viento callaba cuando empezaba a llover, solo se oía el agua golpeando el piso, con una presencia que todo lo abarca y a la que parecía todos debíamos la escucha, pero todavía no llegaba la temporada. Aún así, llovía tupidamente y sin descanso, y aquello apagaba el ruido adentro de mi cabeza. ¿Quién me habría hecho esto? Me repetía una y otra vez sacando mis equipaje y colocándolo en los cajones, en los estantes, en los libreros. Entonces y quizá por ello empecé a escribir, a veces a mano, a veces en mi computadora vieja.

Una mañana marcó Enrique, le di la dirección de la señora Diana para que se la diera a los abogados. La desaparición de los discos duros de casa y la oficina se habían tomado como agravante en detrimento de los argumentos del demandante en el proceso legal ya iniciado aquel lunes terrible del que me había librado. Se desconocía todavía el nombre del demandante. O quizá es que Enrique ya lo sabía y no me quería decir. Se volvió a enojar conmigo cuando le pregunté por Tomás. “Hazte a la idea de que no lo verás todo el próximo año. No pierdas tu tiempo e intenta pensar otra cosa. Ya conocerás a alguien más allá” dijo tan quitado de la pena. “¿Por qué todo el año?” le pregunté paranoica. “Lo mejor sería que no te distraigas hasta que acabes. Un año para escribir una novela es poco tiempo”

y en ello tenía razón. Pero ¿por qué tenía que dejar de pensar, de saber, de ver o de hablar con Tomás solo por estar escribiendo una novela? “Ya, ya, olvídale mujer, no es el fin del mundo” y no lo era para él, pero lo era para mi. Ultimadamente, Enrique qué sabía de Tomás.

VIII.

Días más tarde Enrique volvió a marcar para darme la noticia o el tiro de gracia. Anel Hadid estaba saliendo con Tomás. Yo ya sabía que a Anel le gustaba Tomás y creo que si yo no me hubiera metido en su camino, todo el tiempo que pasé con Tomás, quizá lo hubiera hecho ella y ella hubiera hecho todo lo que seguramente ahora hacía por estar con él. La duda que me quedaba era qué sentía Tomás por ella, o por mi. En cierto sentido, con el último mensaje que había enviado a Tomás había dado por terminadas las cosas entre nosotros así que no tenía forma siquiera mental de oponerme a ello. Por primera vez sentí que tenía que soltarlo, dejarlo ir, que pasase, que se fuera nuestro momento robado, de otra manera, no tendría rumbo ni fin. “De acuerdo Enrique, olvidado, no tienes que preocuparte más de esto, ni yo tampoco lo haré” le dije con tal de que parara de hablar tratando de mostrar por qué yo no debía estar con Tomás. Entonces se dio cuenta de lo excesivo que se mostraba al respecto y que ya me había ganado, que ya me había rendido.

Cuando colgamos me metí a la cama solo para escuchar la lluvia caer. Mi pecho estaba vaciado de emociones. No era nadie en ese lugar perdido de todo referente de mi existencia.

No tenía nada a lo cual aferrarme ya, nada a lo cual llorar. El agua golpeaba las ventanas y yo dejaba correr por el colchón hasta el piso, por debajo de la puerta, mezclándose con el agua de lluvia y avanzando hasta el riachuelo toda mi tristeza, esperando pacientemente que se fuera, que se agotara, que perdiera toda su fuerza igual que yo. La luz se iba y venía. El frío se hacía más recio. Yo temblaba debajo de las sábanas, de las cobijas, del edredón; de la ropa, de los calcetines, de la bata; el frío de la soledad siempre encontraba en mi cuerpo su rincón.

Anel Hadid, inteligente, educada, joven, hermosa, de buena familia, mucho dinero. Y quién era yo delante de ese bombón. Nadie que pudiera dar batalla. Qué era lo mejor que podía hacer. Eso, dejar que me tragara la tierra, perderme en ese bosque de colores oscuros y sombrías veredas, ruidos de insectos en la noche detenida, olores perfumados y espesos, ese silencio que se rompía cuando cantaba el viento. Ser como otro vegetal de la Comarca, sin memoria, sin emociones, sin sentimientos.

LA FRUTA PROHIBIDA

I.

Manuel era uno de esos “hombre-pueblo” que no tienen rostro. Estaba casado con una mujer del Pinal del Marquesado que apenas alcanzaba el metro cuarenta de estatura. El rostro de ella tenía el óvalo perfecto, la nariz chiquita y respingada, los ojos rasgados color miel, la piel apiñonada, brillante y de muy buen carácter. Manuel y Amelia Gutiérrez hacían una pareja perfecta, y eso me llamaba la atención porque yo tenía la idea de la pareja como algo arcaico y prácticamente extinto, especialmente como la pareja que eran ellos dos. Me llamaba la atención de la misma manera en que a ellos intrigaba la soledad de una mujer como yo.

Manuel llegó a “Comarca las Vegas” hacía ya siete años. Al principio, cuando todavía no se construían las suits de campo, pasaba semanas enteras internado entre los montes donde no había más alma que la suya. Corrían el lunes, el martes, y ya para el miércoles o jueves le entraba la duda, no estaba seguro si ese día llegaba Rodo o lo haría hasta el siguiente. Durante esos lapsos de tiempo desencajado de las manecillas del reloj, se preguntaba, qué hacía él ahí, solo, en medio de la nada pudiendo estar con todos, y cuando por fin volvía a su casa, junto a la carretera, con su mujer y sus hijos, ya no le gustaba la comida con knorr, sal refinada y aceite de cártamo requemado. Solo las tortillas de maíz hechas a mano y recién salidas del comal lo contentaban y cuando alcanzaba, un refresco de cola o una

cerveza no le caían mal. Le daba más por fumar y el ruido de los camiones y la música a todo volumen de los vecinos no lo dejaban dormir. Cuando por fin empezaba a acostumbrarse a aquel caos semirural, semiurbano, ya era hora de volver a su retiro.

Al lado de ella, él era profundamente tímido. Las escasas ocasiones que tuvimos oportunidad de conversar, me pareció, detrás de su sonrisa siempre cohibida, franco. Cuando nos veíamos a lo lejos nos saludábamos con familiaridad, pero a los veinte pasos, me ignoraba cabalmente y me dejaba pasar. A veces lo veía trabajar a través del ventanal del comedor. Se retiraba de mi campo de visión como para no molestar, o no sentirse exhibido.

Manuel solía trabajar mano a mano con Dani, su hijo, pero a veces simplemente le delegaba las tareas cuando venía de visita y mis ojos lo encontraban detrás de los cristales queriendo adivinar en él, al muchacho que fue Manuel. El chico tenía todavía una carita de niño aún inflamada por los últimos síntomas de la pubertad. En cambio, su cuerpo ya sugería el de un hombre. Quizá por sus pocos años, invariablemente llevaba tenis, jeans holgados y una *T-shirt* de manga corta y entallada. De vez en cuando, portaba una camisa roja cuadrada, a lo Kurt Cobain, cuando en los 90's Kurt se vestía como campesino. Era obvio que sus ojos rasgados, casi mongoles, los tomó de su mamá, pero su cuerpo alto, delgado y de músculos magros, lo tomó de su papá; pues el cuerpo de ella, era pequeño y enjuto, como un tamalito dulce empacado en su hoja de maíz, igual al de sus hermanas, Las Gutiérrez.

Como cualquier primavera, la de ese año pasó volando y por fin vino el tiempo de lluvias que era lo único constante en ese verano de clima impredecible. Aunque el día estuviera soleado todo mundo nos arropábamos, pues en cualquier descuido se nos podía colar un chiflón o caer un chaparrón. En lo personal, una parálisis facial me aterraba. Con las lluvias; las botas de campo, el rompe vientos y los paraguas, hacían las veces de una segunda piel. Por lo que, aquel verano no vi un cuerpo humano a plenitud, a excepción de los de *Barbie* y *Kent* para quienes siempre sale el sol. Los ventarrones, las tormentas eléctricas, y los aguaceros no existen para ellos, los turistas.

Aunque me hospedaba yo sola en una de las suits de campo, la dinámica de los otros huéspedes y la servidumbre me agobiaba. Fuera de la suit no tenía privacidad, así que salía por la puerta de atrás que daba al camino de tierra por el que se entraba a la Comarca para quedarme a solas con mis pensamientos y sin la obligación de hablar con alguien. El portón principal de entrada a la Casa Grande era privado y siempre estaba cerrado, solo el dueño con su llave podía pasar.

Un día de principios del verano, ya venía de regreso cuando Manuel iba saliendo. Me percaté de que ese campesino recién bañado, con el cabello mojado, alisado hacia atrás, su chamarra de cuero negra y sus jeans azul marino, montado en su motocicleta, se veía muy diferente al campesino de gorra, chamarra y pantalones estilo cholo, al que estaba acostumbrada a ver. Diría que me pareció atractivo. Me despedí de él con un ademán.

Pareció haber adivinado mi admiración, pues apretó ligeramente los labios, se acomodó en la moto y sonriendo ligeramente también se despidió con un gesto de la mano izquierda.

Detrás de las ropas de temporal, yo ya adivinaba que Manuel ocultaba un vientre plano, que sus piernas largas y espigadas, moldeadas por las botas de campo con las que a diario trabajaba, guardaban músculos grandes y un par de nalgas paradas apretándose a la cadera diminuta del hombre esbelto que era él; en mi mente, de sus pectorales lampiños y firmemente abultados, emanaba un olor suave como a poleo y se hacían enmarcar por un par de hombros finamente delineados, el término de una espalda alargada abriéndose en V. La verdad es que, también, a veces, me parecía esquelético. En una ocasión, su brazo pálido y en extremo delgado asomó entre la chamarra chola y por debajo de su playera de manga corta. No pude evitar sentirme a disgusto y, quizá, especialmente desilusionada. Quise apartar la vista con discreción, y no admitiendo la realidad, considerar que no era el brazo sino el ángulo el responsable de haberme percatado de esa apariencia, solo para ver después sus rodillas separadas, como si se le hubiera marcado la montura de un caballo entre las piernas.

Entre semana, la Comarca se encontraba en absoluta calma. Me gustaba levantarme en la madrugada, amarrar mi cabello con un chongo alto sobre la coronilla de la cabeza, lavarme la cara y, con extrema minucia y método, los dientes. Cosa por cosa iba guardando los objetos en la habitación. Volvía los libros a los estantes; plegaba los portatextos abiertos; metía plumas y lápices a los botes; limpiaba la computadora, las lámparas y las planchas de

madera sobre las que trabajaba; lavaba las tazas y las copas; archivaba hojas, papeles y documentos desbalagados; y, por lo menos, cada ocho días retiraba las sábanas usadas de la cama y restiraba sábanas limpias que olían a detergente y a suavizante para ropa, reabombaba los almohadones y encima extendía el edredón de pluma de ganso. Doblar, guardar, colgar ropa, toallas, tapetes y trapos; dejar el baño como para comercial de líquidos desinfectantes; y limpiar el piso de madera a la manera japonesa, no se debía a un comportamiento obsesivo compulsivo, sencillamente, formaba parte de mi nueva rutina.

Una de esas mañanas, cuando ya empezaba a clarear, me saqué la ropa de dormir y me enfundé un par de leggings café, una T-shirt azul cobalto desgastada sin sostén, el suéter de cashmere de cuello alto y el abrigo de lana rojos que me cubrían todo hasta la mitad de los muslos y detrás de largos calcetines, metí los pies a las botas de lluvia también rojas y salí. Atravesé el jardín hasta la casa grande. Entré a la cocina. Prendí las hornillas. Calenté el agua para el baño de tina y el café. El día estaba azul y despejado. Tenía las mejillas chapeadas por el fresco de la mañana y los párpados todavía inflamados. Apagué una de las hornillas. Vertí el agua caliente y la dejé abrazar el café de grano que acababa de moler antes de empujar el filtro hasta el fondo. En tanto, tomé del frutero un par de nectarines blancos que habían estado ahí, madurando con paciencia. Enseguida, me enjuagué los dedos y con el dorso de la mano izquierda me limpié el jugo sobre la comisura de la boca. Por fin empujé el filtro y con calma serví el café. Mirando por la ventana, me acerqué la taza humeante. Sorbí un poco. La lengua me quedó ligeramente amarga y tibia. Mi atención se afiló. Mi corazón palpitó más a prisa. Bajé la taza y al otro lado de la ventana, vi atravesar a Manuel tranquilamente y sin quitarme la vista de encima. Sorprendida pero no

sobresaltada, levanté la ceja derecha y le sonreír abiertamente. Se sonrojó. Levanté la mano y lo saludé. Arrugó la cara quemada por el sol con una sonrisa como de pasita que parecía exprimir su irremediable timidez y, lo que nunca, ya también sonriéndome plenamente, sostuvo su mirada curiosa sobre mis ojos y, con una inclinación apenas perceptible de su cabeza, también me saludó. La forma de su cráneo me pareció más alargada y sus mejillas más hundidas. Miré el reloj de pared. Ya eran las ocho. Mientras me terminaba el café pensé “¿qué estará haciendo por aquí Manuel?”. Apagué la hornilla del agua para la tina y regresé.

Una de esas noches en que no podía dormir, los recuerdos venían a mi mente sin permiso, obsesivamente. Al amanecer cometí ese mal hábito de manotear el despertador. Por lo menos debo haber perdido treinta minutos remolineándome bajo el edredón, resistiéndome a ir al baño. Cuántas veces había de repetirme “¡las sábanas de franela son vicio!”... y en pleno verano. Más al rato, cuando por fin abrí las cortinas, faltaba poco para que dieran las ocho. Desde la ventana alcancé a ver al Rocky que se alejaba detrás de Manuel con la cabeza gacha como besándole los talones y con el mismo paso desencantado que el de su dueño.

II.

Habían pasado casi tres meses desde que había llegado a “Comarca las Vegas” y desde entonces no había sentido ningún deseo de salir, de saber en dónde estaba. No me

interesaba saber nada de ese lugar ni de la gente que ahí vivía, pues solo iba de paso y quería que fuera un paso rápido. Quizá porque esa mañana me sentí descansada y de muy buen talante, saludé a todos, les pregunté ¿qué tal? ¿cómo te va? y a algunos hasta un besito en la mejilla les planté, por fin bajé a Valle. Alfonso, un regiomontano que estaba hospedado con nosotros por cuestiones de trabajo, me acercó al pueblo en su camioneta cuatro por cuatro, todo terreno, de lujo. Nos internamos en la carretera, el viento nos pegaba en la cara y alborotaba el cabello, respirábamos el aire fresco de la montaña, viendo los árboles a los costados a donde, al final de la temporada, llegarían las primeras mariposas monarca. Las casas eran mansiones con tejados de teja de barro roja, vigas, adobe y marcos de madera en las ventanas; llenas de masetas de flores de colores y amplios jardines.

Entramos al pueblo hasta muy cerca de la plaza central donde nos separamos. Atravesando los portales sentí nostalgia de los caminos que llevaban a Pátzcuaro y a Tzintzunzan, de las vías del tren que dejó de ser para pasajeros, del frío del bosque junto al lago de Zirahuén. Deambulé largo rato por las calles adoquinadas que suben y bajan. Compré jabones, arcilla y champú de miel; Pan de ajo y hierbas finas, café orgánico, tabaco para liar y una botella de vino tinto. Por fin alcancé ese lugar sagrado, esa ventana al mundo llamada librería, con cafetería e internet. Compré una publicación cara de Moda, Otoño-Invierno y una novela italiana, extraordinariamente bien escrita, excepto por los personajes masculinos, bola de pusilánimes. Si ya no tenemos hombres en las novelas, ya qué nos queda. Extrañé al general Francisco Rosas. También me di cuenta de que el último mensaje que le había enviado a Tomás en Ciudad de México nunca llegó, aparentemente esa cuenta ya no existía.

En la Comarca había un par de colinas finamente podadas que parecían como sacadas de algún capítulo de *Candy Candy*, donde la niña se encontrara con Anthony montando a caballo, pero que en realidad eran áreas de bosque deforestado. Si no fuera por los mosquitos, las hormigas, la humedad de la hierba, el lodo y las piedras me hubiera tirado boca arriba para ver pasar las nubes en el cielo.

Ese día, cuando ya volvía desde Avándaro a la Comarca, todavía hacía un sol bastante generoso y en eso me percaté de dos figuritas a mitad de la colina izquierda. Conforme fui avanzando hacia mi suit me di cuenta de que se trataba de Manuel y Amelia Gutiérrez. Él, con la palma de la mano derecha bajo la nuca y, con la otra, metíase a la boca una pajita que salvó de entre la hierba. Tenía la pierna contraria flexionada y la izquierda estirada. A su costado reposaba su esposa, burdamente desparramada, con los brazos cayéndole por arriba de la cabeza, que luego dobló y usó como almohada y sus cortas piernitas se encontraban estiradas y abiertas, como bien a sus anchas. Parecía que hablaban a la misma vez y se reían todo el tiempo. “Qué simple es ser feliz” pensaba mirándolos sin que obligación u horarios les perturbaran. “¿Qué se dirán esos dos ahí tirados?” confieso, me tentaba la envidia. Luego sentí el cielo, la colina, la simpleza de la felicidad adentro de mi bolsa café de cuero, pero me acordé: “¡Putá! ¡no compré el destapa corchos!”.

III.

Un día de fin de semana el señor sol tuvo a bien extenderse sobre la alberca y los camastros alrededor, me acerqué a tomar un jugo verde minuciosamente preparado. Todo olía a flores y a hierba fresca. Reclinada en el camastro, avanzaba la lectura de “Historia de O” que me tenía consternada. Al cabo de un rato, los rayos del sol se fueron debilitando. Entonces, Manuel empezó a podar los arbustos que ya atestaban el césped. Llevaba puesta una camiseta térmica gris ceñida al cuerpo como antes no se la había visto, de manga larga, cuello redondo, con tres botones plateados desabrochados al frente y por donde sutilmente asomaba una separación en el pecho. Parecía *play mobil* con sus lentes transparentes de plástico y su casco rojo para protegerse de las ramas que aventaba el motor de la podadora. Entre los arneses y el cinto que ayudaba a protegerle los lumbares, vi que la camiseta estaba fajada dentro de unos jeans azul cielo desgastados que desembocaban en las botas negras de campo delineando sus pantorrillas y pies. Su figura esbelta de músculos magros se alargaba delicada, más al modo de un modelo que de un deportista. Aquel atuendo me permitió apreciar la armónica disposición de las partes de su cuerpo. Ocasión desde la que ya nunca tuve dudas al respecto.

Al día siguiente, casi llegaba al final de la novela de Pauline Réage cuando de pronto ¡BAM! ¡hijo de su chingada! Manuel empieza a podar otra vez ¡Joder! Y haciendo acopio de mi escuálida paciencia me aventuré a impedir que continuara. Me acerqué a él y antes de decirle nada lo miré esperando poder leerle el semblante. Tímidamente levantó la vista del pasto y apagó la cosa. Permanecí inmóvil frente a él. Soltó el aparato y confiadamente avanzó con paso veloz hasta mi. Me saludó alargándome la mano. Le entregué la mía automáticamente. El movimiento fue tan rápido que ni siquiera sentí que se la hubiera dado.

No registré intención, temperatura, textura, o volumen de su mano, quizá debido a que por primera vez vi de cerca y plenamente sus pupilas café claro, sus largas pestañas negras y el pelo cano a los costados junto a las sienes. “Buenas tardes Manuel” Me miraba con una espléndida sonrisa. Quizá él ya sabía lo que le iba a pedir. Quizá lo hacía para que se lo pidiera. “La señora Diana nos informó que el horario de podar estaba programado para la hora de comer y...” me interrumpe “¿Mucho ruido?” sin soltar un ápice la sonrisa. En tono de súplica le pregunto “¿me disculpas que te quite de lo que estás haciendo?” Y todavía sonriendo como si le hubiera dicho algo francamente agradable “Sí, claro que sí” me contestó. “Muchísimas gracias” cerré y todavía me alcanzó a decir “Y ¿qué pasó con esos borrachos? ¿que te molestaron?”, ligeramente desorientada por el tuteo, voltee y le contesté “Pues, no es la primera vez que vienen. Ya les gustó este lugar. Lo malo es que dejan aquí sus latas de cerveza y se orinan por donde quiera” y él seguía muy sonriente. “La gente de aquí es así, orinan en el monte. No son como ustedes que usan los baños” entonces cortó “Bueno, aquí estamos al pendiente”. Haciendo ademán de retirarme volví a cerrar “De acuerdo, muchísimas gracias otra vez” cuando de nuevo preguntó “¿Y qué tal te fue con el temblor, sí lo sentiste?”. Era verdad que había temblado, que la sacudida me sorprendió, que quise salir de la suit huyendo despavoridamente y que antes de que lo lograra se acabó. “Sí, lo sentí. Todo bien, pasó rápido” y bruscamente volvió a cortar “ándale pues, ya no te molesto”. Con paso apresurado desapareció dejándome sola con la boca todavía llena de aire.

IV.

Antes de que yo llegara a la Comarca, Amelia Gutiérrez había sido diagnosticada con una insuficiencia renal que, desde entonces, la obligaba a dializarse todos los días y conforme iban pasando los meses, se desmejoraba en la lista de espera de la seguridad social para trasplante de riñón. Su óvalo perfecto se descompuso con la acumulación de líquidos en su cara, los ojos se le pusieron como de sapo, empezó a renquear del pie de donde se le había desconchado el riñón y cargaba con bolsas en el estómago, por lo que siempre iba como agarrándose la panza y se veía como del doble de su tamaño. Con sus treinta y dos, parecía del doble de su edad. Manuel afirmaba que, a pesar de todo, tenía más energía que él y su cuñado. Y esa era una de las cosas que yo no entendía de las Gutiérrez, su ímpetu de sobrevivencia reinaba por encima de cualquier adversidad.

A causa de ello, su lugar en la cocina lo ocupaba Rosalinda, la menor de las Gutiérrez y quizá su mejor amiga. Algunos de los inquilinos que llegaron a conocer a Amelia, se alegraron con la noticia, no con la del fallo del riñón, pero con la de su ausencia en la cocina y en todo aquello que se relacionara directamente con los inquilinos de la Comarca. Pues, cuando las Gutiérrez la agarraban contra alguien se le dejaban ir a la yugular sin compasión o discreción alguna. Se tomaban todo tipo de atribuciones que, sin saber decir exactamente por qué, me parecía que con la ausencia de la señora Diana. Y eso era, pensaba yo, lo más oscuro del fenómeno. “Pues ¿qué les debe la Diana a esas chachas?” me preguntaba, y aunque Luciano era el dueño del negocio, no era él ni sus administradores,

sino las Gutiérrez, las que tomaban las decisiones. Si Luciano decidía quién entraba, ellas decidían quién salía, e imponían a los horarios que la Diana programaba conforme a los intereses de su jefe, los suyos propios, según empezara a cantar el gallo o les agarrara la camorra del medio día; y, has de saber, el almuerzo, la comida y la hora de guardarse en cama eran inamovibles.

Así pues, decían que de las Gutiérrez, Amelia había sido la más cruel, cuyas maldades había llevado a cabo con el fin y el logro de que algunos abandonaran la Comarca muy a su pesar, antes de lo previsto, o declaradamente por voluntad de ella. En esos procesos, las Gutiérrez siempre intentarían llevar al inquilino indeseable al terreno de los dimes y diretes donde nadie les ganaba, porque montoneras, eran las reinas.

Más tarde, yo misma escarmentaría en carne propia los embates de Ernestina Gutiérrez, esa auténtica matriarca, la peor pesadilla que haya tenido en la Comarca y a la que, nunca sabré narrar cómo, logré sobrevivir.

V.

Soli y yo nos conocimos una tarde de mediados de junio, ya iniciados los trabajos del gobierno para arreglar los caminos y justo cuando empezaron las lluvias. Ese día me sentía especialmente vulnerable. No tenía noticia alguna de los avances del proceso legal dentro

de la universidad y el nombramiento al cargo que había estado esperando desde el mes de marzo no llegaba. Estaba por quedarme sin trabajo, sin una buena reputación y sin poder aspirar a un cargo mejor pagado, pero sobre todo, uno que pintaba para irse a lo grande. Desde que llegué no hallaba de donde agarrarme, la incertidumbre me generaba una angustia constante que no me dejaba disfrutar nada. A últimas fechas ya no me comunicaba con nadie, no podía hablar de lo que estaba pasando con cualquiera e inventaba excusas que luego se me olvidaban. Con los que sí podía hablar ya los tenía hartos. Cada vez que tocábamos el tema, me ponía más histérica.

Esa mañana, antes del amanecer, se habían ido los últimos residentes hospedados en “Comarca las Vegas”. Cuando me levanté, crucé el jardín y entré a la cocina, vi todo un poco vacío, las tazas que tanto les había estado jeringado la señora Diana que no dejaron en el área común, por fin las retiraron. Los cojines con los que apartaban sus sillas en el comedor, sus enceres personales en las regaderas y todos los artilugios que colocaron para colgar sus toallas y cuanta cosa utilizaban, ya todo se había ido, incluida la cafetera, lo que hizo darme cuenta con terror realmente de su ausencia. Salí de nueva cuenta hacia mi suit de campo para traer mi propia cafetera que sacaba una micro tacita de café. Entonces observé que, en efecto, ya no estaba su coche, y que afuera de sus balcones no habían dejado rastro alguno de su paso por la Comarca. Y yo, no solo no me podía ir, ahora también estaba sola en toda la residencia, como la única inquilina. Todo el día anduve como si me hubieran sacado un tapón del ombligo por donde la energía se me fugara, me sentía irremediabilmente triste y atrapada.

Comí sola. Mismo menú de las semanas pasadas: lechuga desinfectada, sopa de habas, tilapia china en salsa de tamarindo, calabacita gratinada y agua de jamaica. Terminé. Volví a mi suit. Con desgano hundí la cara en la almohada. Entonces sentí que si me quedaba ahí sería capaz de no levantarme en días. “¡Que se vaya todo a la mierda!” pensé. Al fin y al cabo, todavía estaba escribiendo, y me reincorporé. Me lavé los dientes, la cara, me puse los tenis, me arreglé el cabello en una cola de caballo bajo la gorra, me enredé una mascada morada y luego me puse la sudadera azul marino, me enfundé los leggins gris oscuro que me llegaban apenas debajo de la rodilla y salí a andar sobre el camino de tierra. En especial, intentaba despejarme la murria de la ausencia de los recién partidos antes de sentarme a escribir otra vez.

Fui subiendo sobre la vereda con los audífonos puestos, y en lo que elegía la lista perfecta de canciones para la ocasión empezaron a aparecer los chalanés sentados en las piedras o con un pie recargado sobre los postes de luz, yendo y viniendo de un lado para otro, esperando. Me miraban en silencio, con curiosidad. “Buenas tardes” les dije, “buenas tardes” a regañadientes contestaban, pero sin dejar de mirar. Ahí vi a Soli por primera vez. Yendo y viniendo, jugando con el rastrillo para barrer las hojas del camino, como león enjaulado clavando la vista al suelo. Me vio a lo lejos. Esperó con paciencia calculada. En cuanto pasé por donde estaba se desplazó hacia mí con un movimiento preciso apenas perceptible. “¿Vives aquí?” y encontré su cara infantil sonriéndome. Le sonreí de vuelta y contesté a sus preguntas sucintamente: “sí”; “¿cuándo llegaste?”, “hace tres meses”; “¿cuánto tiempo te vas a quedar?”, “no sé”. Cuando cambié el rumbo se quedó atrás y en broma, ya solo por decir cualquier cosa me preguntó “¿llegas hasta el Pinal?”, “no, solo hasta la mitad del

camino, no voy todavía tan lejos” y nos reímos de esa tontería. Seguí caminando, él me veía avanzar con su rastrillo en las manos.

Ya de regreso, me había espantado los fantasmas de mi situación personal, pero la ausencia de los otros me seguía jalando la energía. En eso se acercó otra vez a mi y caminando a la misma altura que yo por fin me dijo: “Me llamo Saúl, pero me dicen Soli”. Me preguntó si yo estaba casada, divorciada, si tenía hijos. “¿Ni siquiera tienes novio?” insistía y yo movía negativamente la cabeza. “¿A qué te refieres exactamente con novio?” inquiría yo y él levantaba los hombros con las manos dentro de las bolsas del pantalón. “Hoy en día, las chicas ya no tenemos novios”. Me miró frunciendo el ceño, no sé si no aceptando lo que le decía o realmente sin entender. Quizá amores, amantes, querer, deseos, pasiones, clientes. Pero ¿novio? eso no existe. Para mí, hubiera querido explicarle, lo único real es el amante que se entrega aunque sea por un instante, el instante mismo que dura un encuentro de miradas, la primera, la última, la única, la definitiva o la esporádica. Porque eso es lo que hay mientras dura y fuera de ese instante no existe más nada. Nos dimos la mano al despedirnos y, con ese disparo de energía que nunca falla, me cerró el botón en el ombligo por donde horas atrás toda la energía me abandonaba “con todo respeto, estás bien bonita”. Y así empezó nuestra historia.

VI.

Fue un domingo de aquellas temporadas, cuando las Gutiérrez aleccionaron a sus hijas, sobrinas y nietas para que me retiraran el habla y creo que hasta el bebé lloró cuando me vio pasar. Pero eso no era cosa que a mi me importara, así que me vieron caminar despreocupada y sola como siempre.

Pese a su parentesco, Amelia y Rosalinda traían pleito casado con Ernestina. Reducida a su habitación dentro de la Comarca, de donde muy de vez en cuando salía en pijama a tomar el sol o a esperar la visita de algún pariente, Amelia le seguía dando batalla a Ernestina ya que Rosalinda hacía todo lo que Amelia le decía. Aunque, cuando padecí la furia de la mayor de las Gutiérrez, me vapulearon por partida triple y como pertenecientes a una misma tiranía.

Todos los trabajadores y prestadores de servicios de la Comarca eran sus familiares, los vigilantes, las cocineras y camareras, los albañiles, los del gas, los taxistas, y todos le debían el favor a Ernestina Gutiérrez. Echarse encima a la hermana mayor, era echarse en contra a toda la servidumbre y más allá de los confines de la Comarca.

A pesar de todo, Ernestina nunca perdía de vista el lugar que los huéspedes de la Comarca le daban, lo cual utilizaba astutamente a su favor. Y, tampoco, nunca vi un arte de seducción, manipulación y chantaje tan burdo, mas tan eficiente, pues todos los inquilinos, sin importar su cultura o condición social, invariablemente sucumbíamos a sus artimañas, cuya principal habilidad era la de vaciar las carteras y las suits de campo por mano propia del inquilino, y ella, no le hacía el feo a nada, así fuera un pedacillo de chocolate, un

frasquito de café, cositas usadas. Haciendo así, las Gutiérrez se iban acaudalando y terminaban por llevarse teléfonos celulares, ropa nueva, objetos de marca para el hogar. Prácticamente nunca hacían la compra, entre lo que les regalaban y lo que ellas mismas se surtían de la cocina de la Casa Grande cuando no había inquilino que asaltar. Las habilidades de las Gutiérrez eran, pues, del tipo del que no se aprende en la escuela. Además, la señora Diana le regalaba a Ernestina Gutiérrez todo lo que, por falta de planeación, le salía sobrando, desde enlatados caducados hasta los tarros de miel que simplemente se aburrió de ver porque eran un montón, pero que luego echamos en falta cuando se acabó y tuvo que comprar más. En invierno le regalaba chamarras nuevas para toda la familia, cobijas, juguetes y no ciertamente de su cuenta de ahorros, según me enteré por esos azares del destino que acontecen solo para reconfirmar nuestros malos pensamientos. Y eso era algo que tampoco entendía yo de la Diana, por qué siempre a Ernestina y no a Rosalinda o, en su momento, a la misma Amelia. Ernestina, aunque era rica, le convenía ser pobre.

El ámbito del monopolio de Ernestina abarcaba el de la basura, pues eran ella y Rodo quienes se encargaban de sacar las bolsas negras de la Comarca y llevarlas a los contenedores municipales, por lo que si ella pensaba que algo ya estaba para tirarse, lo echaba a la basura y se lo llevaba, como cajas nuevas de detergente, rollos de papel de baño o trastes de la cocina.

Ernestina Gutiérrez gustaba de saludar de besito en la mejilla a las señoras que se hospedaban en la Comarca; en lo personal, me incomodaba sobremanera, pero me asaltaba con un cierto movimiento que nunca veía venir y que con el tiempo solo incrementó mi irritación. A través de la intimidad de aquellas relaciones temporales, Ernestina soñaba que formaba parte del círculo social de aquellas señoronas, dueñas de su casa y de su marido, que su mundo encontraba una zona común con el de ellas, y que sus anécdotas eran tan relevantes como las de aquellas extranjeras. En fin, que se veía en la foto como una de sus iguales.

A partir de todas esas relaciones hizo crecer un recetario gourmet internacional que muchas veces tuve la tentación de fotografiar pese a que cocinar nunca fue mi pasatiempo favorito. Finalmente desistí no por lo infantil, sino por lo definitivamente ilegible de su letra, además, he de confesar, su mala ortografía me sacaba los ojos con el mismo terror que a Edipo la verdad le sacó los suyos.

Asimismo, encandilaba tanto a los residentes como a los visitantes temporales a toda su prole. Y, quizá por lo que yo había leído, me preguntaba qué tan consciente era Ernestina de lo que hacía cuando presentaba a los foráneos a su hija, una Lolita de once años que no se le despegaba; con una tal desesperación de algo que, por más que me esforzaba, nunca alcancé a reconocer de qué. ¿Qué buscaba que sucediera en el roce con los inquilinos cuando le endilgaba tareas dentro de la Casa Grande en la que convergían todos los huéspedes para comer, bañarse, lavar ropa, hacer trabajo de escritorio o descansar en las

salas, tareas que obviamente no eran para ella? Ojalá todo se tratara no más que de equívocas interpretaciones de mi mente encharcada, pero fuera de lo que se tratara, ver lo que yo consideraba como “aquellas desafortunadas escenas” hacía que me recorrieran escalofríos por toda la espalda y a las que, por supuesto, hacía caso omiso la Diana.

VII.

Una tarde estaba lloviendo a cántaros, aún quise salir. Llevaba la sombrilla y un impermeable azul rey encima del suéter negro de cuello alto, unos leggins azul marino y las botas negras de hule. El cielo empezó a tronar. Quise volver hasta la suit, pero se hicieron tan fuertes los rayos que preferí esperar en el quiosco que estaba frente a la puerta, de cara a la boca del camino, por donde todo mundo entraba y salía. Manuel terminaba sus labores a las seis de la tarde y disfrutaba descansar ahí mismo, pero quizá por la lluvia no se encontraba en ese momento. Todavía estaba una pareja estacionada, dentro de su coche guareciéndose de la lluvia. Yo estaba sentada, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda. El impermeable se abría dejando asomar mi muslo y la pantorrilla cubierta por la bota. Sin verlo venir, Manuel entró al quiosco y se sentó junto a mí, mirándome de frente. Me sentí como atrapada entre él y el muro. Me sorprendió ese ademán tan decidido y tan contrario a su carácter. Hablamos un rato y nos reímos un par de veces. Me contó de cuando era joven, aunque nada me reveló sobre Amelia Gutiérrez. Tenía un sentido del humor simple, inocente y claro. Me sentía bien. Me dijo que tenía treinta y cinco años. El aire se me descompuso por dentro. Me encontró como aturdida y apresuró “pero ya voy

para treinta y seis”. Abrí el entrecejo. Treinta y cinco era sexy, pero treinta y seis era demasiado sexy. Sentí algo de baba junto a la comisura de la boca y nuevamente sentí entrecortada la respiración. Una de mis mejillas se puso roja casi morada. “Oh” alcancé a exhalar antes de huir ridículamente. “Bueno, ahora sí ya me voy” y en un fino movimiento logré escapar de mi rincón sin rozar uno solo de los hilos de su ropa.

VIII.

Había dejado de llover por el lapso de una semana. Aprovechaba que había luz para trabajar hasta altas horas de la madrugada. Por fin, un día en punto de las once de la noche, se soltó una tormenta donde todo aconteció: un viento iracundo azotó las ramas de los árboles salvajemente, al tiempo que llovían generosos mantos de agua, el granizo quería perforar el doble cristal del domo, luces reventaban en el cielo y luego tronaban emitiendo un largo rugido grave que vibraba soberbio al fondo del firmamento. Aquello duró casi toda la noche.

Al amanecer, Manuel salió en busca de los estragos de la tormenta. Encontró dos árboles desenraizados. Luego subió al monte donde halló otros tres y entonces salió de vuelta por la espalda de las suits de campo. La terraza en la parte trasera de mi suit había quedado toda encharcada, llena de masetas sin flores y plantas destrozadas regadas por todos lados. Así, me afanaba en retirar las masetas y los muebles para barrer el agua de la terraza, la tierra y las plantas ahí regadas. Vi que Manuel se acercaba pero a punto de pasar por donde yo

estaba no llegaba. Se asomaba a las terrazas de las suits que estaban vacías cerca de la mía. Sentí entonces que me miraba hacer y no hacía nada, que me miraba hacer y se burlaba. Al rato entendí que era él quien lo tenía que hacer. Así que por fin vino y la arregló, dejó todo perfectamente limpio y seco. Las masetas quedaron como nuevas y los muebles en su lugar. Me llamó la tención una flor blanca, austera, que dejó ahí solita, reposando sobre la mesa. Tenía el tallo verde, brillante y robusto. “¿De dónde la habrá sacado?” me preguntaba mientras la duda me pellizcaba amorosa y tierna hasta los pezones.

IX.

Empezaba a entrar el otoño. Por las noches hacía un poco de calor y por las mañanas un frío finito que chapeaba las mejillas amablemente. Los días se hacían más cortos y habían llegado dos huéspedes nuevos a la Comarca, uno se quedaría todavía un fin de semana más, y con el otro, no había encontrado todavía ocasión de conversar. Un día, bajé la escalera de la entrada a la Casa Grande. Abrí el libro sentada sobre el último peldaño. Levanté la vista, y él, sentado en el jardín al otro lado, me miraba sin decir nada. También lo miré, sonreímos, bajé los ojos. Seguí leyendo. No se movió. Ya no entendía nada. Tuve que empezar a leer otra vez.

Como todos los jueves, la Raquel vino a traerles tortillas a las Gutiérrez, en eso alcancé a ver que estaba hablando con él. Cuando salió de la Comarca me fui detrás de ella y ya sobre el camino le pregunté que qué onda. Me dijo que se llamaba Fedro, 53 años, de San Luis

Potosí, padre italiano y madre mexicana, su abuelo le había heredado una casa en el centro histórico a su mamá en aquella ciudad y ahí enseñaba a la gente a dibujar y hacer esculturas como él. Había venido porque una galería en Avándaro había vendido algunas de sus piezas. Pensaba quedarse hasta Diciembre para ver si lograba otras ventas y trabajar en uno de sus proyectos de gráfica. “¡Hum! Interesante, gracias reina” le dije y me quedé pensando que si la Raquel hubiera querido dedicarse al periodismo sí que la hubiera hecho, le sacó toda la sopa en no más de 15 minutos.

X.

Hombros dislocados, dientes rotos, caras estrelladas contra el piso, dedos rebanados con los cuchillos no afilados de la cocina, entre otros y solo por mencionar los sangrientos, constituían la lista de accidentes alguna vez acontecidos en la Comarca. Ya presentía yo que en el comedor, en la cocina y en el área de lavadoras se gestaba la oportunidad para que alguien se resbalara, por lo que me la pasaba advirtiendo a los nuevos inquilinos tener cuidado. Incluso tuvimos una disputa con la señora Diana por un recado a Rosalinda para que no dejara el piso mojado y apestando a repelente de insectos justo antes de que entráramos a comer. Pero como no importa a dónde vayas, la ley universal de causa y efecto es inapelable, y ahí donde te encuentra te alcanza, salí de la regadera, me vestí pero no me puse las botas, y no importando que hubieran removido los tapetes resbalosos, que hubieran regañado a la sirvienta, que extremara precauciones, me resbalé dentro de mis propias sandalias mojadas bajando la escalera. Caí del lado en que un hombre hacía tiempo

se me había dislocado, me lastimé la muñeca y uno de los dedos del pie derecho, que fue el que resbaló primero y tuvo que soportar todo mi peso. Así, anduve cojeando como quince días y comiendo con la mano izquierda cuyos modos llevaba a cabo con delicadeza. Ya luego, aunque podía caminar perfecto, siempre traía el dolor del dedo lastimado entre el empeine y el metatarso.

No era mi particular afición hablar con las cocinera como lo fue para muchos inquilinos, sin embargo, durante su estancia, un maestro rural de Sinaloa y yo nos entreteníamos platicando sobre plantas y los usos que se les dan. Él quería saber, de las que solía usar, cuáles se encontraban en la zona y cómo se les conocía, y nos embarcamos en una conversación con una de ellas.

Cada vez que me sentía adolorida, me venía el recuerdo de un aroma mentolado de los ungüentos que usaba mi abuelita, quien también gustaba de cultivar plantas en las masetas de su patio, según en esos días recordaba y quizá por lo vivo de aquellas conversaciones, hasta que un día, de la nada me acordé “¡árnica! se llama árnica”. La Comarca era una botica entera, pero mis ojos que no conocían las plantas, eran ojos ciegos. La idea de que el árnica me ayudaría con todos aquellos tendones lastimados en el pie, en la muñeca y en los hombros, de los que uno ni siquiera estaba lastimado pero igual me dolía, se me metió a la cabeza tercamente.

Una tarde, ya casi al caer el sol, vi que Manuel estaba tranquilamente sentado en el quiosco, haciendo, creo yo, absolutamente nada. Me acerqué a él y le dije “Hola, ¿qué haces?” echó su sonrisa reprimida por delante y antes de que intentara responder le pregunté “¿tú conoces de plantas?”. Me contestó lo que yo ya sabía, que Rodo tenía un libro gordo del que estudiaba, pero yo no le tenía confianza a Rodo, pedirle algo, siempre era quedar a deberle algo. “¿Como para qué? conozco algunas” finalmente admitió al no verme muy convencida. “Estoy buscando árnica” y con un acento marcadamente mexiquense y entusiasmado respondió “Uy sí, de esa aquí hay un montón” y le pedí que me enseñara.

Caminamos por la vega del del río. De entre toda esa verdura empezó a sacar puños de la planta con las raíces atestadas de tierra húmeda y las hojas impecables que me entregaba como ramos de flores. Quise cortar algunos ramilletes por mi misma, me tenía que orientar dónde estaban porque a mis ojos que no distinguían entre una planta y otra, todo era puro verde. Cuando finalmente daba con el racimo, quebraba las hojas, botaba la tierra pero no sacaba la raíz. Pese a mi torpeza me siguió mostrando pacientemente cómo llevar la mano hasta la base de la planta y desde ahí extraer el ramo sin lastimar las hojas. Yo, que estaba acostumbrada a no tocar una fruta sin la intermediación necesaria de un cuchillo, lo vi hacer con embeleso y admiración. Incluso algo tan simple como sacar una planta de la tierra con la mano, requiere de tacto y precisión.

Luego nos internamos en la orilla del río. El agua nos llegaba casi al filo de las botas de hule, ahí me mostró el poleo de cuyo olor no lograba desprenderme. Me dijo que era bueno

para el insomnio como si estuviera al tanto de mi batalla con el sueño, así que también me entregó puños de la planta que probé apenas volví a mi suit, y aunque no me hizo el milagro de hacerme dormir temprano, sentí relajárseme el cuello.

Enseguida nos trasladamos cerca de su habitación, entonces me di cuenta de que estaba solo. Ni su esposa, hijos o compadres se encontraban en la Comarca. “¿Ahora te dejaron solito?” le dije sin esperar a cambio respuesta, y ni siquiera sé por qué, pero desenfadado me dijo que todos estaban en el hospital, por lo del riñón de la Amelia. Aunque no supe cómo seguirle la conversación en ese instante, su necesidad de hablar se impuso a sus maneras o a las más de comunicación y me contó que a Amelia le estaba siendo muy difícil la incertidumbre, la espera, el peregrinaje en el hospital. Mientras hablaba de ella, yo sentía que hablaba de él. Si bien sentía una enorme tristeza por su esposa, me pareció entender que sentía una tristeza aún más honda por si mismo. Cuando me dijo que temía que ella se rindiera, me pareció entender que temía rendirse él. Si el edificio de ella se derrumbaba, lo haría sobre los cimientos de la mente y del cuerpo que la soportaban, y le angustiaba tener que admitir que quizá no podría con lo que fuera que de ella se cayera sobre él. Me pareció pues entender que llegaba a la cumbre de su virilidad, sin la base que la sostiene y desde la que la vería brillar, que eso no estaba en el contrato social; que la promesa en el altar era estar juntos en la enfermedad y hasta la muerte, pero que él no contaba con que vendrían ya sino hasta la vejez, cuando, siendo ella menor velaría las de él. Le quedaron a deber y no sabía nombrar el qué, le quedaron a deber y no sabía reclamar a quién. Entonces me entregó otro tanto de hierbabuena finamente desprendida de los arbustos, con sus manos áridas, muertas de sed. “Puedes quitarles la tierra para que no se

manche la duela de tu suit” me dijo cuando lo miré sonriendo con gratitud. También me sonrió con naturalidad.

XI.

Esa mañana salí a caminar entre las colinas. Manuel y Dani trabajaban picando las piedras de lo que se pretendía, llegara a ser una calzada. Al verme venir pararon de golpear el piso. Volteé a ver a Manuel. Me miraba con una sonrisa abierta y luminosa a la cual respondí de la misma manera. Luego miré a Dani, aunque respetuoso, estaba más bien serio. Apresuré el paso y a mis espaldas escuché que se retiraron.

Cuando venía de regreso de las colinas, Manuel estaba tirado en el pasto hablando con el Chalino sentado en un tronco y con el caballo estacionado a unos metros de donde se encontraban. Al pasar a su lado saludé al Chalino atemorizada por su ojo lujurioso de cristal y quien alguna vez pretendió que me subiera a uno de sus caballos argumentando que todas las huéspedes de la Comarca lo habían hecho, y la verdad es que no me imaginaba a una sola de ellas en aquellos menesteres. Contaban que tenía 100 cabezas de ganado, que lo sacaba a pastar por todo el “bosque de palo alto” y que cada becerrito costaría unos 25,000 pesos mexicanos. “Buenas tardes” le dije solemne, como cuando una entra a junta con el rector de la universidad.

Yo llevaba puesto mi Pacífic 100% Handmade que los dueños de la tradicional fábrica oaxaqueña, parientes de una de las investigadoras de los siete, le habían obsequiado unas vacaciones de diciembre y que de tanto chuleárselo terminó por regalármelo. Así que por debajo del ala de ese precioso sombrero encontré una irrefrenable mirada que Manuel asomó por el rabillo del ojo y como emergiendo de su sonrisa humilde. Ya muy próxima a él le susurré de manera cuasi inmaterial, y también sonriendo: “¡Hola!”.

Al amanecer del día siguiente me levanté inspirada. Apenas empezó a clarear y yo ya estaba sobre el teclado de la computadora empujando las palabras con potencia, ensimismamiento y velocidad, como cuando una va a nadar después de tormentosos y sufridos meses de entrenamiento tragándose el agua de la alberca llena de cloro por el agotamiento, pero de repente, un día, liderada por la energía mental, siente deslizarse ágil como por un carril vacío, experimentando la fuerza proveniente de cada músculo del cuerpo, y como siendo una con el flujo mismo del agua. Así se me fue la mañana, el medio día y la tarde. Todavía no oscurecía pero me sentí cansada.

Salí de la suit hacia el quiosco para ir luego sobre una de las colinas, pues a esa hora, ya cerradas las puertas de la Comarca, normalmente no había nadie. Venía de regreso subiendo la colina y ya estaba prácticamente oscuro. Manuel se acercó haciéndose acompañar por el Rocky, quien emulaba el caminar apacible de su dueño. Lo vi entre la bruma empuñar la carretilla que descansaba estacionada junto al quiosco sin desplazarla justo en el instante en que yo pasaba por ahí. Pensé que la iba a mover o que quizá querría

decirme algo por esa mirada sérica con la que me enfrentó. Entonces pronunciamos un silencio compartido como hecho entre los dos, con una sensación de despedida que me hizo sentir melancólica y seguir caminando hacia mi suit. Él soltó la carretilla y con el Rocky a su costado derecho, se alejaron en la dirección opuesta a mí, sin que yo pudiera ver a dónde desaparecían cuando volteé a verlos otra vez.

Manuel era el fondo, el último rescoldo, la última piedra del precipicio; la tentación de mirar, el impulso de ir, el vértigo, miedo de caer. En la advertencia, el peligro. En el arroyo, agua que ya se fue; agua que de tomarla dará más sed. La sombra de un día soleado, penumbra al atardecer; en el espacio, el resquicio donde ya no se alcanza a ver. “Necesito considerarte como todos para que sigas siendo quien eres. Nada. Nadie”. Apagué la luz y cerré los ojos. A la mañana siguiente, en punto de las ocho, vi entrar la troca de Rodo que empezaba su turno en la Comarca.

XII.

Durante su periodo de vigilancia, Rodo me vino a preguntar que a qué hora prefería yo que él se pusiera a podar, para que no me molestara el ruido. Así que le dije, “bueno, mira, Manuel se levanta tempranito y a las 7:30 ya está podando, si gustas, puedes empezar a esa hora que es cuando me estoy bañando y desayunando” se quedó pensativo y contestó “Ah ¿sí? bueno, entonces voy a podar a las 11:00 si te parece bien” claro que no me parecía bien, pero si al fin y al cabo iba a podar a la hora que se le diera la gana, nada podía hacer.

Finalmente Ernestina Gutiérrez decidió que podara a las 12 del día, la misma hora a la que ella empezaba a cocinar y con el fin de que el viejo libidinoso de su marido no anduviera fisgoneando en las regaderas, y hora también, en la que el sol caía más pesado.

La rivalidad que determinaba la relación entre la hermanas Gutiérrez se traducían a la relación entre los vigilantes. Ernestina y Rodo siempre intentaban imponerse a Amelia y a Manuel, como si su hermana menor y su cuñado fueran sus subalternos y no sus compañeros de trabajo al mismo nivel, pero sobretodo, sus familiares. Ambas parejas recibían órdenes de donde mismo. Hacían lo mismo. Ganaban lo mismo. Pero los viejos, siempre queriendo ponerles la pata en el cuello a los tortolitos. Ernestina adoraba cuidar las plantas y ya por eso, quería que Amelia y luego Rosalinda invirtieran su tiempo en regarlas, para que cuando ella volviera, pudiera encontrarlas frescas y bellas, pero obvio, las otras ni lo intentaban. Un día, un árbol se había caído y quedó atravesado sobre la calzada en construcción. Para seguir trabajando, Rodo tenía que moverlo. Si bien era alto, no era tan grueso. Tanto él como su esposa pasaron la semana cabreados e interrogando a los inquilinos sobre el tronco atravesado, pensando que Manuel, quien ni siquiera estaba enterado, lo había dejado ahí a posta. No le quedó de otra, lo tuvo que mover.

Más allá de esas nimiedades del trato cotidiano, yo percibía que Rodo sentía celos de Manuel, quien podaba por más horas, se levantaba a trabajar más temprano, su trabajo en el campo siempre era admirado y comentado por los huéspedes como una obra de arte y definitivamente, cuatro manos, hacían más que dos. A diferencia del de Manuel, su hacer

en la Comarca era mucho más práctico, como prender las bombas para llenar los tinacos de agua, o la planta de luz cuando se suspendía el suministro de energía, tener a la señora Diana al tanto de todo lo que sucedía en el lugar.

Ese campesino que había sido Rodo, con el tiempo y las comodidades que se iban incorporando a la infraestructura turística de la Comarca se iba desdibujando, y rara vez se le veía usar las herramientas del campo que a Manuel, el sable, el machete, la guadaña, le eran como partes extensibles de su cuerpo. Y a mi me parecía que cuando Rodo los tomaba, solo era para inmiscuirse donde nadie le había llamado con el pretexto de estar trabajando, para intimidar a los inquilinos indeseables [como si yo no lo supiera], llamar la atención de los visitantes o incomodarlos para hacerlos abandonar ciertas áreas de la Comarca o definitivamente el lugar, en Rodo no era más que utilería en la farsa que montaba.

Así que cuando cualquiera de los dos, Rodo o Ernestina, me venía a preguntar que cómo había trabajado Manuel, les relataba con esmero, dramatización y poesía todas las maravillas en las que había ocupado su valiosísimo tiempo durante su estancia, sobre cómo todos los huéspedes le habían reconocido y admirado y cómo todo aquello aportaba a la humanidad entera. Cuando Rodo intentaba convencerme como a todos de que Manuel no trabajaba y que era por lo degradado de la salud de su esposa, no le creía nada y me divertía viéndole retorcer la boca.

El ruido de esa podadora era pues, un dolor de cabeza, incitaba el estado mental mismo de los infiernos de las cuchillas afiladas que describen los orientales. En manos de Manuel, el ruido podía durar hasta cuatro o cinco horas y media continuas. Me tensaba los músculos, me alteraba los nervios, se me quedaba grabado en la memoria y ya no distinguía si solo soplaba el viento o seguían podando; me paraba a media noche y me cercioraba pensando “chingados viejos ¿ya están podando otra vez?” pero no. Me faltaba el día en que por fin esa cosa les reventara los tímpanos para que la dejaran de usar.

XIII.

Fedro y yo nos acercamos a la barra al mismo tiempo. Me percaté de un ligero movimiento que hizo con sus ojos aunque de hecho no los podía ver. Desde arriba me miraba y yo me preguntaba “¿qué es exactamente lo que ve?” Volteé y deslizó sus ojos para ver qué quise ver. Nos reímos. Bajé la cabeza. Sentí su mirada en mi escote. “El grandote” pensé, como le llamó Manuel.

XIV.

Manuel volvió a cubrir su turno en “...Vegas”, como sucintamente se refería Diana a la Comarca, como para darle renombre, categoría, porque, quizá, en el fondo no sentía que los tuviera lo suficiente. “Lo que pasa en Vegas, se queda en Vegas” me había dicho a mi

llegada a la Comarca y yo pensé que no me podía haber dado nada mejor como bienvenida que aquella frase tan estimulante. Pues, no hay nada que incentive más la creatividad que la prohibición misma de mirar, observar, interpretar, comentar, criticar, narrar. “Estoy en el lugar correcto” pensé invadida por una especie de paz interior mientras le daba la mano a modo de despedida y mirándola directamente a los ojos, con lo que en realidad querría haberle dicho “en verdad, ¡muchísimas gracias!”. Y aquella especie de advertencia, amenaza, o decimo primer mandamiento, nunca abandonó mi memoria, especialmente cuando ella misma ponía el ejemplo.

Mirando a través de las cosas como estaban con las Gutiérrez, no quería arriesgar absolutamente nada que me pudiera poner fuera de la Comarca antes de ver llegar los documentos que con psicótica impaciencia todavía esperaba.

Cuando Amelia se unió a sus hermanas para acosarme, Manuel la paró en seco y una tarde la obligó a saludarme. Pude no haber conciliado y en cambio desdeñar la tregua a la que su dueño la obligaba y mediante la cual tendría entonces que abandonar a su suerte a sus hermanas en esa guerra muda declarada en mi contra; pero me tragué el poco orgullo que me quedaba y pretendí que, de lo que me hiciera antes, no me había yo enterado de nada, que “ojos que no ven, corazón que no siente” y que por ello, quedábamos tan amigas como siempre.

Durante esos días, congelar todas sus malas intenciones, dejar que se desplomaran en el aire, que perdieran la sustancia, que sus acciones en mi contra y para detrimento de mi comodidad en la Comarca se anularan a fuerza de no ver, no tocar, no pensar, no recordar. Pues ¿qué son las cosas cuando nadie las ve? Me tuve que retraer, soltar, ceder, otorgar, dejar pasar, ignorar, callar, agachar la cabeza, desaparecer. En el camino de ignorar me mordía la angustia, el miedo, la insatisfacción. Todo se me venía encima como una ola gigante que intentaba pasar por debajo del agua para que no me revolcara, y de la que no lograba salir por lo tanto que se tardaba en pasar. Esperar inamovible era mi única opción. Con las prisas habíamos hecho todo mal, me había quedado atrapada en la Comarca y patalear o gritarle al viento no me servía de nada. Hasta ahí llegaba por el momento, ya se vería después, en un tiempo remoto, desconocido, lejano e inexistente para mi. Por fortuna, nadie, ni la Señora Diana, conocía mis temores, la desesperanza con la que reposaba en sus manos mi fortuna, cuán vulnerable me encontraba a merced de lo que quisieran hacer conmigo.

Por un lado, la retirada de Amelia le restaba poder a Ernestina, de lo que nos beneficiábamos todos; por el otro, me ponía nerviosa pensar que Amelia se pusiera a cavilar sobre las razones por las cuales su marido querría protegerme. Quizá solo era una alucinación, pero yo veía en todas partes y a todas horas la mirada muda y dominante de Manuel, así que lo evitaba y me recluía en mi suit de campo.

Conversábamos animadamente con Fedro en los jardines y entonces sentí que Manuel experimentaba una importante alteración podando ya no solo sin horarios, sino sin consideración al turismo visitante y mucho menos a los residentes de la Comarca. Dicha apreciación me pareció definitiva cuando, ese mismo día, al salir de mi suit de campo, pasadas las seis de la tarde, vi que Manuel aferraba la podadora como un hombre armado, parado en el quiosco, viendo hacia mi puerta. “¡Maldito *Psycho!*” pensé aterrada y queriendo restallarle por lo menos 30 azotes al infeliz insubordinado. Caminé en dirección a las colinas para hacer mi paseo de todas las tardes y en eso empezó a podar hasta lo imponible.

Nuestros ojos se miraron con violencia, con arrebato, con desesperación. Como una revancha. No me obligaron sus ojos. No lo obligaron los míos. Nos miramos con agresión. Me vio otra vez y más lo miré. Me vio con intensidad, yo ni lo alcanzaba a ver, pero le eché los ojos encima, para que no se me quedara viendo otra vez. Porque yo, podía quedarme viendo también.

Mientras caminaba, escuchaba el tormentoso ruido del motor de la podadora y cómo viajaba en redondo por toda la Comarca. De pronto, mi enojo se torno en compasión ante la idea de que al fin y al cabo era la única manera que Manuel tenía de llorar su pérdida y hacerse escuchar. De regreso, lo vi podar como a un desquiciado y sentí mucho amor por él. “El flaco”, pensaba, como Soli le decía para diferenciarlo de Rodo.

Su mirada se hizo hacia mí, yo levanté la vista y la recibí. Nuestros ojos se abrazaron por días pero sabíamos “no eres para mí”. Sus ojos de la iglesia y del registro civil. Los míos de una puerta cerrada que nunca se abriría para él. Nuestros ojos se rompieron cuando nos pasó por la mente “ya lo entendí”. Ahora, cuando buscaba su mirada, se cerraba, cuando se abría y me busca a mí, me hería, la desdeñaba. Ya nunca, su mirada y la mía se encontrarían. Nuestros ojos, al mirarse, acontecieron como el paso de una estrella fugaz corriendo por un cielo de verano despejado por un instante, antes de volver sus lluvias delirantes. Nuestros ojos, al mirarse, se hicieron en un rayo de tormenta. Un encuentro de tristezas que quisieron aliviarse. Todo ello fue del cielo y la vía láctea, todo ello fue de la humanidad.

XV.

Como en el principio, vi a Manuel sentado en el quiosco dándome la espalda, con la cabeza agachada y los ojos fijos en las manos que, en su regazo, deshilachaban reconcentradamente una de las pajitas que el viento tumbó de un árbol. “¿Dónde andará su mente?” me pregunté viéndolo tan lejos de la Comarca, del quiosco, de su cuerpo ahí reposando. Como en el principio, Manuel me ignoró, me dejó pasar, no me volteó a ver. Vi su nuca llena de canas y creí, su existencia le pesaba. “¿Qué estará pasando?” y seguí caminando como si él tampoco estuviera donde estaba.

La tensión entre los equipos de trabajo de la Comarca había reventado. Como siempre, la señora Diana le otorgó la razón a Rodo respecto a Manuel. Mientras Amelia Gutiérrez se hundía en el tiempo a la espera de su trasplante de riñón, terminó por despedir a Manuel. Asimismo, le dio autorización a Rodo para que podara sin límite de tiempo y a la hora que la caprichosa lluvia se lo permitiera, pero las lluvias estaban aminorando y aunque prometió hacerlo lo más rápido posible, él se tomaba su tiempo en todo y esta no fue la excepción. Concesión pues, que no se podía explicar racionalmente sino solo por efecto de esa fe ciega que la Diana le profesaba a Ernestina Gutiérrez.

Aparentemente, Amelia aceptó el despido de Manuel a cambio de la oferta que Ernestina le hiciera de acuerdo con su papá y sus 10 hermanos, de adelantar su trasplante de riñón en un hospital privado luego de que ya había sido programado para la primavera del año siguiente, lo cual se llevaría a cabo meses más tarde con mucho éxito. Y esa vez que Manuel permanecía abandonado en el quiosco, deshabitado, con la cabeza de plomo y las manos derrotadas sobre el regazo, sería la última que lo vieran mis ojos en la Comarca.

XVI.

Habían pasado tres meses desde nuestro primer encuentro. Las lluvias menguaban y el sol se tendía soberbio por todo el bosque. En cuanto puse pie sobre el camino con sus capas de tierra mojada y hecha girones nos reconocimos. Él me llamó por mi nombre, lo primero. “¡Soli!” le llamé por el suyo a modo de corresponder a su buena memoria; fundidos en el

mismo contento, la cosa extraordinaria de encontrar nuestra presencia infinita y temporal, nos echamos a andar hablando y riendo, como si fuéramos una misma felicidad. Mientras le contaba una leyenda de la materia de Bretaña, sentí como si me hubiera estado esperando y como si al saludarnos por nuestros nombres nos conociéramos desde siempre.

Esa madrugada bajó la temperatura como de golpe. El frío me obligó a levantarme por una cobija y cuando volví a agarrar calor dentro de mi cama empecé a soñar que afuera de mi suit de campo, sentado sobre el tronco de un árbol, se encontraba un muchacho desamparado que llevaba puesta una camiseta sin mangas, pantalones a las rodillas, descalzo. Parecía buscar refugio en aquel rincón junto a mi ventana, sentado sobre ese tronco que hacía las veces de banco. Adentro de mi habitación, yo escuchaba un ruido que provenía de afuera, donde, en lugar de encontrar los jardines de la Comarca, hallaba la calle de una ciudad del viejo continente con su inmisericorde frío de diciembre. Sobre el costado izquierdo, hacia donde él miraba de frente, encorvado y con las manos dobladas sobre el abdomen, una paloma de dinamita encendida viaja directamente hacia él, pero él no se movía. Yo intentaba llamar su atención para que se pusiera a salvo de aquel misil infantil de fiesta religiosa de pueblo, pero mi voz acontecía muda en el escenario mental. Con los pies arriba del tronco y mirándome desde el otro lado de la ventana me pedía que lo dejara pasar. A sus espaldas veía venir a Rodo. “No puedo, vete, vete, te van a sacar” le advertía con esa voz que no se oía. Mi suit se convertía en una residencia de estudiantes llena de papitas, refrescos y chocolates a la que finalmente entraba. Salíamos de la residencia de estudiantes y sentados en la sala de un cine, esperábamos a que empezara la función. Él acercaba sus labios para besarme y entonces se tornaba en un personaje demacrado, flaco y

envejecido con los dientes como de metal. Yo le miraba aterrada pensando que además, aquello debía oler horrible. En eso empezaba un terremoto y yo salía corriendo de la sala, más que nada para huir de ese personaje trastornado que de quedar atrapada entre los escombros del edificio que ya caía a nuestras espaldas hasta que nos perdíamos el uno del otro. No sabía quién era ese muchacho convertido en tan espeluznante personaje, en el sueño nunca se manifestó. Cuando me desperté estuve pensando en Soli aunque sin asociarlo al personaje de mi sueño y fue ese medio día húmedo cuando lo encontré de nuevo, brillante, oliendo a hierba y a hojas secas luego mojadas, sobre el camino, relajado, feliz, maravilloso bajo ese sol que lo arropaba.

Soli era un poblano, piel de chocolate amargo, de 25 años, poco más alto que yo. Hombros y pecho fornidos. La forma de su rostro era perfecta, su mentón y nariz se elevaban ligeros y armónicamente al frente de su carita nueva, pómulos altos y grandes ojos café. Sus dientes frontales tenían una ligera, pero marcada separación que yo no podía dejar de ver fascinada. Incluso los lunares de su cara, intensamente negros, encontraron los recovecos perfectos para hacerla más viva. Mi debilidad por la piel morena encontraba absoluto deleite mirando la de aquel Adonis mexicano, por el que en principio no sentí particular atracción pese a reconocer, desde el instante mismo en que destacó del resto de los chalanés mexiquenses, la particularidad de su belleza.

Soli era un chiquillo descarriado cuya generación tuvo la mala suerte de rozarse con las mafias del narco y no hallar más diversión que un variado coctel psicotrópico. En un último

intento de volverlo al redil, su padre, contratado por el presidente de la república para hacerse cargo de las obras del camino, lo puso a trabajar como cualquier otro chalán. Así, trabajaba de lunes a sábado, lloviera, tronara o relampagueara. Lo mismo le tocaba barrer hojas sueltas, que mover graba con la pala. Sus botas de niño bien se fundieron en el diesel y el chapopote ardientes, no sin la burla del resto de los chalanos. Y porque todavía seguía siendo el más educado, se familiarizó con todas las cuestiones de topografía.

Los sábados por la noche, bajaba de la casa de Cerro Gordo donde vivía con los trabajadores poblanos de la obra y en la que dormía sobre un montón de colchonetas sin almohadas y sin la menor privacidad, entre ronquidos y pedos ajenos que lo hacían dormir mal. Se metía a los bares para turistas, llenos de chicas menores de edad, donde encontraba más de alguna que le decía “Ay Soli, estas bien guapo” y sin que a él le causara la menor satisfacción, pues ya lo sabía, y nada encontraba en ellas relevante para él. Antes de conocerlos estuvo coqueteando con una señora de Cerro Gordo que tenía 35 años, y en uno de sus viajes a Puebla se lo contó a su mamá, “bueno hijo, si te gusta” y de esa historia no sé mucho, pues Soli me contaba lo que le convenía. Como todos los poblanos que conozco, dulces hasta la absoluta sumisión, pero infieles de corazón.

Hacía días había sentido como si trajera arena en la boca. El diente frontal izquierdo se me había despostillado ligeramente. No se veía mal pero la mera idea de tener una pieza incompleta me cayó como patada de mula. Ahora tenía que ir al dentista, un buen dentista. Lo que me llamó la atención fue que, no hacía mucho tiempo, en una fiesta, Soli, que ya

andaba hasta atrás, de plano agarró la botella y se la empinó y en eso ¡crack! mismo diente, misma esquina. Aunque dudo un poco de esta historia, como de otras que me contó. Pienso que primero se hubiera roto la botella, así que no creo que el diente se rompió cuando se la empinó, sino más tarde, esa misma noche, cuando habiendo perdido el equilibrio se fue de cara hasta el piso sin meter las manos, a raíz de lo cual, también tenía un raspón junto al ojo derecho. Lo cual también me perturbó como el caso de similitudes entre nuestros dientes rotos. Pues a mi llegada a “Comarca las Vegas” sufrí un accidente con una postigo que me dejó exactamente la misma herida, en el mismo ojo y la apariencia que tenía la de él, era la misma que tuvo la mía. Por el remiendo que después hicieron a su diente, parece que sí se llevó un buen cacho, remiendo con el que nunca quedó conforme, su diente parecía desproporcionado y más blanco que el resto, es decir, ni siquiera parecía diente. Nunca me dejó ver el diente roto que hubiera adorado, ni al remendado que anduve espiando. A una siempre le duele lo que no tendría por qué. Una siempre se inventa algo de que dolerse y a mi me dolía no haber conocido por todo ello su auténtica sonrisa.

XVII.

En esos días, no importa lo que pasara o que no pasara nada, Fedro aparecía en las páginas de mi diario como un protagonista y yo siempre escribía sobre él cosas que a nadie le dejaría leer: *“Alto, erguido y digno, cadencia de pausados movimientos, ayer no te saludé. Hoy tus ojos me buscaron. Te di los míos y ahí estabas, mirándome desde lo alto. La inclinación contundente de tu cara hacia la mía me dijo que sí, que sí querías que te*

saludara. Que hoy sí te importaba. Se me había ido la tristeza, por eso te sonreí. Al atardecer se escuchaba el silbido del viento, y en mi mente vi aparecer el deseo recurrente de ti. Que bajaras de lo alto y que tu lengua acariciara la punta tibia de la mía, que resbaláramos el uno dentro del otro, sin más ciencia que tus manos sosteniendo mi cabeza por detrás de las orejas, en uno de esos besos que no necesitan ir a más, porque en sí mismos todo lo encuentran.

XVIII.

Era un sábado de turismo “Ciudad de México” y era también el día de paga para Soli. Fui a Valle para comprar ropa de invierno y regresaría luego a Avándaro por un té de manzanilla con menta para remediar el insomnio. Sentada en la plaza central lo vi aparecer. Sonriendo nos saludamos con un beso en la mejilla, y un repentino abrazo. “Oi, con abrazo y todo, bueno” pensé. Su fresco atrevimiento me agradó, al fin y al cabo. Ahora que escribo, pienso que debí haber reaccionado más rápido, abrazarlo más fuerte, más tiempo. Ahí sentados me confesó que le gustaba, “soy muy mayor para ti Soli” le advertí, mi cara de incredulidad que no cedía a su deseo lo obligó a decir “yo te podría cuidar” y aunque sabía que eso nunca en esta vida sucedería, lo que acababa de decir, al menos en ese instante, él lo sintió y yo lo acepté, sin burlarme aunque me provocara algo de risa, lo tomé como el sueño, como la ilusión que era, sin embargo, siendo también la cosa más noble que alguien me hubiera dicho o me fuera a decir algún día. Porque Soli, era un hombre noble de casta, de educación, de corazón. Y sentía, además, que Soli era sagrado, como todas las cosas de la

naturaleza que estimulan los sentidos, y como tal, no lo podía tener o tocar, en el sentido más amplio de la palabra, lector, que te puedas imaginar. Nos miramos a los ojos, yo, aprendiendo su ternura, él, leyendo mi incredulidad. “¡Deja ya, hombre, no te quiero pervertir!” dije, pero con un repentino y esporádico deseo de todo lo que pudiera suceder entre nosotros. “O yo a ti” contestó el bribón, en broma y en serio, sin quitarme los ojos de encima. “Ah ¿sí?” lo miré intensamente y nos soltamos a reír, “Por supuesto que sí. Ven, te invito una nieve” dijo. Nos acercamos al carrito, pedimos la de coco, una para cada quien. Pagó. Encontramos otro rincón en la plaza mientras comíamos. Me dijo que le gustaba mi cabello, que hacía algunos años el también lo había tenido así de largo, pero luego, cuando se lo cortó se le adelgazó y que quizá pronto lo perdería. Pasé mis dedos por su cabello, efectivamente algo escaso, pero suave y limpio. Dos o tres veces pasé mi mano por su cabeza y él, sumiso, se dejó hacer. Nada dijimos mientras tanto.

Soli, al ser 13 años más joven que yo, me parecía que trataba con uno de los estudiantes de la universidad y no con alguien en quien yo misma me dejaría poner una mirada lasciva. No porque antes no hubiera amado a alguien que primero hubiera sido mi estudiante, solo es que una, como profesora, no va por la vida mirando cuál le gusta y cuál no. En ello consiste su autoridad, en no sobrepasar esa barrera que a profesora y a estudiante les impide entrar en grado alguno de amistad. Solo es que hay estudiantes que se sientan frente al escritorio y mirándola a una, la obligan a mirarlos de vuelta. Adoran despojarla así de su rango, de su jerarquía, de su autoridad. Si una les mira de vuelta, pierde. Esa es su fantasía. Y mirando así a un par, aprendí a no mirar. “Yo no tengo fantasías” me dijo Soli, acercando el exquisito olor de su loción y viéndome a los ojos, con los suyos bien abiertos y

enternecidos, luego, con su boca cerrada y quieta, me dejó admirar la perfecta enmarcación de sus labios. “Yo no soy tu estudiante”. Y era verdad, entre Soli y yo no existían barreras, quizá también por eso no sentí tanta atracción, se me daba abierta y generosamente. Quizá mi apatía era la única distancia entre nosotros. Sus pláticas eran adolescentes buscando aquí y allá una identidad, cuando yo ya no encontraba cómo destronarme de etiquetas, títulos, determinaciones y empezaba a transitar a aquella edad en la que toda respuesta reza “como diría mi madre” o “pero qué razón tenía mi madre” o “¿qué haría en este caso mi madre?”. Una se da cuenta de que su amante es considerablemente menor cuando él no entiende por qué a una le apetece más la pasta con camarones, que un coctel de camarón, o siente que se le está instruyendo cuando se le menciona el personaje de un libro que ilustra lo que se le está diciendo. “No solo eres más chico que yo Soli, eres más chico que tú mismo” le confesé. “¿Por qué lo dices?” se interesó. “Esa plática de patinetas no es propia de un hombre de 25 como tú. Esa es una plática como de secundaria” y me ganó la risa. “Uy, entonces, ¿qué vas a decir de que me gusta el *anime* y los video juegos?” reclamó. “Voy a decir que lo que en realidad te gusta es la narrativa, la acción, los personajes, las historias pues, y que he conocido bola de cuarentones con doctorados en filosofía y letras que parecen como de seis envidados con los video juegos. Que quizá a ello debemos que ya no les gusta el sexo, que se les olvida cómo fue que antes se les paró, o que cuando lo hacen se tienen que poner el condón”. Así que mejor ponte a leer. *Yonqui*, de William S. Burroughs, te va a encantar, por aquello de las drogas; quizá también te interese *On the road* de Jack Kerouac, por aquello del camino. A William no le gustaban los mexicanos, por aquello de la mirónada, como los mexiquenses. “Son todo ojos” le decía a Jack, “mejor vente a Marruecos, acá nadie te voltea a ver”, palabras más, palabras menos de sus biógrafos.

XIX.

Eran las 5:30, sabía que pronto oscurecería. Sentada sobre los camastros de la alberca redactaba algunas cositas en las páginas de mi diario. Meras descripciones. Nada de acción. Ni siquiera personajes. Fedro se acercó a mí con esa sonrisa suya que le quitaba los años, la adolescencia, y hacía que todo en él se iluminara. Me sentí cohibida y por supuesto cerré el cuaderno. Aún con esa ropa deportiva negra se veía muy bien, una que no se atrevería a sudar, pensé. Tenía una mascada beige enredada al cuello y unos audífonos gruesos. “Los italianos siempre saben cómo vestirse” observé. Seguro de sí mismo, fijó sus ojos negros brillantes en los míos cuando apenas lo volteé a ver. Sin decir nada, estuvimos sentados uno junto al otro por un rato. Apenas se fue la luz del atardecer, empezó a hablar como si fuera mi padre. “¿Qué flojera?” pensé. Luego volvimos a estar en silencio. Reflexioné lo que dijo, interesante, fino como solía ser, fue algo hermoso, de hecho. Me relajé un poco. “Quiero encontrar astros” me dijo después mirando al cielo. “¿Cómo son?” le contesté. “Son estrellas que se mueven”. Callados, contemplamos la bóveda celeste un rato. “¿Cómo se podrá llegar hasta él?” me preguntaba tumbada en el camastro mirando las estrellas de esa noche abierta y despejada junto a él, “si solo no estuviera tan alto”. Así sentados, nos veíamos cara a cara por primera vez, como dos personas. “Es un protector” pensé, pero su habitación era demasiado vacía, demasiado ordenada, hasta su cama destendida se veía arreglada. “Miedo” pensaba.

XX.

Otro día que salí a caminar, a la distancia vi el tractor, parecía un panal, todo lleno de chalanés. Pero desde lo lejos no alcanzaba a ver a mi Soli. Sobre el camino ya venían varios de ellos y yo les miraba sus caras café con leche, obligada a saludar. Por fin apareció, lo miré bien sin sonreír, para no errar. Era la primera vez que lo veía sucio, y como realmente trabajando igual que los demás. Cuando se desprendió del tractor y se fue directamente a darme un beso en la mejilla, que yo no tuve reparo en recibir, todos nos miraron como a dos personajes. Caminamos juntos sobre la orilla de la ya casi carretera cuesta abajo, se pegó a mí como si me fuera abrazando pero en verdad a penas si me rozaba la ropa. Hizo como si me empujara a la zanja que se abría a un costado. Yo pegué un gritillo agudo que me sacó el susto, inmediatamente me abrazó y nuevamente me puso en balance sobre el camino. Íbamos muriendo de risa. Al final, más que el empujón, me sorprendió el abrazo. Lo sentí tan cálido, tan necesario.

Aquel día, él estaba como de invierno, todo negro y con las botas desechas. Yo llevaba el cabello suelto cayéndome por encima de la cintura. Tenía ese bronceado montañés que detestaba, pero que él decía que me quedaba bien. En el ambiente había un olor como el que destila el hueso de mamey, a flores dulces, canela, ligeramente achocolatado; yo tenía puesto un suéter amarillo, un pantalón de manta azul cielo bastante holgado, y me protegía del viento con una mascada verde bandera. No quiso bajar todo el camino, pues ya estaba por terminar y se sentía muy cansado, ese día llevaba sombrero de paja como los señores y

realmente estaba sudado. Lo cual, por su puesto, no me molestaba. Veía en ese instante una circunstancia única, como si hubiera tenido acceso privilegiado a aquella intimidad que se abrió para él con la tierra, con el camino, con los árboles, donde tierra, fuego, aire, sudor y agua del río vienen de donde mismo. Pensé que nunca lo volvería a ver tan sucio, tan mojado, tan feliz. Tan sano, pues.

Lo que nadie sabía era que cuando Soli agarrara rumbo y quizá hiciera vida de burócrata, pues ya tenía amarrado un contrato de trabajo por diez años en la construcción del nuevo aeropuerto de la Ciudad de México, (sí, me pregunté lo mismo ¿pues cuánto tiempo piensa durar como presidente ese presidente? Entre las tantas cosas que no sabe, ¿que no sabe que su mandato solo dura seis años?) Prestando doble turno para hacer puntos en la escalada del poder, en su fría y antiestética oficina, Soli, mucho tiempo después, extrañaría esos caminos llenos de árboles, tierra mojada y ríos, los aguaceros que no pocas veces empaparon sus ropas de recién campesino. Añoraría incluso la pala que le machucaba las palmas de las manos cuando movía la graba, y el rastrillo con el que barría las hojas del camino y que cuando me veía venir, le pedía a su chalancito de 12 años que se la agarrara para no pasar vergüenzas en mi presencia. Y, por supuesto, echaría de menos nuestros encuentros al aire libre, sentiríase solo sin todos los espectadores de su buena fortuna. Todos esos recuerdos suyos le harían suspirar y sentir que en ese trabajo que tanto detestaba, en realidad, no la pasaba tan mal.

XXI.

Cerré los ojos, había logrado soltar el cuerpo y empecé a soñar. *Ahí estoy, mirando de frente, incorpórea, su altura muy lejos de la mía. Hunde su nariz en mi cabello, sus labios parece que me tocan. Siento el golpe suave de su pelo, sus rizos juegan sobre párpados que tiemblan y mejillas quietas de mi cara, translúcida, soy esa sensación de sus rizos que juegan sobre párpados que tiemblan y mejillas quietas de mi cara. No sé si lo pienso o lo percibo, ese aroma dulce, intenso. Mi frente en su torso recargada. Sus brazos rodeándome la espalda. En la punta de mis pechos resbalaba su boca ardiente y descansaba.* Abrí los ojos, estaban tocando la puerta, tenía los brazos tensos amarrados a la almohada. Me sentía muy triste, no quise abrir.

XXII.

Los domingos, Soli y el resto de chalanos no trabajaban. Así que salí a caminar para aprovechar la soledad y el silencio del camino. Ya habían echado la carpeta casi en un cincuenta por ciento y sobre una de las curvas sentí el movimiento rápido y abrupto de un coche que apenas se percató de que yo iba caminando insegura sobre la orilla. Yo que venía de la ciudad no me extrañaba lo más mínimo, aunque me molestaba igual que a cualquiera. Me pregunté qué iría a pasar con todos ellos, los que a diario habían subido y bajado a la escuela, al trabajo, con la calma de los coches que a menudo se paraban para llevarlos y dándole prioridad a su paso. Ya no había espacio para sus pies curtidos ¿por dónde iría a correr esa agua de lluvia cristalina que viajaba cuesta abajo? ¿qué caminos tomarían los gusanos transparentes, y las serpientes de agua, y los conejos a los que cada vez se les hacía más pequeñito el bosque... y cómo harían los caballos salvajes, por dónde pasearía el Chalino a su ganado... y los ciclistas y las motos, qué nuevas rutas agrestes se apropiarían. Y eso que ese camino ya estaba hecho, no quiero imaginar lo que pasó con aquel otro en el que tumbaron montón de árboles, los ingenieros del gobierno, en este país de sueño. De pronto sentí que a Soli y a mí se nos abría el tiempo, que éramos personajes de papel y que no habría más espacio para nosotros que el de ese camino que fue brecha, fango, piedras, lodo, charcos, huellas de pies cansados subiendo y bajando de Cerro Gordo y los Pinales a Avándaro y Valle de Bravo. Y que ese tiempo-espacio nuestro, se cerraría apenas terminara de caer el chapopote sobre las capas de tierra, cuando después de siglos, en una pasajera mañana de otoño, se definiera como carretera de dominio automovilístico.

XXIII.

Volví a la habitación cansada. No había luz. Caí de espaldas sobre la cama. Tenía los músculos de la nuca y la espalda anudados, apretándome el cuello y los hombros. El cielo rojo del atardecer invadió la habitación por trece minutos antes de que anocheciera. Y entonces, en mi mente, *yo te quité los rizos de la frente, acaricié su largo y recogí al filo de la nuca. Toqué tu cara y recargué en mi pecho tu cabeza.* No había luz, no te podía escribir, me quedé tumbada como estaba.

XXIV.

Otro día, ya venía caminando de regreso y nos agarró la lluvia. Yo iba bajando y luego subiendo sobre la curva. Lo alcancé a distinguir por la capucha de la sudadera cubriéndole la cabeza. Asomado a la parte baja del tractor parecía como que estuviera haciendo trabajo mecánico entre jergas y las últimas gotas de diesel esparcido por el camino. Ya casi cuando lo alcancé, se giró hacia a mi con una espléndida sonrisa. Quizá la mía también lo era. La emoción de vernos libres el uno para el otro al menos por un instante nos volvía hermosos a los dos. Nos saludamos con un beso en la mejilla. No sé si estaba cansado, pero parecía mugroso, tenía los pantalones azul cobalto, negros de diesel, tierra y todas esas cosas. Una playera de manga corta, con botones y cuello color hueso y la sudadera negra con rojo era su atuendo. Entramos a la parte frontal de un rancho que se abría con zonas ajardinadas de

un verde vívido cuyo pasto parejito parecía recién cortado. A la derecha había una casita con techo de tejas que nos cubría y más allá de la casita había un lavadero con una pila en donde se lavó las manos. Luego, volvió a la orilla de la casita, bajo el techo, donde yo lo esperaba. “Te traje un refresco de cola” le dije, “no tomo refresco de cola, me altera”, “oh, lo siento. La próxima vez te traigo agua”, “de acuerdo, pero de todos modos me lo tomo”. Destapamos las latas, no sin que los otros chalanos envidiaran la suerte de su compañero y no pudieran quitarnos la vista de encima. “Váyanse para allá, por favor” les dijo. Sentí feo por los chalanos, pero era verdad, por qué no dejarnos solos durante nuestros cinco minutos de encuentro. En eso llegó el hombre bajo el que estaban a cargo todos los chalanos y que a la ida no le autorizó acompañarme hasta el final del camino, razón por la que nos encontramos hasta que yo venía de regreso y ellos habían terminado y que me hizo sentir como cuando en la infancia una va a tocar a casa de sus amiguitos y les pregunta “¿te dejan salir a jugar?” Así que vino a decirle, quizá con remordimiento, que ya se iban, que si quería que volvieran por él al rato. El orgulloso de mi Soli, con una diplomacia que me pareció todo ternura se negó y lo convenció de que lo dejara solo, que él volvería cuando se le antojara, ahora que ya era libre y no tenía que pedirle permiso de nada a nadie, y quizá por eso el encargado quería volver por él, porque no quería que fuera libre, porque por eso lo envidiaba, lo recelaba. Lo entendí perfecto, ahora que sabía que así eran algunos mexiquenses. Quise abrazar a mi Soli para que supiera que yo sabía todo con él, que yo estaba de su lado. El encargado y el resto de los chalanos por fin se fueron. La lluvia cayó generosamente. El verde del pasto, la hierba salvaje, los árboles y el café de la tierra brillaron con toda su fuerza. La casita que nos aguardaba era acogedora. Y ahí estábamos, por fin solos, él y yo, riendo y hablando naderías, viendo caer el agua y tomando refresco, en ese tiempo y espacio que estaba abierto para nosotros, que el universo nos regaló. Soli

estaba parado a mi lado izquierdo. Me besó en la mejilla un par de veces y sentí como si toda la mariposa monarca que no acababa de llegar al lugar, por fin se refugiara en mi vientre. Me hice chiquita, más niña que él. Pasó su cara por delante de la mía que llevaba la gorra y en ese espacio que nos daba la visera, parecía que me besaría la boca, pero no llegó, quizá porque me quedé inmóvil sin ir hacia él, lo cierto es que ahí se hizo un calor suave que nos abrigó, el calor de la intimidad, ese algo terrible y dulce que nos abraza, y que no puede durar. Soli cerró el instante finamente con un beso chiquito en la mejilla contraria “¡estás salada!” protestó. Morimos de la risa. Venía sudando desde hace rato. Éramos nosotros, esos niños de la infancia jugando en la calle. Veinte minutos ahí parados se hicieron el instante más corto de este mundo, ese signo inconfundible de la felicidad. Caminamos hasta “Comarca Las Vegas” todavía bajo la lluvia y antes de acercarnos a la entrada nos despedimos con ese beso extraño que no alcanzaba a llegar hasta mi boca, pero cuya humedad me tocó la comisura. Así que lo tomé de los cierres de la sudadera, lo atraje hacia mi y pegamos por fin nuestros labios en un beso adolescente, el primero y sin saberlo en ese momento, tal vez, el último también. Quizá por el atrevimiento, quizá por el arrebato, volví a mí, a ser esa treintañera besando a su veinteañero. Una sin fama, sin fortuna, una tía miserable que osaba ser feliz. Y así fue como esos paréntesis que se nos abren, a él y a mí se nos cerraba. Caminando hacia el fondo del recinto y agitando la mano para decirle adiós, él no se iba, me miraba hacer y de vez en vez yo volvía la mirada para darme cuenta que seguía ahí parado bajo la lluvia, tratando de prolongar ese instante que se fue. Seguí. Huía sola, conmigo misma, para olvidar, para pretender que no pasó nada, nada digno de considerar.

XXV.

Camino cuesta arriba. Él baja. Miro hacia el cielo para encontrar su ojos. Me clava la vista pero no inclina su cara. Mis manos de enredadera crecen entorno a su cintura, me pego a él cuanto puedo. Quiéreme, le digo murmurando. Protégeme, deseo. Llévame contigo, suplico susurrando. Él, todo abrazo, me envuelve y tranquiliza, a vanzando hacia abajo, allá atrás sigue caminando.

Soli, Manuel, esos cuerpos esbeltos, de músculos torneados, prominentes, morenos, bronceados, jóvenes, firmes, armónicos. Y mi pensamiento se iba buscando a Fedro, su piel blanca, como siendo el mismísimo cielo. Quería hundirme en su boca, llevarlo por debajo de sábanas blancas, ahogarme bajo el peso de ese hombre tan alto, delgado y fino, con manos suficientes para mi cuerpo. Sentía deseo de su mente, de su risa atemporal. Fedro, con tus 53, yo te adoré.

“Me prohíbo molestar inquilinos con insinuación alguna”. Pensé apenas me desperté.

XXVI.

Por las fiestas de día de muertos se suspendieron los trabajos del camino. Soli aprovechó para ir a Puebla a visitar a su madre. Después de varios días volvieron las máquinas a sonar,

pero Soli no estaba. Una tarde, después de comer, caminé por la nueva carretera ya llena de ramas que cayeron de los árboles como reminiscencias del antiguo camino de tierra y piedra. El Rocky, que se había negado a seguir a Manuel cuando se fue, esa tarde se me pegó apenas me vio salir de la Comarca, quizá adivinando que no encontraría lo que salía a buscar, adivinando que luego me llegaría la tristeza y haciendo menos patética mi pérdida ante los ojos de los chalanes que me miraban pasar, callados, con la cabeza gacha como si no quisieran mirarme sin mi chalán, sin mi mugroso, sin mi amiguito de la infancia, sin mi aliado, sin mi amante esporádico del camino que se me dio hasta el infinito por instantes mágicos que duraron lo que tarda en romperse una burbuja de jabón. Y viéndome caminar, ya sin el camino y sin él, me di cuenta que eso era lo único que yo conocía del amor, burbujas de jabón que invariablemente se rompían, que así fueron los novios que yo tuve, como burbujas de jabón que duraron un instante. Y me di cuenta también, de que así habían pasado los años de mi vida, que eso había sido yo para todos ellos, una burbuja de jabón rota al cabo de un instante. Sin embargo, la burbuja de jabón del momento presente, que era de nadie, me parecía una burbuja eterna que nunca se iba a tronar.

Atravesamos entre las máquinas, sentí el peso de esos ojos que me miraban con curiosidad y pena, el Rocky se me desviaba del camino y yo le chiflaba quedito para que caminara cerca de mi, como si yo fuera su dueña y el Rocky se me acercaba, fingiendo también, que yo era su dueña. El Rocky, mi negro feo que salió para cuidarme, y que esa tarde como otras lo adoré. La lluvia cayó a cántaros, el Rocky y yo corrimos de vuelta a la Comarca para evitar los rayos.

Pasaban los días y volvía a llover. El frío venía *in crescendo*. Los trabajos en el camino avanzaban alejándose cada vez más de “Comarca las Vegas” hacia el Pinal. Soli no volvería y, como si nombrarlo me lo fuera a traer de vuelta, no dejaba de escribir y releer lo que escribía sobre él.

XXVII.

Había un olor a hierba. Un olor verde que no atinaba a precisar de qué planta, pasto o rama venía. El viento me hablaba. volteaba y ya no estaba. El viento cantaba, yo atendía y él callaba. El viento soplaba, no me percataba, la puerta se azotaba, me arrancaba la atención de donde estaba.

Todo quería que lo viera, que lo escuchara. Sentía que todo cuanto percibía era mío, para mí, pero todo era como el fuego, ardía, quemaba. He ahí el tormento de mi mente. Yo que había sido dueña. Yo que había sido intocable. Todo lo quería. Nada se me daba.

El beso, a la orilla de su boca, aunque lo quería poner en mí, no era mío; El abrazo entre sus ropas, que esperaba por mí en su vientre, no me pertenecía. La palabra que me quería decir, no tenía aire, vuelo, ni sentido, nunca llegó hasta mí.

Calor, calor, calor humano. Tengo ganas de quedarme con todo. De llevarme sus sonrisas; los colores de sus ojos; sus pestañas rizadas, pobladas y negras; todas las formas de sus cuerpos, de sus hombros y pechos; la violencia del deseo, la energía de sus celos. Todos, tómense entre los olores suaves, dulces o frescos de sus brazos. Llénenme la boca con sus lenguas de vainilla y hierbabuena. Tóquenme con dedos cálidos, íntimos, curiosos o indiferentes; pálidos, gruesos, fríos o curtidos por la tierra. Y déjenme hacer a mi gusto, cuanto quiera con ustedes. No puedo soportar a los hombres que no se dejan hacer, abrir, vulnerar ¡no se dejan poseer!

El deseo es lo que sucede entre los que se miran y callan. El espacio que crea el silencio, donde se dicen todo, diciéndose nada. El deseo es esa fuerza innecesaria que empuja, convence y desbarranca.

CAMINO DE CERRO GORDO

I.

Años después volvería a las notas de la época de mi estancia en “Comarca Las Vegas”, aquellas que quedaron como desechos, como recortes que le sobraron al documento original, pero que nunca terminé por borrar.

Si en el original hice referencia al niño que era Soli, no entiendo por qué, entre esas páginas omití al hombre que ese niño se negaba a ser, al hombre en el que desde muy temprano se convirtió, al que lloraba, al que sí tenía que trabajar con la misma desgraciada suerte que los demás.

Justo cuando Soli desapareció, el panorama se volvió turbio y de repente urgía entregar las obras lo mejor y más pronto posible. Los trabajadores poblanos volvieron a sus regiones y los mexiquenses todavía estaban recomponiendo los desperfectos. El contrato para el aeropuerto se quedaba en veremos.

Semanas después, cuando se supone que debían haber entregado el camino, yo venía subiendo de regreso a la Comarca como todas las tardes de ese año, cuando vi que ese logo que había sido tan significativo para mí se acercó. Me orillé sin expectativas. La pick up

bajó la velocidad. Miré al conductor y luego al copiloto sin reconocer a ninguno de los dos. Avanzaron hacia abajo tan lentamente como lo hacían mis pasos hacia arriba, entonces, entre los chalanos que iban sentados en la parte de atrás, vi esa carita morena que me era tan familiar. “¡Sooooo!” quise gritar. Sentí alegría y enojo, sonreía y agachaba la cabeza moviéndola de un lado para el otro. ¿Por qué no me había llamado antes? Él estaba tan sorprendido como yo. Pegó un brinco y se despidió del resto. El copiloto le hacía señas para indicarle que regresaban por él al rato y él se las devolvía manoteando para que se fueran y no volvieran.

Ese día ya eran las 5.30. Nos quedaba una hora para ver desaparecer la luz del día. Con el fin de cortar camino nos internamos por una vereda, y aún así, se nos hizo de noche a mitad del bosque, pues nos paramos los veinte minutos que todas las tardes de caminata se nos iban volando. Me hablaba de cosas que me quería contar pero no me contaba. No le entendía nada. Solo supe que de regreso a su casa en Puebla se fue de farra y se metió de todo otra vez.

Cuando Soli se colocaba se hacía grande. Las chicas se le arrastraban y su cielo azul se volvía una noche negra sin estrellas. Empoderado por las sustancias, las trataba mal y se burlaba de ellas. Los otros lo envidiaban, nunca sus juergas les traían tanta buena suerte con las mujeres. Al cabo de todos esos meses de trabajo en los caminos, sin probar si quiera una bachita, Soli volvió a su casa y ahí estaban todas y todos esperándolo: las fiestas, los bares, las esquinas; con el vaso de vodka, con el cristal en las bolsas de las chamarras y de los

pantalones y en una sola noche de reventón se atascó todo lo que no se había metido en los últimos meses. Al día siguiente terminó hecho una piltrafa, crudo hasta la madre y vomitando las banquetas de vuelta a casa. Al final, Soli no creía en nada, no le creía a Buda y no le creía a Burroughs, no sabía de nada más que del cálido arrullo de las drogas que le era familiar, ni siquiera el de las mujeres por más que se le arrimaran grandes y chiquitas. Y eso era algo de lo que en realidad Soli requería desesperadamente, una mujer que le metiera la lengua hasta la garganta; que sus manos lo invadieran por debajo de la playera y le rasguñara la espalda, que le acariciara el pecho y con la yema suave de sus dedos le rozara los pezones. Requería pues, una mujer determinada a quitarle la ropa, a hundirse en su entrepierna hasta rendirlo y que todo ello se lo hiciera con cariño. Porque Soli necesitaba amor, auténtico y mucho amor, lo necesitaba mucho y lo necesitaba pronto.

En efecto, Soli se veía pálido y desgastado, como un muñeco reseco de cartón. Al ir sobre la vereda, nos sentamos en un tronco. Tenía un arete de plata junto al labio inferior y uno pequeñito en una de las orejas. A pesar de su aspecto demacrado, las facciones de su cara me seguían pareciendo tan finas, el mentón elevado hacia el frente, sus labios inflamados como cerezas, sus pómulos prominentes y sus ojos grandes café oscuro. No sabía si me parecía infantil o femenino con su cabello del lado sobre la frente. Yo seguía sentada sobre el tronco. Él se cambió de sitio hincándose sobre la tierra frente a mí como un practicante zen. Yo lo miraba de arriba hacia abajo y él a mí de abajo hacia arriba y entonces nos besamos apasionadamente. “Hace mucho que nadie me besaba de esa manera” me dijo atónito “... mejor dicho” reflexionó corrigiéndose después “nunca me habían besado de esa manera” yo lo miré compasivamente “¿a tus 25? qué desperdicio. Aprovecha porque no los

volverás a tener otra vez”. Quizá molesto, me replicó “no es desperdicio, es que yo no beso a cualquiera”. No le contesté, lo miré mientras pensaba “allá tú”, y continuó “y tus 48 tampoco los volverás a tener” replicó ya evidentemente cabreado. Entonces le contesté “No. Si vivo hasta que los cumpla, solo los tendré una vez, pero todavía me hacen falta 10 años para que eso suceda” y se rio burlonamente. No era la primera vez que salía con alguien menor que yo, así que el comentario no me hizo mella. Los hombres más inseguros dicen ese tipo de cosas, quizá porque su temor a envejecer es más grande que el de la mujer mayor con la que salen y ante la que ellos siempre serán el menor, el más chiquito, el más joven. No encontraba razón para negar que Soli comportara la misma patología. También tuvo la teoría de que mi diente roto se debía a que ya estaba viejita, de broma, si tu quieres, lector. Pero aún, yo lo veía a esa edad, tan desperdiciado en todo su potencial, como un volcán dormido, y me parecía que entre nosotros, el viejito era él. Lo cual también era una absoluta mentira incubada en mi cabeza, porque los viejitos de hoy son más volcán vivo que las nuevas generaciones, refugiadas en los universos virtuales de la red. Me abrió las piernas y elevó su cadera a la altura de mi cintura colocando su pecho sobre el mío, y así se abrazó a mí con toda su fuerza como queriendo sentir mis senos. Entonces me besó el cuello. Ráfagas de electricidad corrían por todo mi cuerpo. Yo aprovechaba para acariciar los espléndidos músculos de sus hombros y espalda; apartándose luego un poco, me volvió a besar la boca. Sentía sus manos todavía tímidas sobre mi cintura, como si la quisieran tocar o medir, pero no se atrevía. Juraría que las sentí vibrar. Teníamos que correr. Se nos estaba oscureciendo el camino. Me acompañó hasta la puerta principal de “Comarca las Vegas” que ya estaba cerrada. Le tocamos las ventanas a Don Pepe, que había llegado para sustituir a Manuel. Me aliviaba ir acompañada, finalmente yo estaba a salvo, pero me preocupaba que Soli tuviera que volver solo por esa carretera a la que ya habían

abandonado las policías federales y quedaba a cargo de las mafias, a quienes, según los rumores, algunos de los ranchos de la zona les pertenecían. Cuando Don Pepe abrió el zaguán, el Rocky salió con paso sereno. Ni siquiera ladró. Se le emparejó a Soli y juntos se echaron a andar por lo oscuro del camino, con paso ágil pero discreto. El Rocky, nuestro protector. Sentí enorme gratitud para con mi negro feo. Corriente y trabado, el Rocky se quedaba atrás cansado en las subidas y, presumido, rebasaba en las bajadas. Se entretenía orinando y husmeando en los recovecos del bosque para, en seguida, retomar el camino. Pero, si una vaca se metía a la Comarca o se le cruzaba un conejo, era capaz de atravesarla de punta a punta como de rayo, colina arriba, colina abajo o entre cuanto matorral se le pusiera enfrente, y esa, era una de las cosas que yo no entendía del Rocky. Antes de entrar a la Comarca, me giré para verlos partir. Soli iba con la cabeza gacha, las manos hundidas en los bolsillos, con los hombros pegados a las orejas y hundiendo el pecho hacia el centro y, aunque tenía la espalda ancha, con la T-shirt de manga corta deslavada, el pantalón entubado y los tenis de patinete rotos a la altura del dedo meñique, me pareció un niño desvalido que poco a poco se iba haciendo chiquito, y esa, era una de las cosas que yo no entendía de Soli. Luego me contó que Rocky lo llevó desde “Comarca las Vegas” hasta “Paso del Cortés”, es decir, caminaron juntos, por lo menos, cuarenta minutos, inaudito en el Rocky, donde encontró todavía a uno de sus amigos, con quien a salvo pudo subir en coche hasta Cerro Gordo.

II.

Así, según aquellas notas que me hacen titilar la memoria, Soli se hospedó en Cerro Gordo todavía un par de meses, hasta antes de la fiesta de fin de año y de que empezaran a caer las primeras heladas del invierno. En esos meses nos volvimos a ver varias veces. Durante nuestros paseos tomábamos las veredas y nos inmiscuíamos en las propiedades privadas generalmente custodiadas por algún campesino y su numerosa familia, que siempre resultaban ser amigos de Soli. Ahora recuerdo que fue en ese rancho llamado “Paso del Cortés”, donde me besó la mejilla la primera vez, y al que semanas más tarde y después de nuestra aventura en la vereda, volvimos para conocer el lago que había ahí adentro, desde donde se apreciaba un hermoso cielo abierto. Era un día soleado de principios del otoño. Habíamos quedado de vernos en un punto del camino a la 2.30, después de comer. El Rocky salió conmigo de la Comarca. Cuando vio que nos encontramos y empecé a caminar junto a Soli, se quedó parado y triste, pues Rocky también tenía su corazón y no era la primera vez que me hacía una escena. En una ocasión me vio acariciar a una pobre perra vieja y sorda: ladró, mordió y aulló hasta que se cansó. Entre los dos lo estuvimos llamando para que nos acompañara. A regañadientes, pero lo convencimos y seguimos caminando felices los tres. Y la verdad que Rocky conocía el camino al lago mejor que Soli, quien se metía entre los matorrales llenos de espinas, mientras que Rocky siempre hallaba las vereditas. “Yo mejor sigo al Rocky” le dije a Soli que se hacía el *Boy Scout* presidiendo la expedición. “Parece más civilizado que tú” y viendo los caminos que cada uno escogía nos echábamos a reír, “el Divo del Rocky y Soli, hijo de Tarzán” y nos reíamos más. Al ver a Soli a campo abierto, advertí que estaba como subido de peso, lo cual no me parecía tan raro, ya que se la pasaba comiendo en las fondas comida de chalanés, arroz con sal refinada,

aceite de cártamo requemado y chingo de tortillas de máquina, y como ahora ya le entraba al pulque con los lugareños, imagino que aquello también sumó kilos a su prematuro embarnecimiento.

El sol era espléndido, así que por fin me quité la chamarra deportiva blanca con negro y la mascada de colores azul verde que llevaba sobre el cuello y que antaño me regalara la amiga brasileña de un novio que tuve en mis años mozos. La T-shirt ajustada me marcaba la cintura y el busto prominente y escotado. A mis treinta y ocho, que parecían treinta, según me llegaron a decir en repetidas ocasiones, gozaba todavía de la lozanía de mi mediana edad. Pues además, quizá por la dieta, quizá por la preocupación, desde que llegué a la Comarca y para ese día, ya había perdido siete kilos de los diez que traía de más. Las facciones de mi cara se afilaban y la complexión general de mi cuerpo se hacía más fina.

Ya frente al lago, Soli sacó su mapa topográfico y lo colocó sobre uno de los troncos que hacían de bancos ante una mesa rústica de madera para que yo me sentara sin ensuciar mi ropa. El Rocky descansaba bajo la sombra de un árbol, paciente e inmóvil. Cuando Soli se hincó a mi lado, no lo pudo soportar y según él, pensando que yo no lo veía, muy espichadito, se esfumó. Así, hincado, Soli me abrazaba por un costado. Yo le pasé el brazo alrededor del cuello, abracé su cabeza contra la parte frontal de mi hombro y nos besamos queda y tiernamente. Al cabo de un rato, Soli se levantó y me contó que cuando era niño las mujeres mayores lo besaban en la boca. Recordaba que en el momento que sucedía le agradaba, pero luego le quedó como un trauma. Me habló de memorias que le volvían a la

mente, por ejemplo, la de una compañerita del kínder con la que había tenido sus cachondeos y de la que recordaba un lunar en los labios de su vagina, a quien estaba por preguntarle si aquello había sucedido realmente o solo lo almacenaba como un recuerdo inventado, pues la niña, ahora mujer, seguía siendo su amiga, y la tenía entre los contactos de su what's app. A todo ello achacaba su eventual mal carácter con las mujeres, especialmente cuando iba en la secundaria y no quería que se le acercaran, mucho menos, que lo tocaran.

Después, Soli se sentó a la orilla del mismo tronco en el que yo estaba sentada y recargó sus codos sobre la mesa. Me pidió que me sentara detrás de él en donde quedaba suficiente espacio. Pegó su barbilla al pecho para que sus vértebras se pronunciaran y poderlas recorrer con las yemas de mis dedos, y luego repasar la rutina de tres movimientos para masaje relajante sobre su espalda, que era la única que me sabía. Después de un rato, así haciendo y platicando lo abracé por la cintura, me di cuenta de que mi percepción sobre su incremento corporal era real, pero eso no me impidió adorar o verme atraída por esa espalda ancha sobre la que me recargué como en un muro ardiente. El aire soplaba fresco. Soli estaba relajado, recargado sobre la mesa y yo abrazada a él con el pecho y la cara sobre el calor dulce de su espalda. “Mi panzota” dijo cuando sintió mis manos alrededor de su cintura, quizá justificando ese sobrepeso, pero tampoco en ese momento me importó y seguí abrazada a él en silencio.

Seguía sin hablarme de lo que en realidad quería. El cielo se empezó a llenar de nubes negras y el aire se hacía más frío. Me levantó del tronco y se sentó completamente en él. Me había advertido que era fuerte, pero no le creí hasta que en ese momento tomó mi pierna y se la echó encima. Haciendo por equilibrarme, me abrazó de la cadera con sus brazos, me levantó en vilo y me colocó justo encima de él, donde quedamos frente a frente. Sentí una sensación placentera y familiar entre mis piernas donde todo era calor, humedad y cosquilla. No sabía si era él o era yo, no quería concentrarme en lo que sentía ahí abajo. Deseaba, pero no me quería moverme. Me abrazó con toda la fuerza de sus brazos alrededor de mi cintura, y al no moverme yo, se movía él y yo sentía cada vez más rico. No sabía si Soli se percataba. Su cara quedó a la altura de mis orejas y cuello, que besaba detenidamente. Mis brazos se encontraban alrededor del suyo. A mi vez intentaba mirarlo, alcanzar desde arriba sus labios, pero encontraba una suave resistencia. Luego entendí que sus ojos no se querían desprender del escote de mi playera, que miró incansablemente, pero, curiosamente, no me tocó para nada. Luego de dejarle jugar con mi cuello un rato, clavé mis dientes en el suyo, paseé mi lengua por sus músculos tensos y succioné lo suficiente para hacerlo gemir como escuche que hizo, pero cuidando de no marcarlo.

En eso estábamos cuando escuchamos un montón de voces infantiles muy cerca de nosotros, me levanté de donde estaba. Él se movió al tronco de al lado y me cedió el tronco que todavía estaba cubierto por el mapa topográfico. Las voces se fueron alejando después, pero para entonces, Soli ya estaba en la ruta de contarme todo lo que agobiaba a su alma joven que la volvía tan vieja. No hay que entrar en detalles, baste decir que padecía un caso de alienación paterna, adicción a las drogas y enorme soledad. Todo, aristas de una misma

miseria, del hoyo negro sin fondo en el que lo veía caer mientras desarrollaba su relato, como esos borbotones que se acumularon a la orilla de sus enormes ojos café y luego se deslizaron en caída libre sin fin por sus mejillas morenas y tersas. Esas lágrimas representaban el eslabón que me hacía falta para entender cómo era posible que Soli hubiera llegado tan niño a sus 25. El día anterior me había ido pensando que no habría manera de apartar a Soli de las drogas siendo estas su único qué hacer y preocupación en la vida. Pero en cierto sentido me alivió saber, junto al lago, que ese tema de las drogas tenía una razón de ser que no la mera ociosidad, que Soli conocía el dolor y lo perra que la vida puede llegar a ser. Sentí alivio porque entendí que ese dolor representaba la posibilidad del hartazgo y eventual determinación de escapar de ese estado miserable. Que la había cagado todita, lo había hecho. Pero ahí estaba la verdad, la liberadora, absoluta y bendita verdad. No importando cuán terrible fuera, una vez expuesta, algo podía empezar a cambiar en la larga noche de Soli. Otra vez iba a empezar a oscurecer. Soli se recompuso y empezamos a caminar de vuelta sobre la vereda del día anterior. Lo abracé con tanto amor como fui capaz, sabiendo que en realidad no había mucho, o quizá nada que yo pudiera hacer por él. Pero había entendido todo, era su aliada aunque fuera solo por ese instante y lo abracé más, todo cuanto pude mientras caminamos. “No quería ponerme a llorar, debo haberme visto horrible, lo siento, me tenía que desahogar”, se disculpó Soli. “Quizá te sentías horrible llorando, pero juro que no te veías horrible”. Adoré sus lágrimas hechas de amor paterno. Muchas veces pensé que los hombres no querían a nadie. Ojalá su hijo y todos los hijos cuyos padres y madres los lloran algún día sepan de esas lágrimas que pueden cambiar al mundo haciéndolo más feliz.

También sentí que el peso de la tristeza de Soli apagó los fuegos artificiales que horas atrás salían de nuestros cuerpos, pero al volver sobre la vereda compartimos una *tutsi pop* y nos volvimos a besar. Nos tomamos la foto que quisimos hacernos el día anterior y por despistados se nos olvidó. “¡Hey! tu celular saca granos en la cara” protesté. “Oí, bueno, pero las puedo modificar” y nos hizo la nariz grandota y los ojos de remolino. “Me recuerdas a alguien de nueve años que adora hacer eso con la tablet de su papá” saqué mi celular, tomé una foto en la que los dos, con nuestros copetes del lado sobre la frente, parecíamos quinceañeros, sin granos ni narices retorcidas. “Me gusta más mi foto” y apresuramos el paso avanzando y beso a beso hasta que en una de esas paradas sentí un roble atravesado en su entrepierna, me miró con ojos vivos a la expectativa de mi reacción. El silencio se prolongó. “¡Chale! ya se está oscureciendo otra vez” pensé decepcionada cuando sentí aquello entre los dos. “Bueno, vámonos o nos va a pasar como ayer” le dije desanimada. Y seguimos caminando. “Comarca las Vegas” todavía estaba abierta. Lo vi volver sobre la misma vereda haciendo ruido con su teléfono y sin saber, como antes, si lo volvería a ver.

III.

La historia personal de Soli me había dejado tan anonadada que mis penas y quejumbres de repente parecieron nimiedades. Esa sensación de que en realidad mi situación no era tan grave y que, de hecho, se podía considerar, a pesar de todo, pasara lo que pasara, una situación privilegiada, me dio una perspectiva renovada y casi diría, me sentía feliz.

Además, en el fondo, estaba segura de que no había nada de lo que se me pudiera acusar y que el proceso en la universidad era solo una cuestión de tiempo esclarecerla, cosa que ya estaban haciendo mis abogados. Por lo pronto, podía ir a la cama con los dientes cepillados, la cara lavada y oliendo a hierbas y frutos frescos; sostener un libro nuevo cada dos, tres días, rechoncho e interesante, sin que nada ni nadie pudiera distraerme de aquel lujo de leer en calma para luego dormir como bebé; después de ocho horas, levantarme para acicalarme a placer, relamerme como los gatos, comer, descansar, leer, escribir y volver a dicho ritual. Y quizá por aquella sensación de bienestar, y la ceguera sobre cómo los hilos luminosos de mi alma se tendían y enredaban con los hilos de luz intermitente, como los de una luciérnaga, de Soli, me sentí tan estable y relajada que, sin planeación, me encerré por lapso de dos semanas en mi suit de campo. Durante el día comía mucha fruta y me bañaba con agua hirviendo cada dos, tres días. Pasaba horas sentada o de pie a las planchas de madera escribiendo, me sentía inspirada. Solo paraba para hacer las cosas más básicas como orinar, estirar brazos y piernas, calentar el café. Al atardecer, liar un pitillo y beber vino tinto. A ratos me tiraba boca arriba sobre la cama o el sillón para dejar descansar alguna idea jugando en mi mente. A veces solo cambiaba de silla para fundir la mirada en el espacio, con la atención perdida en el cielo azul que se asomaba por las ventanas y sin ningún tipo de esfuerzo, pues aquello sentaba bien. En la mañana, salía a la terraza y, en la tarde, lo hacía antes de anochecer. Entonces me parecía que la luz de un atardecer nublado quizá no era sino la luz del amanecer y que la primera luz del día, todavía sin sol, quizá era la luz del atardecer. Así pues, se me resquebrajaba la noción del tiempo y me fundía en el espacio vacío de aquellos cielos hondos en los que se me descansaba la mente, y había días que ya ni me acercaba a la cocina a comer, unas semillitas por aquí o un quesito por allá me llenaba el estómago.

Fue un día radiante y soleado el que me invitó de nueva cuenta al camino. Las colinas empezaban a perder la humedad y las hojas secas llenaron de alfombras amarillas y rojas los caminos y veredas. El cielo se expresó mediante una variada gama de naranjas que alcanzaban un rojo granada.

Ese día soleado sin tiempo ni espacio para mí, era un vulgar martes en el calendario de trabajo de Soli. Le puse un mensaje para vernos en un punto del camino que nos quedara bien a los dos. Me sentía emocionada de volverlo a ver, quería abrazarlo y sentir el beso fresco y tierno que plantaba en la comisura de mis labios al saludarnos. Como siempre, llegó puntal con su pantalones entubados, su T-shirt en la que se le pronunciaban los músculos abultados del pecho y los hombros. Me abrazó fuerte y breve pero no me besó. Tenía el labio inferior despellejado. “Ayer te necesitaba más que hoy” me dijo casi como reclamando “¿por qué?” le pregunté. Me explicó que se había quemado la trompa con la pipa con la que se había estado dando un chute el fin de semana, pero que ya estaba tan mal que ni cuenta se dio y que nadie le dijo nada porque todos andaban igual. “¿A dónde vamos?” me preguntó ya bajando sobre el camino. “No sé, a donde tú quieras” le contesté felizmente entregada a su voluntad y todavía sin conectar del todo con lo que me estaba diciendo y la verdad es que tampoco recuerdo cómo agarró rumbo la conversación, pero voy detrás de él, yo intento tomarle la mano y se suelta repetidamente. No lo hacía por molestar, solo que se me olvidaba que así son los poblanos. No les gustan las muestras de afecto en público. En mi mente, de pronto voltea, veo el camino a sus espaldas y me dice “No, nadie me entiende, nadie me entiende” No sabía todavía qué decirle, quizá no tenía

que decirle nada, no dije nada, seguimos caminando. “Vamos con Isidro, te voy a enseñar otra cosa” dijo. Y agarramos camino del “Paso del Cortés” sobre la carretera, llegamos poco más arriba del lago donde no solo ya me daba la mano sino doblaba automáticamente el antebrazo apenas sentía mis dedos a la altura de su codo para que me pudiera apoyar en él como si fuéramos entrando al teatro. Por fin, encontramos una cascada en donde descansaba una estatua de Kashiva que a Soli le gustaba ver, porque representaba la buena fortuna, de la misma manera que el buda panzón de los chinos o el gato japonés que mueve la manita hacia delante, según me contaron después unos turistas en la Comarca. Para mí era algo simplemente rebuscado y fuera de contexto. Un reto para mi mente perezosa.

Soli no se veía bien. Aunque no estaba tan pálido como la vez anterior, el brillo de su carita infantil y femenina estaba como apagado. Ya cuando nos sentamos junto a la cascada, me di cuenta de que se encontraba contundentemente triste. Traía la resaca culposa del atascón del fin de semana. Decía que nunca se iba a curar de su adicción. Y ya en pleno llanto, hablaba con frases entre cortadas sobre su padre. Se atormentaba pensando “¿cómo puede un hombre ser feliz teniendo a dos mujeres?” (“Qué buena pregunta” pensaba yo para mis adentros) y luego continuaba como hablando de lo mismo pero sin mucha lógica “no, no, mis padres no me hicieron esto, yo me lo hice a mi mismo, es nada más mi culpa, solo yo tengo la culpa de todo esto”. Su desesperanza arreciaba y entonces decía “No quiero ser egoísta, quiero ayudar a mi familia y a mis amigos” y avasallado por un rotundo desconsuelo terminó enseguida “quiero estar contigo, pero quiero hacer las cosas bien, me lo quiero ganar, pero... ¡yo no soy nadie!” remató y siguió llorando con espasmos y desesperación, con las manos cubriéndose la cara. Yo no dije nada otra vez. Pensé que eran

mis títulos académicos los que lo abrumaban y que en ello encontraba una enorme distancia. Pero, en Soli, yo no buscaba títulos académicos. Me encontraba más que harta de toda esa monserga de hacer puntos para avanzar cuesta arriba en la ruta académica y política. No, no esperaba que él los tuviera. Soli no tenía estudios universitarios, pero además de su buena educación familiar era inteligente, crítico, le gustaba leer y no encontraba en él a alguien distinto a los de su generación, conectados a la matrix, educándose por sí mismos en la red y pintándole dedo a las instituciones, las universidades las primeras. Hubiera querido decirle que la única distancia entre nosotros era generacional, eso de los títulos académicos era cosa del siglo pasado, y que en realidad mis títulos académicos no eran más que un arcaísmo, que no tenía por qué sentir que era nadie, pues una persona no es sus títulos académicos, aunque muchas se lo creen. Y sí, hay un mundo allá afuera que exige títulos, pero para mí, solo era en ese mundo en donde él sería nadie. Pero, para qué pertenecer a un mundo evidentemente fracasado, corrupto, mafioso, que gusta de atestar a las personas de ideas sobre sí mismas que no corresponden con su realidad, de hacerlas menos, de llenarlas de enfermedades que no existen para venderles tratamientos que no curan. El mismo mundo que le tendió la trampa de los narcóticos y que deliberadamente le puso el yugo del cristal y todas esas porquerías con las que se las tronaba. Porque su sistema no quiere que la gente inteligente como Soli y como muchas otras personas educadas tengan el poder, poder adquisitivo, poder de decisión, poder de abstinencia y no consumo, poder de sí mismos, de su tiempo, de su espacio y hace todo para mantenerlos desempleados, miserables, en depresión, privados de sí mismos, de lo que ganan, de lo que construyen, de su salud, de su juventud y que mejor que tenerlos drogados, cada día más adictos, miedosos y trastornados. Para qué, pues, pertenecer al mismo mundo que le privó de sus derechos civiles, de su derecho a la paternidad y ahora, hasta de su derecho al amor.

Una vez que pasó el espasmo, buscó con qué limpiarse la nariz pero no teníamos nada que fuera de utilidad. Le dije que se la limpiara con el agua de la cascada y luego con su playera. No le encantó la idea de manchar su Full and Fear, de por sí ya cochina, con sus propios mocos. Y así era como ese don nadie, en realidad era un *mirrey* disfrazado de chalán, el más fashion que he conocido, un drogadicto atormentado por las cuestiones éticas más básicas. Así pues, en Soli yo veía a un hombre de buen corazón a pesar de la ignorancia que le acarreó tantas desgracias, a un ser humano digno de ser abrazado, acariciado, tratado con ternura, y ni qué decir de lo tanto que me gustaba físicamente. Me rodeo con sus brazos y reclinó mi torso sobre sus muslos. Recargó su barbilla sobre mi hombro derecho y desde ahí alcancé a ver cómo se le humedecían las pestañas y resbalaban copiosas lágrimas empapándole la cara. Me empezó a invadir su tristeza, en eso, mi ego emitió un pensamiento “las dos últimas veces que nos hemos visto ha llorado” luego, me quedó un signo de interrogación que, por otra parte, me preguntaba “¿y eso qué?” y resonaba en mi mente sin que me atreviera a contestarme qué de qué o qué, como teniendo cuidado de a dónde quería llegar con esa nota mental. “Perdóname, reconozco que estoy urgido de amor” dijo Soli cuando por fin dejó de llorar y se recompuso “y yo estoy urgida de darte amor” le contesté. Ya luego me arrepentí, pero ya que, ya se lo había dicho. Fue como si a la vez me lo confesara a mi misma y al universo. Después intenté consolarlo con frases estúpidas a través de las que no lograba transmitirle mi entusiasmo, pero que creía en serio, tales como: “Sí se puede dejar las drogas”... “hoy en día ya se conocen muchas tecnologías contemplativas que te pueden ayudar”... “William Burroughs dice que sí se puede pero que nos esconden la verdad”. Y en realidad lo que querría haberle dicho, como cuando regañaba

a los estudiantes talentosos y flojos, “¡Ten dignidad, la muerte te la demanda!”... “Todos somos adictos. Todos nos estamos desintoxicando y absteniendo de algo”... “todos estamos huyendo despavoridamente de nuestro dealer”... “La vida es una minúscula oportunidad para cambiar maletas y seguir el viaje. No te apendejes. No es una tragedia personal. La tuya se llama drogas. Hay otras. Dinero. Comida. Sexo. Poder. Emociones. Relaciones. La lista es larga, si no tuvieras esa, tendrías otra”... “El mundo no es como nos da la gana, acéptalo de una vez”. Pero nada de eso salía de mi boca.

Me acompañó de regreso a la Comarca. Tomamos la vereda en lugar de la carretera. En el quiosco ya estaba Don Pepe esperando la hora para cerrar. Soli me llevó detrás de un árbol e intentó besarme con su labio lastimado a modo de despedida. Se disculpó por no besarme delante de Don Pepe, “es que todavía no me acostumbro” me explicó y le dije que estaba bien, que enfrente del personal de la Comarca no quería que nos mostráramos, “ya ves que son re chismosos y hacen de lo que ven su propia telenovela, luego le cuentan a la Diana y esa todo les cree”. Pero parece que se apenó todavía más, se rio y luego se puso serio, como desorientado. A veces me costaba trabajo entender a Soli. “Adiós, amor” levanté la mano cuando empezó a alejarse sobre el camino viendo todavía hacia donde yo me encontraba.

IV.

Las cosas con Soli se fueron calentando. Cada día estábamos más cerca el uno del otro. Los caminos eran nuestros, las veredas, los árboles, el agua, la tierra. Ese era nuestro universo.

Uno en el que solo cabíamos él y yo. Él no me conocía fuera de ese paisaje y la verdad era que, a pesar de todo lo que me contaba sobre sus chutes, las resacas y golpes de pecho culposos que luego se daba, yo siempre lo vi sobrio, inteligente, guapo, y conmigo, siempre amoroso.

Decidí llevar las cosas a más. Salir con Soli. Me ilusionaba tener un día entero para los dos. Aprovechar desde la primeras horas del día para estar juntos y no volver sino hasta el atardecer. Abrirme a lo que fuera. Ir a donde él quisiera llevarme, hasta donde él quisiera llegar. Así que le sugerí pasar el domingo juntos, que era su día libre. Por supuesto accedió y quedamos de vernos en Valle a las nueve de la mañana, pues era lo más temprano que podíamos llegar sin problemas. También sería el último domingo que yo podría disfrutar en absoluta ociosidad y sin ningún tipo de preocupaciones antes de salir a Ciudad de México, a donde debía llevar el borrador de la novela para ver si se publicaba. En ese caso, luego volvería para hacer las modificaciones sugeridas, afinar y entregar la versión final en un lapso no más largo de tres meses. Le insistí en el hecho de, por ello, tratarse de un día único que quizá no podríamos repetir en mucho tiempo. “Sí, sí, sí voy. Allá te veo mañana en el quiosco a las nueve” confirmó. “¡Excelente!” le dije sonriendo de oreja a oreja y llena de expectativas. Aún así, no sé si a Soli le quedó claro que después de ese viaje a la Ciudad me volvería a encerrar. Ya no dijo más nada, pero a veces, no ser quien toma las decisiones, no es el papel que nos gusta representar. Me pareció verle hacer una mueca, pero quizá lo ignoré emocionada.

Esa mañana de domingo me sentía nerviosa pero radiante. Un día entero con Soli me ponía de buen humor. Me excitaba la idea de abrazarlo y besarlo por horas. Verlo sonriente y fresco. Infantil y divertido. En fin, me moría de ganas de estar con él. Quería ser la más bonita. Ni hallaba qué ponerme. “¿Cómo iría vestido él?” Y buscaba el perfume entre mis cosas sin acordarme qué buscaba. Estaba cien por ciento segura de que Soli se sentía igual que yo, atraído, excitado.

A veces, andando por los caminos, me decía “Ay, ya no me toques que no voy a poder contener mis instintos, y luego que te quiera ver y no pueda, voy a sufrir”. Normalmente me lo tomaba a broma, pero en alguna ocasión me pareció que iba en serio. Así que la estrategia de ese domingo era no tocarlo para nada. Ya veríamos cuál era su pretexto para acercarnos. “¿Qué haríamos el uno con el otro mirándonos a la distancia como dos imanes que se atraen pero se resisten a encontrarse?” Pensaba mientras me arreglaba.

Eran las nueve en punto de la mañana. Caminé en torno al quiosco de la plaza central de Valle en donde habíamos quedado de vernos pero no se encontraba. Me senté a esperar a un lado. No quise marcarle inmediatamente para no verme desesperada y no presionar. Hacía un poco de frío, temía que me dieran ganas de orinar. Conforme los minutos pasaban y no aparecía, mi emoción se empezaba a tornar en algo más parecido a la angustia. Mi alegría temprana se empezó a opacar mirando de un lado a otro e ignorando las miradas de la gente que también me veía con expectativa pensando si aquella persona a la que esperaba con

ansia iría a llegar. A los quince minutos pasados de las nueve empecé a considerar qué haría si no llegaba, pues Soli era muy puntual.

Veinte minutos después de las nueve. Algo realmente debía pasar. Mi semblante pasó de la angustia a la tristeza, mi energía, de la agitación al desánimo. Caminé nuevamente en torno al quiosco antes de decidirme a marcar. Ahí estaba, tranquilamente sentado al otro lado de la plaza, en una orilla, arrinconado, donde por mera casualidad lo alcancé a ver. Hablaba o fingía que hablaba por teléfono. Me pareció raro que esperara en ese rincón cuando habíamos quedado que junto al quiosco. Me pregunté, mientras seguía su teatro de estar hablando con alguien por teléfono, por qué se había sentado a esperar ahí, y por qué no se había levantado a buscarme entre la gente. Iba como todos los días. Mezclilla, T-shirt y tenis rotos. Nada especial. Su pelo brillante estaba más bien grasoso. Me daba la impresión de que salió corriendo de casa. Y era probable, los domingos debía de acabar hecho polvo. Terminó su monólogo inverosímil al teléfono en el que supuestamente hablaba con su mamá sobre los cachorros. Le pregunté por qué no me había buscado entre la gente. Me aseguró haber llegado a la hora en punto. “Caminé por la plaza pero no te vi” me informó despreocupado. No sé por qué, sentí que mentía en todo. En fin, ahí estábamos, era nuestro gran día, a qué hacerla de jamón. No lo toqué. Ya no sé si por la estrategia o por el sacón de onda. Se percató de que llevaba gloss en los labios. “¿Y eso para qué?” dijo mirándome directamente la boca. No supe qué decir. Estaba por retirarlo con el dorso de la mano y me dijo “No, así déjalo” y lo dejé. Me besó la mejilla suavemente.

- ¿A dónde vamos? -. Me preguntó.
- ¿No quieres desayunar? -. Le dije en voz ya muy baja.

- Sí, vamos, ya tengo mucha hambre.
- ¿Te gustaría comer algo en especial?
- A donde tú quieras vamos.
- ¿Qué te parece el restaurante que está frente a la biblioteca? Nos podemos sentar en la terraza.
- Nunca he ido. Si quieres vamos.

Tomó mi mochila. Me abrazó como a modo de un saludo retrasado y nos echamos a andar sobre las calles adoquinadas. Como haciendo conexión con su lugar de origen en Puebla y por aquello de las noticias que recibió durante “la llamada”, me fue contando de una riña que tuvo con el dealer que les surtía la droga allá. Un día se quedó sin varo. El dealer traía una pacota de billetes de todo lo que ya había vendido. Estaban adentro de un bar, y en eso, Soli le dijo al dealer con un clásico acento poblano barrio bajero “invítame una chela ¿no?, o ¿qué?” y el dealer no quiso. Se hicieron de palabras y terminaron a los golpes. Soli, que ya lo había sometido, se le montó en el piso y arremetió a puñetazos contra su cara. En eso, el hermanito de Soli, dos años menor y mameluco igual que él, viendo la moquetiza que le estaba propinando al dealer, intervino para separarlos, lo cual le costó un cabezazo en la nariz, pues Soli no se había percatado de que era su hermanito el que lo estaba aplacando. “¿Te peleaste con el dealer?, Soli, eso es peligrosísimo. Esos no son de puños, son de pistola. No lo hagas, no te vayan a tronar un día de estos, ya no vayas para allá. Quédate a vivir acá” le suplicaba, cuando añadió a la reseña del zafarrancho: “Yo ya le había dicho que no viniera a vender por acá, pero le valió. Y sí, de hecho acababan de matar a otro que

también nos vendía. Pero yo ya no quería que nos estuviera atascando sus cochinadas”. No le creí nada, excepto que le gorreara la chela al dealer.

Llegamos al restaurante que no estaba lejos de la plaza. Subimos a la terraza según lo planeado. Ya para entonces habíamos conectado y empezábamos a fluir dentro de nuestra burbuja, él y yo, como siempre, amigos, adorables, encantados uno y otra, charlando con naturalidad y la prisa de decírnoslo todo en esos breves lapsos de tiempo robado. Sentía recuperar mi entusiasmo, quería acercarme a él y besarlo. Al fin, trajeron la comida. Soli se quejó de lo escaso de las porciones. Yo pedí café, y por aquello de las complicidades esperaba que también él lo hiciera, pero no quiso. Recordé que no tomaba refresco de cola. Y por la misma razón tampoco tomaba café. Esas minucias me resultaban ligeramente desconcertantes aunque no precisamente molestas. Solo es que pensaba, para alguien que dice meterse tanta droga, qué tanto es una tacita de café. Pero lo más seguro es que yo no entendía nada de drogas o de maneras de alterarse o relajarse. Pedí además una orden de pan francés para compartir que ya me venía saboreando desde en la mañana. “Tampoco como eso, no me gusta” dijo mirando el plato con desdén y cuando le informé que lo había pedido para los dos. Entonces sentí que era demasiado para mi sola. Al fin se comió una rebanada a la fuerza, solo como para probar. Así que tampoco sabía nada sobre aquello de compartir. Cuándo sí, cuándo no. Qué sí, qué no. Sobró pues un par de rebanadas y en general, a mi no me gustan los frijoles que no haya preparado mi mamá. La mesera, que no perdía detalle, hizo una puntal interpretación y en un parpadeo retiró los dos platos, lo que acabó de joder a Soli, pues no le había gustado el sazón, se quedó con hambre y detestaba desperdiciar la comida. “¿Pero por qué no le dijiste que no se llevara tus frijolitos ni el pan?”

me reclamó realmente molesto “Lo siento” dije, “no la alcancé a parar”. Todo lo cual, por supuesto, lamenté sobremanera, pues lo único que deseaba que sucediera en ese momento era disfrutar. Insistió en pagar la cuenta, lo cual no era necesario, pero enojado como lo vi, no quise contradecirlo.

Otra vez en la calle pregunté emocionada “¿Qué vamos a hacer? Tenemos todo el día” Entonces me dijo que pensaba retirarse a la una a más tardar porque tenía que lavar su ropa, pues a esa hora le desocupaban los tendederos los otros trabajadores con los que vivía en la casa de Cerro Gordo. Sí, el niño, el junior, el mirrey, el irresponsable, el que no acababa de desengancharse del chute, se tenía que ir a LAVAR LA ROPA. No quería tomarme esto personal. Evitando mostrar, nuevamente, mi desencanto, traté de ponerme en sus zapatos y recordé la época en la que hacía de burócrata y solo tenía el domingo libre para limpiar el departamento y LAVAR LA ROPA. Recordé las situaciones de terror a las que me tuve que enfrentar entre semana cuando, por alguna inexplicable razón, me iba al cine, me salía a caminar o me metía al café a leer por horas y NO LAVABA LA ROPA. “Ok” dije compasiva y reanimada. “Son las 10:30. ¿Te gustaría bajar al puerto a caminar antes de esa hora? O...” frunció el ceño y preguntó “¿Qué hay ahí?”. Encogí los hombros y contesté “No sé, nunca he ido hasta allá. Por eso te lo propongo”. Aburrido respondió “bueno, vamos”.

Nos echamos a andar otra vez sobre las calles adoquinadas. Algunas tienditas empezaron a abrir sus puertas. Entre ellas una galería donde se encontraba un cuadro chiquito de Toledo,

Francisco, el oaxaqueño. Aquel changuito partido en dos y como montado en un falo cuasi amorfo, me hizo comprender, como de golpe, la condición humana respecto al género, misma que venía masticando del *Testo Yonqui* de Preciado pero no acababa de digerir. Algo en mi cabeza se hizo pedazos. Todo me quedaba claro siempre que no tuviera necesidad de palabras. Soli recorrió a prisa la galería. Se detuvo detrás de mi y observó el Toledo. “¿Vámonos?” dijimos al unísono. Salimos de la galería y ya sobre la banqueta me reclamó sobre el Toledo de casi 100,000 pesos “¿Y eso qué?” No esperaba que Soli entendiera un Toledo, ni que yo misma lo hiciera. Intenté explicarle: “hay que ver muchas obras que no entendemos para que algún día, una de esas nos arroje un sentido. Hay que estudiar...” y en eso me interrumpió “está más chido el grafiti” y continué “Bueno, sí, el grafiti es una expresión distinta, tan válida como la de Toledo, pero yo no los compararía...” iba a continuar cuando vi que tomó aire (“inútil discutir” pensé veloz para mis adentros) y mejor cerré el pico. “Porque yo fui grafitero.” me informó. “¿No te lo había dicho?” lo miré y sinceramente le puse atención. “No, qué interesante. Siempre he sabido que no tienes un pelo de tonto”. Lo cual realmente pensaba, pues hasta para pintar las paredes de la calle se requiere de un talento que yo no tenía ni de cerca. Ello confirmó mi teoría de que Soli se hacía su propia escuela. Avanzábamos entre la gente. Pasamos luego por una tienda de instrumentos musicales donde se encontraba una batería montada y a la que de súbito se metió. Se le quedó mirando como pidiéndole un deseo a Santa Claus. “Yo tenía una banda, y tocaba la batería. ¿Tampoco te conté?” y a cada paso me quedaba más anonadada. “No Soli, tampoco me contaste” (“¡wow!, además de artista visual es músico” pensé) “Éramos los mejores, nos invitaban a todas las fiestas. Al principio tocábamos puros covers, ya luego hicimos nuestras propias rolas. Era cuando tenía el pelo largo”. Ya me preguntaba yo, que qué había hecho Soli en diez años sin ir a la escuela, además de coger

con sus múltiples y agarrar el mono, ah y de la patinada y el año que trabajó en la fábrica de piñatas. Y sin embargo, no recuerdo uno solo de mi generación que no haya patinado, grafitiado, tocado la batería en una banda, metídose un buen chute y desgraciado a una chavala comiéndose la torta antes del recreo sin condón. ¿Será por eso que dicen que todos los hombres son iguales?

“Vamos a bajar por aquí, para pasar primero a la iglesia” y me crucé la calle sin advertirle. “¿A la iglesia? ¿para qué?” caminó a prisa detrás de mí. “¿No conoces al Cristo Negro? Todos los turistas lo vienen a ver. Vente, vamos a conocer”. Seguía caminando ágilmente. “¿Y ese Cristo Negro qué?” y por fin me tomó de la mano. Me encantaban sus palmas pachonas, rasposas y siempre tibiecitas. “Tiene una historia pero no me la sé. Ques que es milagrosísimo, por eso es tan famoso”. Entramos a la iglesia como a otra dimensión, fría, silenciosa y oliendo a incienso, lo que nos hizo aminorar el paso ya estando adentro. Nos sentamos en una banca desde donde lo alcanzábamos a ver perfecto. Me hiqué sobre el reclinador acolchonado con los codos recargados sobre el respaldo de la banca de adelante, posición en la que me sentí descansar mejor. “¿Para qué te hincas?” me preguntó Soli sin bajar la voz, quizá pensando que me iba a poner a rezar. “Así me gusta ¿por qué?” le contesté en el mismo tono. “Nomás, no sabía que le tenías tanto respeto” continuó. “Y ¿por qué no?”. Se hincó igual que yo a mi lado y seguimos viendo al Cristo Negro unos minutos en silencio, hasta que dije “Listo, vámonos”.

Al salir me invitó una quesadilla en el puesto de la esquina de la iglesia. “No gracias, yo ya quedé bien, pero si tú quieres te acompaño y pregúntale la historia del Cristo Negro a la Señora y por qué se supone que es tan milagrosísimo”. Soli pidió una de flor de calabaza con harta salsa verde picante. Luego pidió una de champiñones y mientras se la preparaban, le preguntó a la dueña del puesto si conocía la historia del Cristo Negro y por qué era tan milagrosísimo. La mujer contó que hacía algunos años la iglesia se había quemado y que el Cristo de Madera, en lugar de incinerarse, simple y sencillamente se hizo negro, pero no se incendió como todo lo demás y ese era el milagro que lo hacía tan famoso. Soli se terminó sus quesadillas y bajamos al puerto mientras buscábamos dónde vendieran agua de coco natural.

Por fin llegamos hasta la orilla del lago. Entramos por un tablao junto al que se encontraban unas barcas abandonadas. El día estaba soleado, lleno de nubes de colores que alegraban el cielo. Soli levantó su teléfono por delante de su cara para tomarse una foto conmigo que me asomaba por detrás de su hombro en su pantalla y desde donde alcanzó a ver que me escondí detrás de su espalda. Le dio risa y se tomó la foto él solo con el lago al fondo.

Seguimos caminando por toda la orilla. Al fin encontramos un lugar donde vendían agua de coco, que era más bien crema de coco, que era más bien algo que sabía a coco, pero que ni era el agua natural del coco, ni crema alguna destilada del coco. Yo quería solo un poco, pero no me atreví a sugerir que compartiéramos un vaso, después de todo. Soli pidió dos vasos grandes y los pagó. No sé como lo logré pero me tomé la mitad. Seguimos

caminando hasta que sentí ganas de orinar. Subimos a los baños públicos dentro de una casa que no estaban mal. Soli pagó las entradas. Cuando vio que solo me había tomado la mitad me advirtió que no me iba a permitir que la tirara y que tampoco se la iba a tomar. Así que seguimos caminando por la orilla del lago viendo el puerto, los cafés, las artesanías, las casas, los clubs de barcos. Vi que ya iba a ser la una de la tarde. Le dije a Soli que ya casi era la hora, que si quería irse. Finalmente no quiso despedirse. “Entonces, ¿seguimos?” le pregunté. “Sí, vamos” y lo noté más animado. “Sostenme el vaso un segundo” le pedí. Me saqué el suéter por encima de la cabeza y lo guardé en la mochila, me la puse en los hombros y le recibí el vaso de vuelta. En eso me dijo “con todo respeto, estás bien chichona”. Más que lo que dijo, por el tono en el que lo dijo pensé “¡Hum! ¿en serio?” y me dio una especie de náusea. “¡Oh!... con todo respeto” le dije ofendida y lo volteé a ver con unos ojos que querían agarrarlo a zapes para que lo volviera a decir CON TODO RESPETO. Me enervó a tal grado que en mi menté se desató una retahíla de insultos cuasi involuntarios “Puto chalán, hijo’e su rechingá... cabrón nefasto” me hervían las palabras en la mente mientras él se reía a carcajadas. Me sentí envenenada. El calor me subió a la cara y el estómago me dolía. Dolorosamente viva, me sentí de pronto muy cansada. Por fin encontramos una banquita blanca muy mona afuera de una casa que parecía de tan nueva, deshabitada. Nos sentamos ahí. Coloqué el vaso de “cosa de coco” donde no se fuera a derramar. Se recargó sobre mi esperando que lo tocara, algo, lo que fuera, el hombro, el brazo, la espalda, el dedo meñique. Yo me quedé inmóvil “¡vaya un cinismo! ¡viejo vulgar!”. No sentía ganas de abrazarlo o acariciarlo como normalmente hubiera adorado hacer. Ardiendo todavía por dentro, estaba ofuscada, sin diálogo interno, sin pensar. Él lo sabía perfecto. Se giró hacia mi y empezó a hacerme mimos que, increíble, le funcionaban. Mi cara dura se suavizó, lo volteé a ver con ojos mansos y, mientras me acariciaba la cara,

me dio de besos chiquitos en los labios repitiendo mi nombre en diminutivo, hasta que me hizo reír. La nube negra pasó. Era lo que se dice un hombre encantador: te echa encima un encanto y todo se lo pasas, porque te encanta. “¡Oi, tormento!” pensaba y mis manos corrían hacia él. Me gustaba un montón. Empecé a tomarme el agua-crema de falso coco hasta que por fin me la terminé. Nos besamos. Queríamos tocarnos. Pasaban los coches. Dos universos cohabitando. El correr del tráfico por la calle y el correr de una misma corriente de energía circulando de un cuerpo al otro, encendidos, vibrando. “Déjame ver debajo de tu playera” le dije. “Sí, claro” me contestó “Si tu me dejas ver debajo de la tuya”. No me pareció tan justo, pero pensé “igual se le antoja tomar un cuarto de hotel”... “Ok” Me asomé, pero no vi nada más que su piel morena. No alcanzaba a ver todo, cuanto y como quería. Luego se asomó tres segundos a la mía aspirando las “eses” como albañil. “No veo nada. Déjame tocar” insistí. “Sí, claro. Si tú me dejas tocar a mí”. “Ok”. Metí mis manos bajo su playera. Recorrí su pecho pronunciado con las palmas de las manos y con los dedos le acaricié los pezones. Sentí sus pechos gorditos, supongo, como los de una mujer. Era su turno, pero mi playera era tan ajustada que no le cabían las manos. La gente pasaba y miraba. “Por dentro no vas a poder. Tócame por encima de la playera”. Estaba necio, que no, que por dentro. El jaleo era tan evidente que no soportó la presión social y no le quedó de otra que intentarlo por encima. Se quedó atónito al darse cuenta que no le cabían en las manos. “Pero qué falta de privacidad”. Nos levantamos humedecidos, calientes, viscosos. Todos los motores prendidos, todo listo para despegar, pero nadie se apuntó al viaje, lo cual sentí como una gran pérdida.

Volvimos cuesta a arriba hacia el centro de Valle. Nos detuvimos en los baños dentro de la casa, junto a la iglesia. Ya para entonces eran las tres de la tarde. Nos quedaban dos horas antes de partir para la Comarca y Cerro Gordo. Nos sentamos en una banca junto a la iglesia donde quería seguir el juego. “Aquí no” le dije. “¿Por qué no?” me preguntó. “Porque estamos junto a la iglesia” le expliqué lo obvio. “Y a ti qué, ni eres católica, ni crees en Dios” y se me quedaba mirando retador. “¿Y ya por eso le voy a faltar al respeto a este sagrado recinto?”. “Pero... ¿y a ti qué?” insistía. “A mi nada, pero a mucha gente todo y si a ellos les hace feliz, yo lo respeto”. Se quedó pensando unos segundos “Eso me gusta de ti. Yo sí creo en Dios”. Sacó su teléfono y me tomó un par de fotos. Le pregunté si el cristal era lo mismo que el foco, que cómo era su aspecto y cómo lo consumía. Intentó explicarme haciendo también los ademanes, aunque no me quedó tan claro, ni si se lo fumaba o esnifaba. “...luego lo partes en tres para que no se te acabe tan pronto, deshaces cada porción y te lo vas fumando [o esnifando] poco a poco.” continuaba cuando hundió la cabeza entre sus manos y se lamentó “¡Ay no! no más hablar de él se me antoja” y lo vi seriamente atormentado. Cambié de inmediato el tema. “Oye, y sí te masturbas” esperando hacer contrapeso en su foco de atención. “No, no, yo no”. Por supuesto era lo último que esperaba escuchar, me quedé atónita y le dije honestamente preocupada “no, sí mastúrbate, le hace bien a tu próstata” y pensando “¡Chale! quizá por eso se droga”... e insistí sin poderlo creer, “pero ¿sí tienes sueños húmedos?” pregunté mirándole intensamente “sí, sí, eso sí” hubiera querido que me relatara alguno, pero me distraje y perdí el hilo de la conversación. Luego me mostró un video clip de *anime* en inglés con subtítulos en español. Lo que en verdad veían mis ojos eran meras caricaturas infantiles, que simbólicamente quizá no lo eran, pero me recordaban los canales para niños que veían mis primos cuando tenían cinco años. Al terminar la canción se guardó el teléfono en el pantalón y se recostó

en la banca con la cabeza sobre mi regazo. Se le quedó mirando a un grupo de trabajadores reunidos afuera de una tienda de abarrotes tomando cerveza. Mientras observaba tranquilo e interesado yo acariciaba sus hombros, su espalda, su cintura que quedaba desnuda cuando se movía y se le subía ligeramente la playera, su cara, y también su cabello todo brillante.

Así estuvimos como una hora. Luego nos levantamos y tomamos el colectivo a Avándaro. “Voy a comprar unas tisanas y te alcanzo luego en el Cyber” Nos separamos en el Tecalli. Se fue en dirección al Cyber y yo al Morado. Cuando yo ya iba a alcanzarlo lo encontré a mitad de la plaza con dos chavalitos como de 13 y 15 años haciendo trucos con la patineta. Los chicos lo veían hacer admirados. Corrió sobre la tabla, abordó una bardita y salió de ella saltando tan alto que la tabla alcanzó a girar en el aire dos veces, hasta que cayó sobre ella veloz y equilibrado. Se veía súper guapo aunque un poco pesado, pero me consta que lo hizo con auténtica maestría. “No, y me sé más, pero esa tabla no aguanta, no se las quiero romper” me confesó feliz cuando me vio que lo miraba orgullosa como a punto de aplaudir, idéntico a las señoras durante el festival del 10 de mayo. “Me encontré a Fedro, me va a echar un aventón hasta la Comarca” Le informé, cambiando de tema y ya entrando al Cyber. Nos conectamos y aseguramos que estábamos debidamente amistados en las redes sociales. Que sus mensajes me llegarían y los míos a él. “Yo pago” dijo cuando ya me estaba despidiendo. “Gracias niño” y le planté un beso en la mejilla. Arrugó la cara como los pequeños que se quieren quitar de encima a la mamá empalagosa. “Que todavía no me acostumbro” me parece que dijo. “Ok, ok. Bye, bye” agarré mi mochila y me fui. “Bye” alcancé a escuchar.

V.

Al despedirnos en el Cyber en Avándaro, Soli y yo nos quedamos de ver al día siguiente a las 9:00 de la mañana sobre el camino. Yo iba a prestarle un par de libros y aprovecharía para darle un jabón artesanal que le había comprado en Valle sin que me viera.

Me levanté temprano para poder estar bañada y súper linda a las 9:00 en el camino. Llegué quince minutos antes de la hora. La mañana estaba fresca, el cielo azul y despejado. Todavía no llegaban los trabajadores con las máquinas así que todo permanecía en silencio. Me senté a la orilla sobre unos troncos que habían amontonado ahí. Cuando dieron las 9:00 en punto mi entusiasmo se renovó. No sabía por qué lado del camino lo vería aparecer. Estaba emocionada y ansiosa. Y así, esperando, a la expectativa de verlo llegar, como el día anterior, mi energía se fue apagando. A las 9:30 era claro que no había llegado. Ya no esperaba. Solo no sabía que hacer con mi aferramiento a verlo aparecer de cualquier modo. Tomé las cosas y caminé hacia donde Isidro al “Paso del Cortés”. Toqué la campana. Después de un rato salió un chaval como de 19 años. Le pregunté por Isidro. “Soy yo” aclaró con voz bajita. Le dije que tenía unas cosas para Soli, que si se las podía dejar. “Sí, al rato viene. Luego no tiene qué hacer y ahí se está”, me informó. Le sonreí, me lo imaginaba más grande “De acuerdo, muchas gracias”. Solícito añadió “Yo se las doy, no se apure”. Insistí “gracias, hasta luego”. Ya iba de subida sobre el camino. Detrás escuché el motor sordo de una camionetilla que se acercó a donde Isidro. Seguí sin voltear hasta que escuché la voz de Soli gritar mi nombre. Venía en la parte de atrás. El encargado de los

chalanes venía al volante. Corrió hacia mi y cuando me alcanzó me abrazó y me besó vivo, alegre. “Déjame le aviso que te voy a acompañar” y regresó hasta donde su jefe, cruzó un par de palabras y volvió hasta mi saltando y abrazándome por la espalda. Venía fresco, con el cabello seco y esponjado que seguramente se lavó el día anterior en la noche, para ir más limpio a trabajar que a nuestra cita. Sentí otro mordizco en el corazón, pero mi egomanía ya estaba a tope y no quería enfadarme también por eso. Dijo que se había levantado tarde y que luego se había ido a almorzar con, ahora, su mejor amigo, el encargado de los chalanes y esa era la sencilla razón por la que no había llegado a las nueve. “Te dejé los libros con Isidro” le dije saltando de tema. “¡Súper! ¿y qué más me trajiste?” preguntó todo felizazo. “Un regalo” le dije con la voz todavía apagada. “¿Qué es?” preguntó infantil. “Ya lo verás”. Seguimos caminando. En eso nos rebasó el jefe de Soli con sus chalanes quienes nos miraban y se reían moviendo la cabeza de un lado al otro. Poco antes de llegar hasta la Comarca le dije a Soli “Ya déjame aquí, no quiero que te vea Don Pepe” me orilló y recargó junto a un poste de luz después de quitarme la mochila de los hombros y arrojarla vacía al suelo. Pasó sus manos por mi cintura, pegó sus labios a los míos. Sentí sus palmas a la altura de mis lumbares empujando mi cadera hacia su vientre, donde mi pubis lo sentía del todo erecto. Por fin, sin soltar mi cadera con la mano izquierda, metió su mano derecha por debajo de mi playera y acarició mi pecho a placer mientras me seguía besando y empujando hacia sí. Luego de un rato me miró claro y lúcido para observar cómo reaccionaba. Pero yo no reaccionaba. Me dejaba llevar. Estaba completamente perdida. Me precipitaba en caída libre. Al ver mi cara de borrego a medio morir, seguro pensó “!MÍA!”. Entonces me soltó. “Mañana en la tarde te vengo a buscar a la Comarca, espérame a la entrada”. Y balbuceé “Ok”. Y ya corriendo hacia el otro lado del camino me gritó: “Si no vengo mañana, pasado mañana”. “Ok” volví a decir sin que me escuchara. Alcancé mi

mochila y me la puse en los hombros. Me encaminé hacia la Comarca. Miré un par de veces más hacia atrás y Soli seguía avanzando, también mirando hacia mi, brincando, feliz, eufórico y gritándome “¡Eh! No te pongas roja”. Estaba intoxicada.

Ya entrando a la Comarca pensé “¡Viejo cabrón, se fue a almorzar y me dejó plantada, ¿quién se cree?” Pero ya no había vuelta a atrás. Ese chute de amor, sin saber cuándo ni cómo, se había disparado ya, había alcanzado su punto cumbre y venía de bajada en picada, sin meter las manos, sin resistencia, con toda la voluntad de darme el putazo.

Al atardecer del día siguiente me llevé mi libro y mi termo al quiosco y lo esperé. Nunca antes hubiera hecho una cita sin hora y mucho menos sin día. Pero ahí estaba, deseando verlo aparecer. Don Pepe cerró la puerta y él no llegó, pero había dicho “...o pasado mañana”. Al día siguiente volví. Veía la boca del camino solitaria, llena de hojas que cambiaban de color con la luz del sol que se iba yendo hasta que otra vez se oscureció. Don Pepe no dijo nada, pero cerró media hora más tarde. Me vio volver a mi suit y agachó la cabeza rumbo a la puerta para poner los candados. El Rocky, en actitud de ya lo sabía, el primer día ni se inmutó. La segunda tarde se me arrimaba, se echaba patas pa’ arriba como diciendo “¡Negros, hay muchos!”. Y yo le acariciaba la pancita porque me consolaba.

VI.

El miércoles estuve haciendo maletas. Tenía todo listo. A primera hora de la mañana siguiente entró Margarita a la Comarca para llevarme a la central de autobuses de Valle. Todo marchaba como relojito suizo. Puntual. Preciso. Sin contratiempos. El autobús avanzaba sobre la carretera dejando atrás el lago y luego los árboles y el cielo azul. Mi cuita, mi mal de amores, era una maraña de energía atascada en el pecho que me tenía exhausta. Así me fui hasta la Ciudad, derrumbada en el asiento, sin poder dormir y sin movimiento, facturando kilos de tristeza por sobrepeso. Apenas entrar a la Ciudad reviví. Me sentí alegre de verme lejos de esa pesadilla que venía viviendo desde que llegué a la Comarca y que con cada cosa que hacía se complicaba. Llegué al hotel Bristol que Enrique me reservó en la colonia Cuauhtémoc. En cuanto entré a la habitación me metí a la regadera como para desprenderme de todas mis cargas. Escogí de entre mi ropa colores cálidos que me abrazaran, así, me puse el vestido beige tejido de amplio cuello alto y poco arriba de la mitad de los muslos. Me enfundé la chamarra de cuero café entallada y las botas altas del mismo color, de tacón grueso. Ni siquiera tuve ánimos de amarrarme el cabello, suelto partido en dos me caía a lo largo de la espalda como cascada. Metí a mi bolsa cuadrada de asas cortas de colores todo lo que necesitaba para la cita con Marcelo, un editor con el que Enrique me contactó y que iba a ser quien le diera seguimiento a la publicación de la novela, en caso de que la editorial la tomara. Nos quedamos de ver a las seis de la tarde en un café de la Plaza Río de Janeiro, en la colonia Roma, así que tenía un par de horas antes de nuestra cita. Ya antes había hablado con ese Marcelo por teléfono. Como todos los de la Ciudad, era difícil saber cuándo se iba a callar, pero tenía, a diferencia de otras personas, el dejarme intervenir o cómo sacarme del atolladero si se asomaba un silencio incómodo, por lo cual no estaba nerviosa. Sin embargo, tampoco venía en el plan de charlar, sino más bien, de dejarme arrullar por su parloteo. Para mí hubiera sido suficiente con enviarle el borrador

por correo electrónico, dejárselo con su secretaria en la oficina o tomar un café y vámonos. “¿Para qué la cena?” pensaba sintiéndome apática y sin apetito, la posibilidad de tomar una copa acompañada era lo único que me atraía de esa cita. Cuando estuve lista para salir me dirigí al Cucurucho y me tomé un capuchino sentada en una banca mirando el atardecer. Luego salí a un costado de la embajada norteamericana hacia Paseo de la Reforma. Crucé la zona rosa mirando sin mucho detenimiento los aparadores de las Sex Shops. Finalmente, atravesé la rotonda de Insurgentes para ir hacia la plaza. Faltaba media hora. Sentí una especie de aversión a la espera. Así que antes me acerqué a la tienda de los dulces regionales que queda enfrente del café y entre otros, me compré mis favoritos, los merengues. Caminé por la plaza a la que perros y niños le daban vida. Al fondo había un piano viejo. En eso se acercó un indigente y empezó tocar. No lo hacía nada mal. La gente se agrupó a su alrededor y le aplaudían cada que terminaba una pieza. Los músicos callejeros juegan, quizá, el papel más importante en la Ciudad para que la gente no acabe de enloquecer. Y en ese momento, ese individuo, estaba cuidando mi salud mental.

No me acerqué al café hasta ser la hora en punto. Marcelo ya estaba esperando. Me reconoció en seguida. Se levantó de su silla y me ofreció un lugar en la mesa después de darme un beso en la mejilla. Olía rico. “¿Vienes de tu casa?” le pregunté. “No, he pasado todo el día en la oficina”. Y eso era algo que yo no entendía de algunos hombres “¿cómo le hacen para aparentar, todo el día, que se acaban de salir de bañar?” Y Marcelo era uno de esos: pulcro, jovial, relajado, sonrisa de niño de tercero de primaria, vestido y oliendo exquisito. “¿Qué tipo de mujer u hombre se casa con uno de esos?” me intrigaba. Charlamos un poco de todo y nada. Parecía más interesado en mi proceso de escribir que en

el producto. Quería que yo hablara. Quería que rompiera el silencio y al hacerlo sentía que la intimidad que se logra en ello, se volvía insignificante cuando se le toca con las palabras, así que en lugar de hablar de mi, refería lo que dice este, lo que dice aquella de la escritura. Pero como no daba en lo que él buscaba por respuesta, insistió en quedarse callado esperando, esperando a que yo llegara hasta donde él quería que lo hiciera. Además, no me quitaba sus lindos ojos aceitunados de encima. Yo estaba tranquila. “Prometí el borrador, pero no cómo llegué a él, ¿lo tomas o lo dejas?” repetía aburrida en mi cabeza. No venía con ánimos de aparentar nada, ni de convencer como me insistió Enrique que lo hiciera, así que también me callé y lo miré sin resistencia. Por fin lo aceptó. Me miró las manos reseca sin manicure, las uñas cortitas limadas sin esmero, prietas ya de tan requemadas. Alcanzó la derecha y la examinó como a un objeto extraño. No diría que me acarició, solo que le ganó la curiosidad y no pudo evitar abrazarla en su palma fresca y perfumada, quizá más femenina que la mía. Dándose por vencido preguntó por tercera ocasión: “¿Quieres otra cerveza?” Le volví a decir que sí y ya completamente relajados empezamos a reir, luego a filosofar y antes de entrar a la etapa de llorar o vomitar, le marqué a taximex para que me viniera a rescatar. Agradecí que Marcelo no se pusiera pedante, que fuera su nadie emborrachándose con mi nadie ociosa y triste, recién salida de la montaña, de la entraña de la tierra, de la profundidad del agua, en una de esas últimas tardes de otoño, en la Roma, en Ciudad de México mientras mi dolor se aliviaba por sí solo.

VII.

Al día siguiente no tenía nada que hacer, ni al siguiente, ni al siguiente. Me levanté tarde. Deambulé por la Delegación Cuauhtémoc como alma en pena. Encontré un lugar donde tomar un tarro grande de cerveza antes de almorzar y para el medio día ya estaba entonada otra vez. Me sentí libre y feliz, anduve de librerías, caminando por aquí y por allá. Cerca de las seis de la tarde volví a mi cuarto en el Bristol como hacía en la Comarca, me encerraba a escribir, tomar, leer, fumar. El recuerdo de Soli me esperaba toda la noche hasta el amanecer, apenas abrir los ojos, me empezaba a atormentar, no me dejaba salir de la cama, pero tampoco dormir otra vez. “Si pudiera no volver a la Comarca” me repetía a modo de una defensa mental.

VIII.

El lunes sonó el despertador cuando ya estaba el sol en pleno. Vi la hora y salté de la cama. Tenía programado el almuerzo con Marcelo a las 10:00 de la mañana en el 222 para que me diera respuesta y en dado caso me diera las observaciones al texto. “Ese hombre y sus banquetes”. Llegué veinte minutos tarde, ojerosa, inflamada, desaliñada. La mañana estaba fresca. Marcelo, como de costumbre, trajeado y bañado en loción miraba para todos lados con impaciencia. “Gracias por la espera” le dije tímidamente sin atreverme a saludarle de beso. Me miró moviendo la cabeza de lado a lado y tronándole los dedos al mesero. “Oh, café americano y pan francés... oh, no, no, no, no, nó. El café nada más” dije cuando este se acercó. Tomó nota y Marcelo preguntó “¿no vas a comer?”. Con las manos en las bolsas de la chamarra le repliqué “No, no. Ve al grano”. Exhaló un suspiró hondo y continuó

“Bueno, está muy bien. Lo primero que debo decir es que se publica” lo miré sin cambiar la expresión para que continuara porque siempre hay un “pero”. “Pero... linda, es una novela, me hace falta acción”. Asentí con la cabeza. “Más acción menos poesía” recalcó. Mi vista se intensificó. Interpretando mi silencio dijo “ya sabes que no vende”. Seguía muda mirándole “¿algún problema con eso?” insistió. Me limité a decirle en seco: “No”. Con la voz firme como de locutor siguió “Ese personaje, ‘Soli’ [se me cortó la respiración] tiene potencial, pero todavía está muy teto. Complicálo”. Apreté los labios. Abrí mi libreta de notas y empecé a apuntar. “Y defínete, [arrugué el entrecejo] te estás comiendo la “S” ¿es Oli o Soli?” me removí en el asiento y le aclaré “Oli... digo, Soli, Soli... no Oli” su teléfono timbró, nervioso lo puso en silencio, se acomodó la corbata, carraspeó y con los puños cerrados sobre la mesa como queriendo empujar la silla hacia atrás dijo “Y ya cógetelo”... me desparramé en el asiento simultáneamente pensando “como si de mi dependiera” y me mordí el labio inferior. El mesero puso el café en la mesa y desapareció. Me reincorporé, sorbí con cuidado de la taza caliente y seguí apuntando “¿qué más?” dije. “Al personaje” dijo mirándome a los ojos como si no le entendiera y le sonreí pensando también “por eso pues, si ya decía yo, que de mi depende ese personaje”. Otra vez le tronó los dedos al mesero y pidió la cuenta garabateando en el aire. “Hay errores de coherencia entre las partes, ya están señaladas en el texto, ya las verás con clama. Cualquier duda comunícate inmediatamente conmigo”. Sacó unos billetes y los dejó sobre la nota que en el instante retiró el mesero. “La presentación está programada para el primero de marzo pase lo que pase, en cuanto me confirmen la sede me comunico contigo y en cuanto quede la versión final decidimos quién la va a presentar”. Me entregó el impreso y la versión electrónica con todas las marcas que se le habían hecho al texto y que no eran pocas, por cierto. Cerró su maletín de cuero color champagne que parecía bolsa de mujer, se lo

atravesó en el torso y se levantó del asiento echándose hacia atrás. “De acuerdo” le dije cuando ya estaba parado a mi costado. Me tomó la cara con las dos manos perfumadas y se acercó a mi viéndome directamente a los ojos lagañosos “es lo mejor que nos ha llegado en los últimos meses, no me quedes mal” me retronó un beso en la mejilla “y ya te puedes ir a bañar” remató y soltamos la carcajada mientras se alejaba a toda velocidad. Hice lo mismo. Entregué la habitación en el Bristol después de una ducha rapidita. Me monté en la línea rosa del metro y me fui hasta Observatorio. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba de regreso en Avándaro y antes de internarme de nueva cuenta en la Comarca me metí a la 14 a comer y revisar mis mensajes en Internet, empezaba a oscurecer.

IX.

Siempre que me despedía de Soli me quedaba la duda de si lo volvería a ver, pero, como el aferramiento es más grande que el destino, antes de salir a la Ciudad le dejé un mensaje en el inbox del face. A mi regreso vi que me contestó. No se había podido acercarse a la Comarca antes de mi partida porque había tenido problemas que no refirió y patinando se lastimó un pie. Todavía ilusionada, aunque ya con un montón de trabajo, le dije que por qué no se pasaba el domingo por la Comarca. Si hacía buen clima, podríamos hacer un pic nic y meternos a nadar. Me respondió de inmediato, que le iba a preguntar a Isidro dónde lo podíamos hacer, no quería usar la alberca de la Comarca, pero que venía por mí a las diez de la mañana.

Y ahí estaba yo con todas la viandas, bajo un sol radiante, rodeada de árboles, viento, algarabía y harto turismo. Llevaba puesto el bikini bajo la ropa, esperando a Soli. A la 1.30 me puse a liar un pitillo. Pedí una cerveza artesanal junto a la alberca de la Comarca. Me empiné la botella como si fuera agua y de golpe me relajó. Lo acepté “Se acabó”. No sabía cuál era su problema haciendo citas a las que no llegaba, pero era claro que yo ya estaba harta de quedarme como idiota esperando su fantasma. Después de otras dos botellas tomé el teléfono y le marqué. Inmediatamente contestó. “Hola Soli, soy yo. ¿Qué haces? ¿no vienes?” Soli estaba tan fresco como que no pasaba nada. Había ido a que le sobaran el pie lastimado y se le había hecho tarde. Toda la semana pasada había estado nublado y hasta lloviendo. Me lo imaginé trabajando en el camino con la pala, lastimado, con el viento, bajo la lluvia y el frío. Sentí compasión. Andaba jodido. ¡Ay Soli, ¿y así fuiste a trabajar estos días?” me lamenté. “Sí, tengo qué” escuché su voz de niño al otro lado de la línea. Seguimos charlando unos minutos. La pila del aparato se estaba acabando y entonces me dijo otra vez antes de colgar “Entonces mañana, sino el martes, me paso por la Comarca”. Feliz y borracha acepté.

X.

A la mañana siguiente desperté cansada. Un pensamiento me drenaba la energía “Soli no va a venir”. Ya estaba como vampiro con el sol en la cara cuando por fin me incorporé. “Ya no voy a insistir” me dije. De nuevo tomé el teléfono y redacté: “No vengas Soli. No te voy a esperar hoy ni mañana. Está bien”. Me desplazé por la habitación con un grillete en cada

pie. Pero tenía de vuelta mi tiempo. Solo para mi. Para decidir qué carajo hacer. Todo mi tiempo para pensar en él.

Los próximos días trabajé soportando estoicamente la ausencia de Soli. Adentro en mi habitación todo estaba en orden. No me faltaba nada. Borraba, recomponía, inventaba, recordaba, desarrollaba, releía en voz baja, en voz alta. Seguía así hasta que el sueño me tumbaba. El dolor a causa de Soli se asomaba, pero a fuerza de ignorarlo, poner mi mente en otra cosa, en otras personas, en otras épocas, en otras memorias dolorosas se fue esfumando.

Empezaron las vacaciones de fin de año, la Comarca se alegraba. Hordas de turistas llegaban. Los otros residentes de la Comarca se unieron para organizar una cena de navidad y me hicieron llegar la invitación y la cuota que me tocaba. Accedí, necesitaba rehacer el paisaje y la medida parecía que funcionaba.

El día 26 de diciembre, el pensamiento de Soli volvió sin dolor a mi mente, pero con la emergente necesidad de ver si me había mandado algo por inbox después del último mensaje que le hice llegar por teléfono. Salí de la Comarca para conectarme a Internet. Ahí estaba, después de todos esos días, sucintas cuatro líneas, el mensaje de Soli, para saludar, expresar que no había entendido nada y decir adiós. Tenía dos opciones. No contestar o explicarle punto por punto por qué ya no lo quise esperar, pues para destilar esas cuatro líneas de su compuesto cuerpo-mente debió de atravesar áridas llanuras desde lo más

recóndito de su ser y hasta el Cybercafé, derrumbar murallas de apatía y añoranza; retirar los velos del orgullo y la arrogancia; aminorar la furia; despejar cortinas de humo en el ocaso de la tristeza; lidiar con su baja estima y el resto de sus demonios. En consideración a ese vehemente y muy desesperado movimiento de su alma poblana, decidí escribirle de vuelta y explicarle punto por punto la razón de mi decisión. “Ya sabes que te quiero un montón” cerré, lo que sea que eso significara. Siempre supe que Soli se iba a ir, pero necia, todavía me resistía en esa última confesión, cuando era obvio que ya no había nada que hacer. Al día siguiente volví para ver si me contestó y lo hizo cerrando a su vez con su ambiguo “Spero vert pronto”. Le pregunté si todavía estaba en el camino por aquello de “vert pronto”. Al día siguiente otra vez me respondió que sí, que deseaba, previo al fin de año, darme mi “habraso” y le contesté que yo también lo quería “abrasar” y como estaba conectado, inmediatamente me respondió que al día siguiente, 30 de diciembre, estaría sobre el camino con los albañiles. “Mañana salgo como a las diez. Ahí nos vemos” le mandé. “Andaré en chinga, todo mugroso” pero ese mensaje lo vi después.

Esta vez era diferente, ya teníamos una hora, un día y no se podría escapar de mi, tenía que ir a trabajar. Todas las luces volvieron a mi cuerpo. Los hilos luminosos de mi alma se encendieron. Al día siguiente a primera hora me bañé, me perfumé. Elegí mi atuendo con minucia. Volvería a ver a Soli, entre los árboles, las veredas, con sus ropas mugrosas, confundido entre los chalanes, lo cual me ponía de nervios, pues quería verlo pero no pasar entre los otros.

XI.

10:30am. Salí de la Comarca. Subí por el camino y diez minutos después, alcancé a ver las filas de chalanos sobre ambas orillas del camino, enérgicos, concentrados, sudando y removiendo la tierra con las palas. Me bajé la visera para que no me vieran a los ojos. Cuando se dieron cuenta de que me acercaba empezaron a voltear y deliberadamente, flexionando una rodilla en la posición de descanso y con una mano en la cintura y la otra recargada en la pala, voltearon para verme pasar. Al final de una de las hileras distinguí a Soli. Llevaba una sudadera negra deportiva con la capucha sobre la cabeza. Por fin me vio y se destacó de la fila acercándose al centro del camino. Levanté la mano y lo saludé. Algo cuchicheó a un señor gordo que llevaba un sombrero de paja, el encargado en turno. Acercando su cuerpo al mío como solía hacer, salimos del camino adentrándonos en una vereda nueva, es decir, sobre la que yo caminaría por primera y última vez. En mi interior deseaba acogerlo eufóricamente pero esperé a leer en qué tono me trataba. Estábamos nerviosos los dos. Tres veces me preguntaba “¿cómo estás? ¿qué has hecho?” y tres veces le respondía “bien, nada, escribir” La mañana era fría, pero el sol nos abrazaba cálido. Ya a solas le pregunté si le habían autorizado retirarse de lo que estaba haciendo. Me dijo que era la hora de almorzar y que todos habían subido a comer a Cerro Gordo, solo a él le iban a traer la comida, pues no hay que olvidar que era el hijo del ingeniero encargado de la obra, así que si no le daba la gana subir, le tenían que traer y como decía él “Pero no me pueden correr”. Intentó darme un beso en la mejilla sin calcular y se lastimó el ojo con la visera de mi gorra. Me la quitó. El sol me calaba fuerte y me la volvía a poner. Me la quitó y me la puse, en realidad, sin saber qué hacer. Por fin me enfoqué. Lo vi a los ojos. Vi la totalidad

de su cara debajo de la capucha de la sudadera, se veía redondita, hermoso Soli. Extasiada y enternecida, con manos frías la acaricié a placer. Desconcertado de mi reacción me miraba, luego me retiró la gorra, “tu carita” dijo. Se fue derritiendo también. “¿Qué hacemos?” dije por fin prensando la tela de su ropa y sintiendo que nuestra energía se reconocía, se conectaba y atraía. A punto de abrazarlo pero sin ir hacia él me dijo “¿Qué quieres que haga?”. El deseo entero habló por mí: “Quiero que me abrases” respondí apasionada. “Y ¿qué más?” sus gestos se iban haciendo ridículamente cursis, caminando delante de mi como si fuéramos entrando a escena, en esa obra musical que parecíamos representar, mi yo racional quería empezar a criticar. Pensé para mis adentros “¿cuántas veces expresaré, alguien, por mi, ese gesto?” y me dejé llevar, dejé que las cosas se hicieran como se estaban haciendo sin alterar. Seguro mi cara se fue haciendo ridículamente cursi también y le puse dos más de azúcar. “Quiero que me beses” y el tiempo se empezó a craquelar, los 40 minutos del almuerzo se retrajeron a la eternidad, y continuó con ese gesto de novio de secundaria, serio, tierno y enarcando las cejas como a punto de sonreír “y ¿qué más?” con el que suplicaba y me conducía a ese terreno de quererlo todo sin poderlo nombrar. “¿Qué vamos a hacer? ¿en dónde nos podemos sentar?” dije sin romper el flujo y al final de la vereda apareció un campo abierto de ensueño rodeado de montañas cerradas de árboles a cuyos costados se abrían unos y otros caminos y veredas y con ello se abrió el cielo también. “Vente, vamos a caminar para acá” atravesamos el campo abierto, frío, lleno de sol y el cielo completamente despejado y azul y yo no sabía si ver a Soli o voltear para arriba en derredor. Entramos en ese otro universo, ahora nuestro, en esa verdura reina con la que la vida nos abrazaba como a dos amigos que hace mucho no ve. “¿y también te vas a quedar aquí el fin de año?” me preguntó. “Sí, todavía no me puedo ir”. “¿Tu solita?”. “Sí”. Y con profundo pesar se lamentó “¿pero por qué? ¿por qué tienes que estar tan solita?” Y

esa era una de las cosas que me enamoraban de Soli, quien, estoy segura, me hubiera llevado con él o se hubiera quedado conmigo si las circunstancias lo hubieran permitido. Al fondo del campo abierto nos internamos por una vereda que se fue cerrando de a poco. “Aquí nos vamos a sentar” pronunció con toda la magia del hombre encantador, como si él dijera una cosa y su alma lo tradujera. Entre los árboles y las ramas caídas se abría una alfombra de hojas secas. Por encima de la montaña que nos cercaba se asomaban con fuerza los rayos del sol. Frente a frente me indujo a que me sentara. Por fin, me quité la maldita gorra y el sol me golpeó del todo en la cara. Soli se puso en cuclillas frente a mi. “Me encantaría hacerlo ¿lo quieres hacer?” me preguntó. “Sí”. Y continuó “¿cuántas oportunidades tuve contigo y todas las perdí?” Me besó en la boca reclinándome hacia atrás y se recostó encima de mi. Miramos alrededor para asegurarnos de que no había nadie por ahí. Tardamos en decidirnos. Yo me tenía que quitar todo para que él entrara como misionero. Buscaba una forma menos complicada para mi, para que si alguien venía, rápido me pudiera vestir. Pero Soli no quería hacerlo parado, de lado, de perrito o algo más práctico, lo cual a mi tampoco me encantaba, estábamos ávidos de mirarnos a los ojos, unir nuestras bocas, nuestra mente, abrazarnos pecho a pecho, con hombros, con brazos, enredarnos con las piernas. Finalmente accedí. “Discúlpame que no te pueda llevar a otro lado” pidió honesto y apenado. Me quité la ropa de la cintura para abajo y en lo que él se bajó el pantalón y vino luego hacia mi ya desnuda y de piernas abiertas, el sol como una sábana cálida nos arropó. En eso, Soli me cubrió con el peso y grueso de su cuerpo. Era más ancho de lo que hubiera esperado. Me dejaba apenas margen de movimiento. “Espera, espera” le pedí. Me quité el suéter y me lo puse debajo de la cabeza. Le pedí su sudadera y la puse debajo de mi cadera. “No te vayas a venir dentro de mí” ultimé. Su cadera abarcaba hasta la mitad de mis muslos, lo que me obligaba a abrirme con empeño y buscar su cintura

con la parte interna de mis muslos. Soli llevaba puesta una prenda térmica color hueso muy linda y de buena calidad que no creo que su sueldo de chalán le hubiera comprado. Su cabeza estaba ahora desnuda. Su mano izquierda estaba como atrapada bajo mi espalda y su mano derecha libre entró bajo mi blusa. La levantó y liberó mi pecho del corpiño. “Está frío” me dijo, presionó el pezón suavemente y metió a su boca tibia la aureola rosada. Entró. Mientras empujaba mi vientre lo acogía, vibraba y su miembro se escapaba. “Súbete más” lo insté. Subió más. Sin perder el tiempo, tomé su pene con mi mano gélida y curiosa. Lo calé, lo medi, lo probé y antes de que Soli protestara lo coloqué a la puerta del castillo otra vez. No era lo más largo que hubiera visto en mi vida pero estaba bien, grueso, duro, caliente y húmedo, qué más le podía pedir. Por fin, entró golpeando hasta el fondo. Lo miré a la cara mientras lo hacía. Fruncía el ceño con gravedad y yo pensaba, sin poderlo creer, que todo en él era perfecto, incluso ese gesto extraño de seriedad a mitad del divertimento. Mi cadera se movía ya a un ritmo armónico logrado entre los dos y estaba a punto de arrancarme a todo galope y en eso dijo “¡espera!”. Lo miré para ver qué pasaba “que sí siento rico” dijo, yo esperaba, impaciente, mientras se contenía. Insistió mirándome a los ojos intensamente “pero sí quiero venirme dentro de ti” dijo, otra vez, en tono de súplica, con esa expresión noble que siempre nos hizo cómplices y que yo tanto quería. No lo dejaba de ver a los ojos mientras hacía una matemática rápida. “Ok” dije, en ese tono de absoluta entrega que le expresaba, siempre, antes de que todo entre nosotros se descompusiera. “Mientras tú bésame” y cabalgamos juntos mientras lo besé, acaricié, apreté, aferré, adoré, agradecí, y me fundí con él cuanto pude, yéndose de mi otra vez y yo corriendo tras él. Entraba y salía hasta que sin subida y bajada; sin introducción, clímax y desenlace se vino y solo me enteré porque ya no se movió. Se puso pesado, se soltó, pero no hubo respiraciones fuertes, pujidos, gemidos, gritos o quejas, nada teatral, nada

espectacular, no hubo luces estrellándose en el cielo. Mera agua mansa sin olas, mero reposar, distender, descansar. Relajó el ceño en la frente pero su cara permanecía seria, serena y como triste, en cambio, mi cuerpo, “¿Qué tienes?” me preguntó, “no sé, estoy temblando”. Me abrazó unos segundo con todo su cuerpo. En eso oímos el crujir de hojas secas aproximarse. “En chinga, en chinga, en chinga” repetía Solí todo nervioso. Nos levantamos y nos pusimos la ropa. En medio de la confusión, me gritaba “dame papel, dame papel” pues como no sabía si iba a llorar, esta vez sí iba preparada. Por las prisas, su camiseta térmica se manchó de semen que limpiaba con ahínco y un asco que casi se vomitaba, entre más se tallaba, más altas le venían las arcadas del estómago a la garganta, hasta el punto en que sus ojos se pusieron rojos y llorosos. En eso nos percatamos de la fuente del crujido de las hojas. Un hombre, calculo 70 años, que no vimos de dónde salió, venía hacia nosotros con un bastón de madera elevándolo con la mano derecha como si nos fuera a apalear. Gritó que estábamos en campo santo, con lo que creo que quiso referir el que ahí se depositaban cenizas de muertos, y según me enteré ya después, por lo que creo que no pudimos elegir un mejor lugar para dejar el cadáver de nuestros encuentros.

Me asusté tanto que mientras me vestía, gritaba aguda y abiertamente. Soli, que ya también estaba listo, me agarró de la mano y empezamos a correr. Agitados todavía por la adrenalina nos tiramos al pasto ya en el campo abierto riéndonos a carcajadas. Lo que nos daba más risa era que Soli no acababa de sacarse las pajitas secas atrapadas en su calzón. Ya recompuestos se sentó junto a mi. Me levanté a ver qué. Se mudó adelante entre mis piernas. “Dame masaje, ¿puedo? Tengo mucho sueño”. Yo seguía divertida y tranquila. “Sí, vente para acá” y empecé a acariciar su bendita espalda, llevando mis manos por debajo

también de sus muslos y luego por la parte frontal. El estado ideal de mis manos. “Ya lo necesitaba” confesó en un acceso de absoluta sinceridad y me dijo que tenía por lo menos un año que no lo hacía. Me quedé con la boca abierta y al notar mi muy mal disimulado estupor se justificó: “es que no he encontrado a la chica ideal”. Si él me acababa de dar un auténtico *quickie*, yo le acababa de dar un auténtico *mercy fuck*. Que por mí desde cuando que se lo hubiera dado, y no uno, sino toda una vida. Me regocijé de mi buena acción. “En cuanto llegues a la Comarca te metes a bañar. Yo me quisiera bañar pero me voy a tener que esperar hasta que termine, pero qué rico, tú si puedes”. “Si Soli” le dije sin pensar en obedecer. “¿No te arrepientes?” me preguntó volteando a verme a los ojos. “No Soli. No me arrepiento” le respondí con firmeza “¿por qué?” Le pregunté notando en él un cierto grado de culpabilidad por lo que lo cuestioné “sientes culpa, ¿por qué? ¿te dijeron que era malo?”. Reflexionó y preguntó “¿no lo es?” y sintiendo que me lo preguntaba en serio le contesté “si lo haces solo para satisfacerte a ti mismo lo es. Pero si lo haces para satisfacerte a ti mismo y satisfacer a la persona con quien estas, no lo es”. Así, seguimos hablando naderías arrullados por el cálido manto del sol mientras lo acariciaba. Luego se escuchó que llegó el camión con la mezcla. Soli salió de su letargo y me dijo “Ya llegó la mezcla, tenemos que estar ahí... vente por acá” y me sacó del campo abierto por una vereda ya lejos de donde se encontraba el resto de los chalanos y de hecho, más cerca de la Comarca. A unos pasos de salir nuevamente a la carretera me abrazó con toda su fuerza y yo diría que amor. “Neta, nunca te voy a olvidar” y fue lo último que le escuché decir viendo en sus ojos el auténtico final. Caminé hacia la Comarca. Él se perdió entre los otros y volvió a trabajar.

XII.

En la tarde me descubrí una sonrisa bobalicona y pensando me pregunté “Hum, ¿te ríes? ¿por qué?... esta felicidad es de chocolate” me advertí con esa mi habilidad de apretarme el cuello. Y, durante los días siguientes, esa felicidad se puso café, púrpura, granate, súper renegrada y pestilente. Llegué a pensar que a causa de la gangrena me tendrían que amputar el alma. El bosque, el pueblo, los ranchos aledaños, todas las personas con las que Soli había trabado amistad y hasta al Rocky los hallaba habitados por su ausencia, como si al llegar hubiera prendido las luces del camino, y al irse las hubiera vuelto a apagar, ese volcán dormido que siempre estuvo del todo vivo. Sentía que hasta el sol me había traicionado. Los atardeceres eran mortales, como si al irse la luz, él se estuviera yendo también, una y otra vez. Y todo ello lo sentía como una aparición, como una presencia, como una bola de energía que se me paseaba entre el ombligo y el corazón, generalmente detonada por la memoria, pero a veces sencillamente sin ninguna razón. Y esa bola de energía ardía, pesaba, se expandía en toda la habitación. Fumaba para ahuyentarla. Se me atoraba en la garganta y entonces bebía como para acabar de tragarla. No me atrevía a salir. Recorrer los caminos secretos, las arterias del bosque que fueron tan nuestras sin él, no, no era opción. Después de días de encierro el tormento creció. Salí a Avándaro para escapar del acecho de su ausencia, surtir algo más fuerte que el vino y tabaco, y allá me estaba esperando su recuerdo, en el Cybercafé, en la plaza donde lo había visto patinar, en el restaurante de mariscos donde comimos la primera vez, en la tienda donde estuvo jugando con el perro de una anciana. Era mi sombra su fantasma. Le seguí mandando mensajes al inbox de su face, a su celular, mismos que no respondía. Le marcaba y cuando contestaba algo pasaba que se cortaba, la pila, el saldo, el ruido, todo me lo quitaba. Igual que hacía

con sus papás, a mí con su ausencia me castigaba, y yo lo odiaba por eso. Y me odiaba a mí misma porque me dejaba.

XIII.

Pasaban las semanas. La escritura se nutría del dolor y así crecía monstruosamente. Todos mis tormentos se licuaban y volvían tiempo, puntos de vista, metáforas, personajes, descripciones, espacio, voces. Cada día que pasaba me perdía más hondamente en aquellos universos alternos, en los que Soli, finalmente, se iba hundiendo en el tiempo.

XIV.

Por fin terminé. Llamé a Marcelo para darle la noticia. Impaciente me pidió que le hiciera llegar el archivo ya mismo y a reserva de lo que habláramos después. Era el momento de encarar el camino. Salí de la Comarca para conectarme a Internet. Encontré el viento, el sol, las hojas de los árboles, el agua del río, la tierra, todo vacío, ya despojados de nuestra historia. Si Soli lo había desdeñado, yo lo quería para mí, con su frío que ya se haría primavera, con sus chalanes sin nombre, sin rostro, que no terminaban. Soli, como personaje de la novela, con “S” o sin “S”, estaba evolucionado, se había emancipado de su referente humano y se había vuelto tan otro que estaba muy lejos del que había sido conmigo. El sueño petrificado de Soli se descompuso cuando, por fin, pude verlo despierta,

se hizo como una voluta de humo que se extinguiera. Así, gentil lector, se deshizo el hechizo de ese hombre encantador y las nubes negras que tapaban el sol se esfumaron como esa ensoñación que tuve sobre él.

Casi llegaba al fondo del camino sobre la curva cuando en la carretera, una antigua y conocida mirada me asaltó. Levanté la vista del pavimento y en un coche blanco, aminorando el vuelo, al volante, asomaba Manuel, sonriendo y con sus ojos bien abiertos posados en mí. Al verlo le sonreí agitando la mano para decirle adiós, hizo lo mismo. Lo Juro, le hizo dichoso verme. Avancé muerta de risa. “Me estabas esperando. Siempre tienes algo para mí”. Me dirigí mentalmente al camino. No era mío, pero era mi verdadero amante. Seguí caminando mientras me daba cuenta de que la burbuja del tiempo presente por fin se tronó.

Esa tarde, de regreso a la Comarca me sentí sin más ganas de fumar o beber, como si al enviarle la novela a Marcelo se hubiera llevado todos mis vicios, pero me sentía como con una resaca fuera de tiempo, tenía náuseas y básicamente me la pasé vomitando y dormitando.

Al día siguiente en la madrugada entró a mi teléfono la llamada de Marcelo. Acababa de leer la novela. Estaba perfecta. Me informó que ya me había puesto en mi correo electrónico las modificaciones que el equipo editorial estaría haciendo en la próximas horas y necesitaba que yo las revisara para darme por enterada. Las máquinas para la impresión

estaban listas y la primer fecha para presentarla seguía en pie para dentro de quince días, por eso me pedía que trabajara ya mismo.

Me levanté completamente modorra. Salí de la Comarca apenas con los primeros rayos del sol. Me adentré en el camino. Una troca nos levantó a una pareja de campesinos y a mí y nos dejó en Avándaro. Muerta de frío me puse a trabajar afuera del Puntico donde siempre había señal. A las 10.30 abrieron la cafetería. Me metí a almorzar pese a las náuseas que reaparecían solo de imaginar los huevos hundidos en la grasa que leía en el menú. Pedí un corte de arrachera a la plancha.

Por fin le envié el visto bueno a Marcelo. Volví con calma a la Comarca andando por todo lo largo del camino. En mi mente solo había el deseo de un largo baño caliente de tina y caminando me entretenía pensando cómo prepararlo.

Entrando a la Comarca seguí mis planes tal cual y al cabo de mi baño de tina caliente y aletargado, como si no me hubiera bañado en siglos, volví a la suit. Don Pepe me estaba esperando en la puerta con el Rocky. “¿Y ahora qué?” pensé extrañada, mirándolos ahí parados y con expresión solemne. “Buenas tardes, don Pepe”. Se giró hacia mí, carraspeó brevemente y anunció “Le manda la Señora Diana. Su correspondencia”. Y me alargó un bonche de sobres chicos y grandes que habían llegado desde hacía tres, quince días y tres meses, pero la Señora Diana no había tenido oportunidad de hacérmelos llegar sino hasta ese momento.

Alcancé a ver el logo del banco y el sello de la universidad. Mi corazón empezó a cabalgar a prisa. Volteé a ver al Rocky quien, perdiendo la mirada en el horizonte, reposaba sentado y alerta como si fuera él quien esperaba las noticias. “Cualquier cosa que se le ofrezca me avisa” añadió don Pepe como si también ya supiera. “Sí, gracias” le dije y se retiraron a prisa.

Inmediatamente entré a la habitación y abrí el sobre de la universidad. Me serví un vaso de whisky y antes de empezar a leer me lo empiné. Dirigido al grupo de investigadores y coordinación del proyecto “Mística de la Literatura erótica”. Por ese medio se extendía una disculpa por la entretención de la presentación del trabajo de investigación ya publicado hacía una año y se liberaba la demanda a nuestro favor. Firmaba, el propio rector que nos obstaculizó. ¡Yeah!!!! ¡Wuhuu!!! Saltaba gritando y brincando en la cama. Me empiné otro medio vaso de whisky y le marqué a Enrique. A penas contestó empezó a gritar todo histérico “Te estoy buscando ¡puta madre!, ¿por qué carajos no me agarras el chingado teléfono?” y yo ya de re-quete-bien-buen humor y sincronizando con el espíritu del alcohol que le suelto “¿Y ahora, pues quién te mató al gato?”. “¡Chingá! Escúchame” volvió a bramar el muy mandón. “Necesito que revises tu correo todos los días. Las asignaciones a los puestos diplomático en las embajadas de México salen esta semana, ya me confirmaron que tenemos algo y parece que es la que ofrecieron hace un año para ti. Si es así, te va a llegar la asignación al cargo propuesto directamente a tu correo. Tenemos que saber bien qué contestar”... “¡¡¡Yeih!!!!” solté otro grito con el teléfono en la mano, cuya alegría y carcajadas se iba tornando en ganas de llorar, era como si al caer una pieza, empezaran a

caer las demás. “Ni cantes victoria mami, ya sabes que sin el decreto de la universidad no podemos proceder” entonces me di cuenta que todavía no sabía. “Pero el decreto ya está” y le conté con pelos y señales sobre el oficio de la rectoría que había llegado desde hacía tres meses pero que la señora Diana no había tenido a bien entregármelo sino hasta ese día justo antes de que le marcara, con el resto de mi correspondencia toda atrasada. Me lo imagino saltando, gritando y llorando lo mismo que yo desde su lado de la línea, hablábamos al mismo tiempo y al darnos cuenta que no nos entendíamos nada nos reíamos a carcajadas “qué pendejos” le oí decir divertido. Y creo que nunca, nadie, me dijo tantas palabras de amor como lo hizo después. No solo quedaba a salvo mi pellejo sino el de todos nuestros aliados políticos y miembros de la academia que colaboraban con nosotros. Le conté de la publicación de la novela y le aseguré que estaría por llegarle la invitación a la presentación, aunque Marcelo ya lo tenía al tanto de todo ese tema. A Enrique ya no lo vería sino hasta el día y hora de la presentación de la novela en el Palacio de Bellas Artes, en la GRAN CIUDAD DE MÉXICO.

XV.

Y este, también era el gran día que tantas veces había anhelado, el día de partir. Miré a mi alrededor. Tomé el vaso y lo volví a llenar. Nuevamente me parecía entrar despierta a un sueño, en el que todas las personas no eran más que personajes de sí mismas, con cuerpos brumosos e insustanciales, voces en *off* que simulaban hablar, un ir y venir en el que fingían desplazarse. Mientras bajaba las maletas del closet y las empezaba a llenar con mis cosas

personales, me parecía que la habitación, los personaje, los paisajes, se empezaban a esfumar.

Habiendo recuperado mi autoridad moral en la universidad marqué a mi oficina. Me contestó Cynthia, una secretaria sindicalizada con quien a pesar de todo me llevaba muy bien y era de toda mi confianza. Le pedí que pusiera a mi disposición un vehículo de la universidad que viniera a recogerme hasta “Comarca las Vegas”. No pasaron 20 minutos cuando me volvió a marcar para confirmarme que el vehículo estaba en camino y que estaría llegando al atardecer. “Tu becario favorito, el Raúl, ya se fue” me dijo en un tono cómplice. “Ya hablaremos” le dije y colgué, pero me alegré, entre todas las buenas noticias, de que ese ñoño se esfumara también. Ya se había visto con un puesto de profesor asignado B y en mi departamento, el muy cretino, primero que se titule. Desde mi época de estudiante detestaba a los ñoños, nada peor que un todo falto de inteligencia y siquiera algo de carisma, queriendo tener siempre un 10. El único talento de esos aduladores es el de ser bien pinches tercos.

La última de las lluvias del invierno se precipitó silenciosa en la Comarca apagando el canto del viento y los pájaros, ya luego repiqueteó en las ventanas por un largo rato. Unas horas más tarde, cuando yo ya tenía casi todo listo escuché la voz de la señora Diana y no faltaba mucho para que la gente de la universidad llegara por mí. Salí para entregarle las llaves de la suit que habité y agradecer a “Comarca las Vegas” su hospitalidad. El corazón se me hacía chiquito, hasta la abracé. La miré a los ojos y tuve la impresión de que no había

nadie ahí adentro aunque sonriera y se despidiera también. Ya no quise pensar en eso ni investigar. Como si me adivinara el pensamiento, vino por fin don Pepe y me ayudó a sacar las maletas de la suit. Las llevó en un changuito hasta el quiosco cuando la lluvia empezaba a arreciar. Quince minutos más tarde me fui detrás de él. Llegué hasta el quiosco. Ahí estaba todo el equipaje pero no estaba él. Pasaba de las seis que era la hora de cerrar. Mientras esperaba ahí sentada me puse a fumar un pitillo que ya tenía liado. Tuve la sensación de que no había nadie en toda la Comarca. Buscaba al Rocky con la mirada. Me sentí muy sola mirando hacia la puerta de entrada y viéndolo otra vez, el camino, sin dejar de ejercer su atracción, invitándome a echarme a andar. Luego, como si se despidiera, se descomponía en partículas negras, amarillas y rojas de sus hojas, sin que ya lo pudiera reconocer como tal. El cielo también aparecía irreal, sus gotas de lluvia caían como pedacitos plateados de papel, los truenos de la tormenta retumbaban en el cielo y al final dejaban el murmullo de voces que se apagaban poco a poco, como si solo le bajarán el volumen a un radio y luego lo subieran otra vez. Siempre pensé que, si el viento dependiera de un aparato fonador para cantar, las ramas de los árboles serían sus cuerdas vocales y así cantaba ese anochecer cuando la lluvia bajaba un poco para dejarlo entrar en acción como el corifeo, y lo hacía como desde lo más hondo de las entrañas del bosque, un universo inasible después de todo. Con la última luz del atardecer miré hacia las colinas todavía buscando a alguien de quien despedirme, entonces vi al Rocky corriendo y con la noche desaparecer. Me abatió que no viniera para dejarse acariciar por última vez.

Alcanzaba a escuchar el crujido del tabaco entre mis dedos, que se abrasaba al inhalarlo, entonces, sobre la boca del camino, aparecieron las luces de la Van que venía por mí, para

llevarme de regreso a casa. Al verme sentada en el quiosco se estacionaron a un costado. Dos vigorosos y amables trabajadores de la universidad bajaron ágiles del vehículo y, después de saludarme respetuosamente, empezaron a meter las maletas. Cynthia salió del asiento de atrás y me abrazó. “Si supieras lo que ha pasado. ¡Tengo que contarte todo!” me dijo excitada. “Te ves tan bonita así flaquita. Parece que te sentaron bien las vacaciones eh” y yo me reía más que nada porque me daba gusto verlos. “Y esos allá afuera, ¿por qué siguen trabajando? Ni porque está lloviendo se las perdonan”. Enarcó extrañada las cejas y yo la escuché sorprendida. “¿a quiénes te refieres?” le pregunté. “A los muchachos estos que están ahí con las palas”. A mi también se me hizo raro, nunca habían trabajado tan tarde. Acabaron de subir las maletas y nos metimos para irnos. Salimos despacio de la Comarca. Detrás de nosotros se fue cerrando la puerta sin que alcanzáramos a ver ya a don Pepe. Pegada al cristal quería verlo todo por última vez pero ciertamente, en la oscuridad, ya no se distinguía nada, entonces sentí que el chofer bajó la velocidad. En efecto, apareció una fila de chalanes que se giraban hacia nosotros para dejarnos pasar. En eso, detrás de mi ventana, en medio de la bruma del bosque anochecido y bajo la lluvia que volvía a caer con fuerza otra vez, vi la cara redondita de Soli que vi la última vez, cubierta por la capucha de su sudadera negra. Me miró a los ojos sonriendo y yo, sin poderlo creer, no le podía sonreír a él. “Pobres muchachos” dijo Cynthia mientras yo lo miraba nítidamente y estupefacta. Al fin, el vehículo agarró velocidad hasta el final del camino. “¿Les molesta si fumo?” les pregunté sintiendo en mi pecho un galope ágil pero hueco del corazón. “Ay no manita, préndete uno”. Dijo Cynthia, y los otros añadieron, “No Doctora, fúmeselos que quiera” y con esa lluvia recia que ya se había hecho de agua y se soltaba sin compasión, abrieron lo suficiente las ventanas. Saqué el anforita llena de whisky que se había ido quedando dentro

de mi bolsa. Sin considerar el protocolo, me la empujé claramente perturbada. Mis compañeros de viaje, me dejaron hacer en silencio, sin decir nada.

Ya estábamos entrando al estacionamiento de la universidad cuando me desperté. “¿Tú también viste al muchacho de la sudadera negra que se nos acercó?” le pregunté a Cynthia ya abajo del vehículo. “¿Perdón?” me respondió desorientada. “¿Te acuerdas de los chalanos del camino que seguían trabajando en la oscuridad bajo la lluvia, ayer en la noche, cuando salimos de la Comarca?”. Me miró dubitativa. Luego volteó a ver a los trabajadores que escuchaban, como preguntándoles “y esta ¿de qué habla?”. Ellos la miraron dando a entender que tampoco sabían qué. “¿Los chalanos?... Lo siento, no. No vi nada”. Dijo, apenada. Me sentí profundamente apaleada por la resaca, apenas iba a amanecer y hacía frío. “Vamos a bajar los libros y te llevamos primero a tu casa” le indiqué a Cynthia, quien se quedó consternada. “De acuerdo” e hizo una seña a los trabajadores para que concretaran. No quise subir a la oficina. Prendí otro cigarro en lo que terminaban. Dejamos a Cynthia en su casa y luego, cuando empezaba a salir el sol llegamos a la mía. Metieron las maletas y se despidieron “¡hasta el lunes! Doctora, que descanse” me despedí con la mano “¡hasta el lunes! chicos, muchas gracias”. Cerré la puerta detrás de ellos. Miré hacia adentro como por primera vez: las copas, las botellas, el sacacorchos, las velas, las cerillas todo seguía ahí, como si el tiempo no se hubiera movido en todo el año. Saqué una botella nueva de whisky de entre las maletas para tenerla como prueba fehaciente de que algo había cambiado, y me metí con ella a la cama.

XVI.

Desde que regresé no me había sentido bien. Fui a hacerme unos análisis y dos días antes de la presentación pasé al laboratorio a recoger los resultados, pero no me atrevía a leerlos. Ya estando en Ciudad de México, el día de la presentación de la novela, cuando salí del hotel hacia el evento sentí la parálisis propia del pánico escénico. Llegué al Palacio de Bellas Artes, la tarde estaba rojiza y de un cielo abierto despejado, el viento fresco y en la avenida el tráfico ligero. Conforme fue oscureciendo, las luces del Palacio se encendieron vistiéndose de gala. Ya faltaban 10 minutos antes de que empezara y el público iba llenando la sala. Muchos eran amigos de Enrique, y otros tantos de Marcelo, pero alcanzaba a distinguir a algunas personas de la universidad, entre ellas a Anel Hadid, y no sabía si tomarlo como una afrenta o como un halago. Rápido me decidí por el último. También estaban colegas y amigos míos con los que ya habíamos quedado para tomarnos una copa al terminar. Enrique estaba en su elemento, como pavorreal, atendiendo a sus invitados. Marcelo, radiante y guapísimo como le era natural y se le veía muy orgulloso de que las cosas estuvieran saliendo bien. Y yo estaba sola observando aquella multitud muriendo de miedo, agazapándome en el tocador para mujeres.

Las cosas habían empezado a suceder de nuevo. La propuesta para el cargo diplomático en la embajada de México en Suecia se había definido días antes de abandonar la Comarca, el comunicado oficial había llegado a mi correo a penas volví a casa y las maletas estaban en el hotel, listas para salir corriendo del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

Estaba a punto de darme a conocer públicamente como escritora y acababa de cumplir 39 años, el último año de mis treinta. Esta vez no había habido celebración, pero entre lo que había quedado detenido en el tiempo en mi departamento cuando salí huyendo el año pasado hacia la Comarca, encontré aquel objeto pequeñito envuelto en un papel del color del cartón y con un moñito azul cielo que traía Tomás cuando llegó a cenar aquel día y dejó sobre el buró junto a mi cama. Era un anillo de compromiso que había perdido toda su intención, pero la nostalgia de aquella época me indujo a usarlo como si fuera cualquier otra joya y ese mismo día lo estaba usando para la presentación. Mis nervios eran tan grandes que, conforme se acercaba la hora de encarar al público, aproveché la efusión de adrenalina para leer el resultado del laboratorio donde encontré lo que me temía: Estaba embarazada. Así que ahora no solo estaba temblando de nervios, tenía la mente en blanco por el *shock* que me produjo el resultado.

Salí del tocador a toda prisa y cuando levanté la vista del piso marmoleado, me encontré con una pasión que parecía no haber muerto, que solo dormía, y que despertaba apenas ver sus ojos rasgados. Tomás Rodríguez Suno caminaba decidido y directo hacia mi y entonces encontré el contrapeso emocional que necesitaba para aminorar mi pánico escénico. Me abrazó con entera familiaridad elevándome del suelo y como haciendo un medio giro. No podía despegar mis ojos de los suyos, dejar de sonreír o cerrar la boca. Al ver el anillo en mi dedo, se soltó a reír, tomó mis manos entre las suya y las empezó a besar repetidamente, luego de un beso superficial en los labios me ofreció su brazo derecho y me encaminó veloz hasta el pódium donde ya era hora de empezar a hablar. “¡Suerte! bonita” me dijo al oído antes de alejarse y algo en mi interior se puso completamente en calma. Cuando Enrique

vio la escena se le fue la sangre al piso. Nos miramos, él moviendo de un lado a otro la cabeza con resignación y yo con aquella media sonrisa de quien sabe que “el que ríe al último, ríe mejor”. Tomás brillaba entre la gente con la luz propia de su inteligencia, su belleza, su clase, su porte. Entre mis ojos oscuros y sus ojos rasgados los hilos de comunicación profunda que nos unían seguían intactos, operando con un agudo anhelo del otro que no comporta tiempo ni esperanza. Ahí sentado, sonriéndome, con todos sus sentidos a la expectativa de lo que en seguida fuera a decir, mi atención se encontraba del todo enfocada en su persona, como si solo estuviéramos él y yo, a solas.

Desde mi lugar y a punto de empezar lo miraba con admiración y una mezcla de gozo y tristeza resignada, aquella que aprendí en la Comarca, que nace del hecho de saber que aún aquello que se dispone para mi, no es para mi, no me pertenece, que no hay nada en el otro que me sea posible poseer, que no me es dado más que sentir el fuego del deseo, el gozo de mirar, y adorar lo que no se puede tocar, ni tener, porque entonces se convierte en el fin, en ausencia anhelante, en sufrimiento. Y eso era todo lo que podía esperar de esa maravilla de ser humano que era Suno, adorarle ahí sentado, entre todas las personas, disfrutar a la distancia ese sol que resplandecía con luz propia. Y en ello Enrique tenía razón, Suno no era para mí, pero me llevó tiempo comprender y no se lo pensaba decir. Cinthya se acercó a mí con una taza de café. Sonreímos y empecé a hablar ausente de mí, muy lejos, muy fuera, muy otra. Hubo un chiflido extraño del micrófono, en seguida, todo quedó en silencio y antes de pronunciar cualquier otra palabra dirigida a las personas frente a mí, me preguntaba si le podía decir dos veces que no al amor de mi vida.

FIN

CONCLUSIONES

Reflexiones sobre el proceso de creación literaria: la experiencia de escribir una novela erótica, aciertos y dificultades técnicas

La fórmula para escribir una novela

Si en algo estarían de acuerdo los especialistas en el tema, sería en el hecho de que no existe una definición de novela y por ende que no existe una fórmula para escribir novela; que ni la crítica ni la teoría literaria, aunque puedan orientar la descripción o interpretación de algunas obras literarias, trabajan como quisiéramos, como guías que iluminan la ruta para transitar lo no transitado que es la propia novela antes de ser escrita. Si algo puede trabajar en ese favor, serían las lecturas hechas por el escritor hasta el momento en el que se sienta a escribir; los recursos literarios que previamente haya ensayado; en general, el ejercicio de escritura en el que se haya entrenado.

En la “Nota del editor” que Tomás Granados Salinas escribe a *La novela, el novelista y su editor* de Thomas McCormack advierte que “Es imposible enseñar a escribir una novela. Ni un autor que ha producido decenas, ni un editor que ha publicado centenas, ni un académico que ha clasificado millares pueden ofrecer la fórmula mágica de este género” sin embargo, reconoce que en las entrevistas, memorias y ensayos en los que los escritores han

descrito la manera en la que han dado forma a sus obras, se pueden encontrar recomendaciones valiosas aunque difíciles de poner en práctica.(IX) El propio Thomas McCormack reconoce que básicamente establecer cómo se escribe una novela, lo cual implicaría identificar sus rasgos distintivos, es mucho más complicado de lo que a simple vista parece. “Al revisar la inmensa diversidad de métodos y productos de los grandes novelistas concluí que cualquier libro que pretenda reducir el arte y el oficio de la escritura de novelas a un paquete lindo y ordenado tiene por fuerza que estar equivocado” (XV)

Estas pretensiones de contar con una fórmula mágica así como de contar con lo que hay que saber sobre cómo escribir una novela ordenado en un documento no solo no es realista sino que podría trabajar en contra de la creatividad del escritor. François Mauriac quien en un lapso de doce años escribió casi diez novelas con las que se consagró como el escritor católico francés más importante y a quien en 1952 otorgaron el Premio Nobel de Literatura expresa la idea de que la crisis de la novela francesa reside justamente en la creencia en “reglas imaginarias” que obstaculizan la creatividad de los escritores. “La crisis en la novelística francesa de que tanto habla la gente se resolverá tan pronto como nuestros escritores jóvenes logren deshacerse de la idea ingenua de que Joyce, Kafka y Faulkner son los dueños de las Tablas de la Ley de la técnica narrativa” (25)

En entrevista con Carlos Landeros, Elena Garro comenta “yo no escribo delirante ¿ves? Yo todavía creo en la disciplina del lenguaje y de las formas” (129) No obstante, Helena Paz Garro cuenta en sus *Memorias* cómo *Los Recuerdos del Porvenir* fue una novela escrita en

un encerrón de quince días. ¿Qué deberíamos entender entonces por escribir “delirante” o “a la loca”? Margerite Duras en cambio comenta sobre su propia escritura “No había encadenamiento entre los acontecimientos de carácter salvaje, ya que nunca había programación. Nunca la hubo en mi vida. Nunca. Ni en mi vida ni en mis libros, ni una sola vez” (35) La escritura es sinuosa, huidiza, “la escritura se nutre con avidez del descaro. De no ser así, nadie escribiría, nadie se lanzaría a la riesgosa aventura de sacar algo de la nada que es el acto de hacer arte” (Valenzuela, 11) “Sacar algo de la nada” parece no tener relación alguna con el hecho de que existan reglas. Pues sacar algo de la nada es no tener un camino trazado por el cual echarse a andar, y tener reglas no significa tener algo. Uno puede tener las reglas y aún no tener nada. Incluso escribir algo conforme a esas reglas y todavía no tener nada.

Creo que lo que reprocho a los libros, en general, es eso: que no son libres. Se ve a través de la escritura: están fabricados, están organizados, reglamentados, diríase que conformes. Una función de revisión que el escritor desempeña con frecuencia, consigo mismo. El escritor, entonces, se convierte en su propio policía. Entiendo, por tal, la búsqueda de la forma correcta, es decir, de la forma más habitual, la más clara y la más inofensiva. Sigue habiendo generaciones muertas que hacen libros pudibundos. Incluso jóvenes: libros *encantadores*, sin poso alguno, sin noche. Sin silencio. Dicho de otro modo: sin auténtico autor. Libros de un día, de entretenimiento, de viaje. Pero no libros que se incrusten en el pensamiento y que hablen del

duelo profundo de toda vida, el lugar común de todo pensamiento. (Duras, 36)

Así pues, lo que se quiere decir no es que no haya reglas, lineamientos, fórmulas hechas que se puedan considerar y ensayar. De hecho hay elementos ineludibles con los que todo novelista trabajará para crear una “novela como obra de arte literario” tales como el tiempo, el espacio, los personajes, el tema, el argumento, la trama, las descripciones, etc. en donde la disposición de los elementos se vuelve del todo relevante para dotarlos de los valores estéticos propiamente novelístico, noción que retomamos de García Viñó quien observa:

Ante algunos tratados, como [...] la *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*, de Mieke Bal (Cátedra, Madrid, 1995) ni siquiera he llegado a comprender por qué se escriben, como no sea para lo mismo para lo que se hace un solitario. No contienen una sola línea útil para los lectores ni, por supuesto, para los novelistas. Su destino aparenta ser martirizar a los estudiantes. Estoy convencido, sin la menor reserva, de que si el señor (o señora) Bal hubiese escrito alguna vez una novela, no hubiese urdido jamás semejante sarta de neologismos pedantes, tautologías y obviedades. (19)

Sin embargo reconoce que en el trabajo de otros teóricos como el de María del Carmen Bobes Naves, *Teoría general de la novela. Semiología de La Regenta* (Madrid, Gredos,

1985) Menéndez Pelayo, Mariano Baquero Goyanes, Andrés Bosch, Juan Ignacio Ferreras y el propio autor existen “reflexiones de estética novelística” que reflejan que saben lo que la novela es y vale. (19)

Someter el proceso de creación literaria entonces a recomendaciones teóricas previamente calculadas no garantiza ningún logro en la escritura, lo cual no significa que no debamos contar con conocimientos teóricos previos. Aunque hagamos la planeación, o contemos con un argumento, una intención o de lo que hoy en día algunos escritores se jactan con orgullo, una investigación, en fin, contemos con algo de lo cual agarrarse, eventualmente la escritura toma su propio rumbo y hay que soltarla, dejar que se vaya, ese es un punto al cual deseamos llegar, para lo otro siempre están la revisión, la edición, la reelaboración, la reestructuración y hasta el bote de basura.

No tener ningún argumento para el libro, ninguna idea de libro es encontrarse, volver a encontrarse, delante de un libro. Una inmensidad vacía. Un libro posible. Delante de nada. Delante de algo así como una escritura viva y desnuda como terrible, terrible de superar. Creo que la persona que escribe no tiene idea respecto al libro, que tiene las manos vacías, la cabeza vacía y que, de esa aventura del libro, sólo conoce la escritura seca y desnuda, sin futuro, sin eco, lejana con sus reglas de oro, elementales: la ortografía, el sentido” (Duras, 22)

De antemano hay que aceptar, la escritura no es una actividad que se pueda llevar a cabo con grilletos y si a veces lo hace, lo hace con el grillete de la ignorancia, del temor, del plagio, de la imitación, de la repetición, de la falta de imaginación, de la pereza mental o de la autocensura, de la baja autoestima o, en el caso de las mujeres, “la culpabilidad de la creación” como la definía Otto Rank, que refiere Anais Nin y que significa el hecho de que a la mujer generalmente se le había estimulado para llevar a cabo actividades relacionadas con el cuidado del hogar, y por generaciones, fue a los hombres a quienes se les exigió que fueran exitosos en su quehacer, ya como médicos, filósofos, profesores o escritores, pero no así a la mujer. (19) Si la mujer llega a incursionar en una de estas actividades, lo mínimo que se espera es que de cualquier modo no abandone “sus otras obligaciones” y no puede contar con la totalidad de su tiempo y si lo hace, lo hace con dicha culpabilidad.

Duras cuenta que ella tuvo que crear su propia soledad, acompañada del miedo, del alcohol, de sus amantes, de su no saber por qué ni cómo escribir. En su *Escritura* afirma “Puedo decir lo que quiero, nunca descubriré por qué se escribe ni cómo no se escribe” (20) y cuenta que fue hasta que compró una casa, encontró dónde esconderse para escribir libros, que todo empezó como una broma el figurarse que ahí en esa casa podría escribir libros y llama la atención que además de que debe “esconderse”, cuando lo piensa, también lo duda, “quizás escribir, me dije, podría” pero la necesitaba porque solo así, ahí pudo descubrir esa pasión por escribir novela. (21) Quizá al modo de “Un cuarto propio” de Virginia Woolf, aunque en realidad lo que se requiere no es un cuarto propio, sino una casa propia con jardines, una vista amplia desde donde se puedan apreciar los momentos del día como la actividad de la ciudad, del pueblo o del barrio, vamos, por qué limitarse a un cuarto. En este

hacerse del espacio, del tiempo, del silencio que requiere la escritura, otro elemento fundamental es la fe. Anais Nin responde a periodista anónima acerca de lo que ha descubierto sobre sí misma y sobre otras mujeres mediante su valentía solitaria enfatizando “La importancia de la convicción interior. Yo amaba mi trabajo y nada podía detenerlo” (31) En otra entrevista con Carlos Landeros, él le pregunta a Garro que qué moda va a buscar a Europa y ella le contesta que la de Coco Chanel, siendo ésta la única que le interesa. Ante su respuesta él le replica “[...] ¿por qué no te tomas más en serio como escritora?” y ella responde a su vez “-¡Carlos, siempre fui coqueta!; nos soy yo la que me debo tomar en serio, sino ustedes, mis millones de lectores.” (69) Así pues, lo ideal es que cualquier atadura u obstáculo interior o exterior se vaya liberando mediante el ejercicio mismo de escribir.

Empezar

Para llevar a cabo la creación de *Camino de Cerro Gordo* pretendía partir de la intención de escribir una novela erótica y de un argumento que al final parece haberme mantenido a flote. A modo de preámbulo, de ir calentando motores, de intento de escapada o de estancia vacacional en la zona de “no sé qué escribir”, “no sé por dónde empezar” “no tengo muy claro qué quiero hacer o qué es lo que quiero decir pero no me lo quiero confesar” anduve haciendo apuntes inconexos como para sentir que hacía algo, releía cosas escritas en el pasado como para ver si me inspiraba y leí un montón de novelas del tipo para ver si por lo menos agarraba tono. Habían pasado ya tres meses desde que apartada de la gente, el ruido

y el internet me había dado el encerrón para concluir “en tiempo y forma” lo que ni siquiera había empezado, aunque se me figura que el tiempo y la forma en la que se termina de escribir una novela es como la muerte: segura pero incierta. Cuando hablaba por teléfono con mis papás la pregunta siempre era “¿ya empezaste a escribir? ¡¿ya empezaste a escribir?!” y mis amigos “¿y de qué se trata tu novela?” “y con todo lo que te ha pasado ¿no has empezado a escribir?!” Como uno de mis personajes, no quería más que entrar al bosque y perderme en sus entrañas. Y en mi cabeza, donde las cosas se iban asentando en medio de la inactividad a la que da espacio el ocio, no encontraba más que largos silencios mentales que repentinamente se asomaban y se esfumaban. En lugar de sentirme movida a la narración me sentía suspendida en el instante, pensaba en “La novela” y más que figurarme una acción corriendo en el tiempo, veía un detalle congelado, una mirada descansando en otra al final de una exhalación, una mano quieta reposando en el cuerpo de una fruta cuyo aroma estancado en el frío del amanecer sin viento llena de sentido la totalidad de la escena. Y no sé qué fue primero si la frase inicial o la persona humana que inspiró la frase inicial, pero una vez que se enlazaron, empecé a escribir: “Manuel era uno de esos hombre-pueblo que no tienen rostro”. Si hacemos caso a Valery, esa fue la frase inicial que Dios me regaló. De ahí me agarré y peinándola, peinándola, al rato cada uno agarró por su cuenta, la persona humana dejó de comportarse como el personaje y el personaje empezó a hacer lo que le dio la gana. No cabía duda, había empezado, cuando ya nadie me hablaba y si me hablaban, ya mejor ni preguntaban. No era el personaje principal, ni contaba con rasgo protagónico alguno, su única virtud fue la de quebrar el cántaro de las palabras, a partir del cual empezaron a llover el resto de los personajes en situaciones concretas, como una lluvia de imágenes llenas de detalles hasta que se exhaustaron, una

colección de escenas sin principio ni fin, aisladas, y que todavía había que engranar dándole movimiento a la cosa.

El tiempo

Entonces ya estaban las piezas y para engranarlas tenía que hacer correr un tiempo escurridizo que no se dejaba tomar por ninguna de las puntas de la madeja y a veces la línea cronológica misma la tuve que ir traduciendo de cómo brotaba a como de hecho pude, quizá sin mucho éxito, artificios, habilidad técnica o siquiera competencia lingüística, someterla al menos para que lograra contar una historia de principio a fin como se la contaríamos a una comadre en el café en una tarde de ocio. De hecho, las primeras y últimas escenas que son las que siento que se mueven más rápido las escribí hasta el final, cuando el corazón de la obra ya estaba latiendo.

Llegué a dudar de mí, ya no digan como escritora, sino como una hispanoparlante común y corriente. Si realmente conocía la conjugación de los verbos, los tiempos gramaticales, ¿sabía hablar español? La novela es una maquinota todo poderosa y yo no era más que una pusilánime y enclenque operadora intentando hacer avanzar aquella maravilla desde mi banquito de madera japonés en el que tuve que sentarme a escribir en el piso para que no se me retorciera la columna vertebral por la mala postura y para que no se me apachurraran las tripas de estar tanto tiempo reclinada con medio cuerpo sobre las mismas. Es en esos momentos donde la teoría no importa, hay que haberse ejercitado previamente para poder

levantar el vuelo de la escritura con cuerpo y alma como con una sola fuerza concentrada. “Sostengo que se escribe con el cuerpo, que todo el ser está implicado en el acto de la escritura” (Valenzuela, 39)

Pensando que ya no había nada peor, luego me di cuenta que tenía pasajes que ocurrían simultáneamente. Recordé *Aura* de Carlos Fuentes y me di cuenta de la dificultad cronológica ante la que me encontraba. Había que organizarlos uno detrás de otro para poderlos contar, lo cual me obligaba a jerarquizar los hechos y observar el sentido que se gestaba en el orden dispuesto. Hacer esto fue una de las tareas que más esfuerzo mental y tiempo me consumió. Lo hice bien o mal no lo sé. Solo sé que lo hice de alguna manera, a la brava, como pude.

Las estaciones del año me ayudaron a orientar cronológicamente, según si era tiempo de calor, de lluvias, de frío. El otoño, lo consideré por primera vez en mi vida. El problema luego era, hacer llover en marzo. Me sentí obligada a justificar al cielo porque llovía torrencialmente en primavera, pero qué se le puede hacer, así es el bosque, años sí, años no.

El espacio

No solo fue el tiempo, el espacio también se ponía sus moños, quizá como otra de esas cosas que funcionan perfecto en mi cabeza pero que cuando las escribo ya no se parecen en

nada. Durante la descripción del espacio experimenté una enorme incomodidad. Sentía que tenía que dar demasiadas explicaciones para unas cuantas líneas rectas. Que para ser un espacio tan simple estaba sobre cargado del ser de los personajes. De lo que necesitaban, de lo que hacían, de la distancia entre ellos, cargados de intimidad, de áreas privadas, de familiaridad, sentido de comunidad, de un carácter público, de rasgos turísticos, paradisiacos, naturales, respirantes, vivos, como si el espacio fuera otro personaje que me exigía explicaciones que no me había propuesto dar y que nunca pensé que se complicaran tanto.

Después tuve la oportunidad de leer cómo trabajaba Umberto Eco el espacio en sus novelas y me di cuenta que esa incomodidad de crear el espacio se debe a que crear el espacio en literatura es en realidad un arte de arquitectura mental al que todo escritor está obligado y respecto al que debe mostrar cultura. Ahora, la pregunta es ¿y la tengo? ¿qué dije? ¿alguien le entiende? Crear los espacios es tan complicado como crear el tiempo, es la osadía de hacer lo que Dios hizo en siete días, ahora comprendo por qué Dios es Dios. Pobre Dios. Perdón Dios.

La intención

En el correrío de la escritura, de vez en vez intentaba hacer una pausa para recordarme que lo que estaba haciendo era una novela erótica y que quizá debería irme moviendo más en esa dirección, quería ir en el rumbo de la intención que me planteé conscientemente desde

el inicio, pero la novela agarraba su propio rumbo. Por ejemplo, las escenas de la servidumbre se dictaban largas y detalladas donde yo no encontraba el retorno a mi intención inicial. Como prueba de que la escritura se manda sola, en mi mente, esas escenas deberían comportar un cierto grado de buen sentido del humor, ser cómicas, ligeras, burlonas, y se tornaron en una cosa lúgubre, aburrida, desconectada. Y lo peor de todo, pesaban tanto que se agrandaban.

Hubo un momento incluso, cuando estaba redactando la parte en que la narradora ya está lista para irse de la Comarca las Vegas, con las maletas hechas esperando a que vengan por ella y el ambiente se empieza a enrarecer por ese efecto de hacerlo desaparecer. Era de noche, quizá las dos o tres de la mañana, estaba cayendo una tormenta diabólica cuyos rayos hacían que de vez en cuando se fuera la luz y cuando se iba la luz entraban los relámpagos temblorosos a mover las sombras adentro de mi habitación, como si el rugido mismo del rayo no hubiera sido lo suficientemente estrepitoso. Y así, me sentí que iba tan lejos de mi intención adentrándome en una zona de terror que no sabía cómo había alcanzado, con los hombros encongados, con la luz prendiéndose y apagándose y pensando, “a ver a qué hora me parte un rayo”, “¿y estás segura de que es por aquí?”... lo único que había que hacer era salir de la escena e irme a dormir.

Los personajes

Luego, me hice de un personaje egomaniaco que agarró más protagonismo del que estaba calculado, no enriqueció la obra, acumuló escenas que deben resultar aburridísimas y situaciones que quizá valía la pena desarrollar no lo hice para que no terminara de comerse la novela. Lo cual indica que en toda situación literaria se pone en juego un arte de balance que calcula realmente cuánta información hay que introducir sobre un personaje o situación y cómo, este arte de balance regula una sutil pendulación entre los distintos personajes según la importancia que tienen en la obra y la manera en la que deseamos presentarlos, directa, indirecta, referida, todo permeante o como dice el dicho, hacerlos brillar por su ausencia.

García Viñó subraya el cómo los personajes, en su caracterización, han de crecer como esponjas. Así mismo, en sus diarios, Anais Nin observa que Henry Miller tenía esa cualidad de tomar a una persona de la vida real y convertirla en personaje mediante ese tipo de caracterización a través del cual los transformaba hasta la monstruosidad. Y en efecto, en su novela *Sexus* podemos observar este fenómeno. El tema es, ese personaje que has hecho crecer tan monstruosamente ¿a dónde va? ¿está llevando la novela a donde quieres o ya pesa tanto que simple y sencillamente te la está desbarrancando?

Los nombres de los personajes los escogí, no por su significado sino por cómo sonaban. Excepto los casos de Tomás Rodríguez Suno de quien me interesaba que se escuchara suave, por lo de Tomás, mexicano, por lo de Rodríguez apellido paterno y minimalista zen de ojos rasgados por lo de Suno, apellido materno que alude a lo femenino como sabiduría. El de

Soli, quizá como una alusión al gran Solín de la Maldita Vecindad que alude a la Soledad del personaje que porta el nombre. La narradora no tiene nombre como una estrategia de desdibujarla y de que pudiera ser cualquiera.

La belleza

Dicen que escribir es pintar con las palabras. Tomás Rodríguez Suno era un dios y yo no lograba pintar su imagen o la del adonis mexicano Soli, cuya belleza única la dejan a una sin respiración o pensamientos. Algo que a la contemplación encanta y sin embargo no tiene nombre ¿cómo describirlo? No por decir que era guapo, o hermoso, el lector lograba ver lo guapo o hermoso que yo lo veía en mi mente, tampoco siento que siquiera estimulara algún tipo de figuración de la guapura en su mente. Y esas palabras que simplifican el fenómeno, literariamente no resuelven, estorban.

La caracterización de la belleza de un personaje es una de las tareas más difíciles de lograr en la literatura. En su *Diario Secreto* el poeta ruso Alexandr Segeevich Pushkin se pregunta “¿Qué es la belleza? Desde tiempos remotos los sabios siempre se han cuestionado sobre la esencia misma de la belleza. Cuando mi esposa aparece en el salón de baile, todo el mundo se vuelve a mirarla. Entonces la belleza se reconoce, pero no se puede definir” (101)

Vestir a Barbie y a Kent

Otro de los retos a los que me tuve que enfrentar fue cómo vestir a los personajes. Ya no solo tenía que sacar dotes arquitectónicas sino como diseñadora de modas. Me di cuenta que para empezar no contaba con un vocabulario suficiente para desarrollar dicha tarea. Cómo nombrar el tipo de pantalones, de blusas, de gorras. Vestuario para el frío, para el calor, para la ciudad. Para el hombre, para la mujer, para el empresario, para el chalán junior, para el chalán chalán, para la profesora de vacaciones, para la profesora escritora. Ya no solo era una cuestión relacionada con la moda, era un tema sociológico. Tampoco me estaba siendo fácil referir colores, texturas, formas, tamaños. Todo ello también demanda un alto grado de cultura. La de buenas que no me metí a fondo con la comida.

Algo que me llamó la atención en las novelas que leí, fue que no importa cuán barrio fuera el personaje siempre estaba vestido con ropa de marca, los lentes, las bolsas, las camisas. Ya ni siquiera los personajes de novela se pueden abstraer de la igualdad de la moda. Por decirlo de otra manera, ya no los hacen como antes. A Elena Garro le encantaba la moda y cuenta que los diseñadores más famosos de su época la llamaban para que visitara sus diseños durante eventos importantes como se hace actualmente con las estrellas de cine, sin embargo, el vestido escarchado de Julia, la querida del pueblo no tiene marca, no tiene nombre, no tiene dueño. Y por ello es un vestido que el lector siempre va a poder renovar.

Finalmente opté por hacerme de algunas revistas de moda en la que no solo pude encontrar el nombre de algunas telas, colores y prendas. En una de ellas en especial, todo el tiempo se

publican artículos en los que los artistas visuales participan del diseño de la moda lo cual añade el espíritu que estamos buscando a los vestuarios.

Los fantasmas personales

Al inicio pensé que la única culpabilidad que opera en mi es la católica que surge al pretender describir escenas sexuales explícitas. Sin embargo, ahora que redacto estas reflexiones la lista crece. Recuerdo que el uso del lenguaje fue una de las fuentes de preocupación culposa más importante. Tuve esa sensación de “me van a regañar por decir palabrotas”, sin embargo, sin poder evitarlas, sintiendo que para abrirme plenamente a la narración tenían que salir y quedarse ahí estampadas brutalmente, al centro de la escena. Pensé que vendría mi maestra de sexto de primaria a censurarme. Recuerdo que ese año nos propuso escribir un diario. Como éramos poquitos, cada día alguien se llevaba el diario y escribía lo que habíamos hecho, luego yo empecé a escribir palabrotas, porque sucedía que así nos las decían, se nos salían o las pensábamos y me sacaron del cuerpo de escritores del diario de sexto de primaria. Entonces empecé a escribir mi propio diario, que dejé de escribir porque todo mundo lo leía y se burlaba. Diez años más tarde retomé el intento, pero no falta el violador de la privacidad que por celos le rasca a lo que no a ver que encuentra. Así que otra vez lo boté y me puse a estudiar chino por si luego me volvían las ganas. Ahora solo escribo un diario de sueños a los que no se les entiende nada.

Y todavía más que la culpabilidad de escribir palabrotas, aquello que hace del lenguaje algo cursi, se elevó a una culpabilidad nivel autocensura, y no estoy segura de haberlo borrado todo.

Otra de las fuentes de mi paranoia fue la omnipresente fuerza feminista. El temor de no escribir en favor de la mujer, de no revelar fielmente sus deseos auténticamente femeninos, de no ser lo suficientemente fiel a la causa, de traicionarla sin darme cuenta de un machismo aprendido desde la infancia y no reflexionado.

Otra culpabilidad fue la de dar a mis personajes momentos felices, buena fortuna, porque la felicidad no está en ningún lado registrada como materia propiamente novelística y en cambio corre el riesgo de cruzar la delgada línea que le podría hacer caer en las garras de la superación personal.

Estudiar qué es el erotismo me aclaró, como era el objetivo, de qué hablamos cuando usamos ese término, y me hizo ver en qué sentido *Camino de Cerro Gordo* es una novela erótica, pero también me reveló la tendencia de albergar un erotismo literario que sigue siendo altamente narcisista, a ratos hecho del deseo de cosificar a mis personajes masculinos hasta aplastarlos como a una pulga entre las uñitas.

Destruir la novela

Al acercarme a la resolución de la situación de la narradora “entrapada” en Comarca las Vegas, cuando en mi mente se estaba ya gestando la resolución, sentí no solo que la novela tenía que terminar sino que tenía que desaparecer, como algo soñado que se esfuma al amanecer. Por ello, cuando en la novela se define que el tiempo de la narradora en Comarca las Vegas terminó, todo se empieza a disolver, como si al irse ella, se fuera todo ese mundo en el que vivió mientras estuvo ahí, el tiempo, el espacio, los personajes, hasta el perro. Fue un sentimiento que nació de manera intuitiva pero que, como diría Denis de Rougemont, hay que atender a la tradición literaria, es decir, a aquello que he leído. Podría decir que dos de mis novelas favoritas son como ya se habrán dado cuenta *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Sobre todo en la primera es donde recuerdo haber leído esta descomposición en el vacío de los espacios.

El perro real que dio origen al personaje de Rocky fue baleado y murió desangrado. En el instante mismo que supe de su muerte, mi alma descansó al saber que lo había atesorado en el personaje de Rocky y a través de ese personaje lo había mandado al cielo donde se fundió en el inconmensurable espacio vacío cuando nuestra historia en Comarca las Vegas terminó.

Descomponer el tiempo de la creación

No siento haber podido ir a fondo de la expresión erótica con toda la poesía que requiere no solo por la falta de experiencia y trabajo que demanda, sino también por una cuestión práctica que es el tiempo con el que contamos para perdernos en esa materia que de tan humana sentimos necesidad de salir del tiempo humano, que se nos descompongan el día y la noche y entrar en ese momento inconmensurable donde eso tiene cabida, tocar el asunto con la palabra adecuada.

Muchas veces sentí cómo la mente se arrastraba tras la escritura y siguiéndola con un ímpetu en el que no hay más que escribir hasta que nos tumbe el sueño, y levantarnos solo para seguir escribiendo. Ir al baño y pensar en los personajes. Hablar con alguien y perder el hilo pensando en cómo hubiera sido mejor ordenar las palabras, o las secuencias, o los capítulos. Pensar que todo lo que sucede en la novela es tan real como la realidad o que la realidad es tan ficticia como la realidad de la novela.

Armonizar la teoría y la creación

Escribí la novela antes de completar la fundamentación teórica. Lo hice de manera intencional y tratando de que la novela avanzara por delante de la fundamentación para no permitir que la teoría aplastara la enclenque imaginación de la que era capaz y la fui empujando solo siempre y cuando cumpliera la función de nutrir a la escritura, de afinarla, de darle forma.

Estructura erótica de *Camino de Cerro Gordo*

Al final de este proceso de creación literaria y justificación teórica, cuando la mente ya solo reposa en todo lo leído, lo hecho y lo dicho, vino a cuento sin que nadie la llamase y solo como por el vuelo del ejercicio que solía estar en curso, la idea de que en realidad *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro tienen una estructura erótica. Nuestra investigación de maestría consistió en el análisis del tiempo de esa novela, sin embargo, en el afán de delimitación no nos permitimos ver muchos aspectos de la obra, entre ellos el de la estructura que acuna un erotismo inteligente, refinado y que habla del bagaje de lecturas de la escritora poblana.

En *Los recuerdos del porvenir* el general Francisco Rosas tiene un amor-pasión por Julia, que nunca se satisface. Esa relación, a pesar de que el general se la roba y vive con ella en el hotel ocupado por los militares en Iguala, donde se desarrolla la acción, representa el erotismo por excelencia; el amor-pasión occidental; la idealización provenzal de la mujer como símbolo al que nunca se toca. Julia era para Rosas la dama que como dice Denis de Rougemont “siempre dice que no”. El amor de Rosas por Julia es el de Eros fascinado por la tentativa de morir en el otro, es el corazón apesadumbrado que quiere y no puede poseer, aprehender o conocer al otro. Julia representa ese objeto del deseo que Rosas no puede tocar o tener. A pesar de la cercanía entre los amantes, Julia permanece distanciada, mediante esa distancia que otorga el reconocimiento de la otredad. La única manera en la que el general Francisco Rosas se acerca a Julia es habiendo fundido su ego previamente en el alcohol. Ese vértigo de ir hacia el otro como dice Byung “en sentido enfático” es domado por el alcohol. El símbolo queda intacto. Lo cual haría que la novela comprendiera

meramente un rasgo lírico, pero no todavía novelístico. Sin embargo, Julia sale de escena al final de la primera parte de la novela e Isabel Moncada obtiene un protagonismo ligeramente menor que el de Julia como la nueva querida del general, pues Julia, no solo era la querida de Rosas, era la querida del pueblo. A Julia se la robaron, Isabel se quiso ir con el general. Julia siempre dijo que no, Isabel se fundió en la otredad con el general. Esta movilidad de los personajes de Julia e Isabel es lo que hace transitar al erotismo de *Los recuerdos...* de su carácter meramente lírico a fungir como materia propiamente novelística. La escena que marca esta transición en la novela quizá sea aquella en la que, hecha de ramas y enramajes, Rosas e Isabel se enredan en un erotismo de los cuerpos velado por un lenguaje altamente poético. Isabel no es símbolo, Isabel y el general se entregan el uno al otro, se poseen físicamente. Luego viene el obstáculo, él mata a sus hermanos lo cual les impide quedarse juntos. Ella se convierte en piedra y él sigue sin rumbo, como una roca, cayendo cuesta abajo como por un precipicio. Al final, Isabel Moncada no meramente roba discreto protagonismo a Julia. Isabel es lo propiamente novelístico. Al final, Isabel es la novela, la memoria misma del pueblo.

Ahora, lo que también es interesante es que Garro tan no reconoció su propia obra como erótica que intentó escribir “literatura erótica”. Su gran amigo, cuyos consejos literarios eran los únicos en los que confiaba, Emilio Carballo, piensa que Elena no logra su objetivo. Desde este punto de vista pienso que *Los recuerdos del porvenir* podría ser estudiada como literatura erótica, y quizá me equivoco por falta de información, pero no diríamos que es una obra ya clasificada como tal, no obstante, en este sentido, es perfecta.

En *Camino de Cerro Gordo* se replica esta estructura mediante la aparición de dos personajes que funcionan de la misma manera, uno como símbolo y el otro como lo propiamente novelístico: Tomás Rodríguez Suno y Soli. El primero va a funcionar como el símbolo por ser aquel por el cual la narradora y personaje principal va a tener un amor pasión que siempre dice no, no porque él diga no, sino porque siempre se encuentran en una situación que siempre dice no, y por ser el personaje al que ella nunca toca. No igual, pero como a Julia, la narradora cuenta que de algún modo robó a Tomás Rodríguez Suno. Al principio la narradora está yendo a Tomás para tocar, para tener, para poseer. Al final de la novela entiende que, no importa qué, no lo puede tocar, tener, poseer, aprehender o conocer. Y todo termina con ella admirándolo y con las maletas listas para volar al otro lado del mundo, pero con esa tristeza humana del que se pregunta, como en el *Tristan* de Wagner: ¿para qué nació? ¡para desear! ¡y para morir! El personaje de Tomás, como símbolo, abraza la historia abriendo la puerta de entrada y cerrando la puerta de salida de la narración. El símbolo se queda hasta el final, solo con el objetivo de ser reconocido como otro sin que se pierda el distanciamiento. La narradora entiende su relación con el símbolo desde dentro de la historia con Soli, con el que sale del estado normal de las cosas, del estado de *mera vida* y logra establecer el distanciamiento propio de Eros respecto al otro. Entonces Soli, habiendo impartido la lección desaparece.

Así, la relación de la narradora con el símbolo se trata de un clásico amor-pasión característicamente occidental, donde la negación del amor cumple la función de avivar la pasión, y estimula en al sujeto el gozo del naufragio, que siempre hay que regatear para obtener el tipo de felicidad que la pasión aporta, una transitoria, efímera que nunca dura;

regatear en el sentido de volver a disparar el gatillo que dispara la bala que da muerte, de la pasión. Por eso nos juramos amor eterno y no pasión eterna cuando nos casamos, dice Pushkin en su *Diario Secreto*. Porque el amor dura pero no nos pone *high*, la pasión no dura pero es el chute por excelencia. El amor occidental, es pues, un amor adicto a la pasión. Aunque como dice Denis es el modo de conocimiento del occidental.

Aunque se podría argumentar que ese amor pasión también se refleja en el encuentro con Soli, pensaríamos que la noción erótica predominante en esa relación se define más claramente mediante la noción griega del amor al que se consideraba como una enfermedad, pero también por la noción de Eros como sabiduría. En esa relación la narradora sufre una intoxicación de la que eventualmente se purifica a través de la escritura hasta que logra identificar su historia con Soli como una serie de eventos ilusorios y al hacer esto, pierden su efecto dominante y el espíritu de la narradora se libera del hechizo, del encantamiento. Así pues, el Eros que se hace presente en esta relación, le muestra lo ilusorio de la realidad personal y la posibilidad de liberarse del engaño de las apariencias. ¿Por qué finalmente Soli cobra mayor peso en la novela que Tomás Rodríguez Suno al cual se presenta como “el amor de mi vida” de la narradora, porque Soli es el elemento novelístico, el símbolo solo es un rasgo lírico.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. *Las mil y una noches*. Edición Integra, España 2004
- Apollinaire, Guillaume. *Aventuras de un joven don Juan*. Premia editores, México 1987
- . *Los once mil falos*. Premia editores, México 1987
- Armiño, Mauro. *Cuentos y relatos libertinos*. FCE, México 2008
- . *Los dominios de Venus*. Siruela, España 2015
- Arroyo Pizarro, Yolanda. *Lesbianas en clave caribeña*. Egales, Madrid 2012
- Auster, Paul. *Brooklyn Follies*. Anagrama, Barcelona 2006
- Brulotte, Gaetan & Phillips, John. *Encyclopedia of Erotic Literature*. 2 vols. Routledge: Taylor & Francis Group. Francia 2006. 1146pp.
- Bravo Varela, Hernán. *Pornogramas para chicos y grandes*. Laberinto (2011)
- Bataille, George. *Erotismo*. Tusquests, México 2003
- . *Las lágrimas de Eros*. Tusquests, España 1997
- . *La felicidad, el erotismo y la literatura*. Adriana Hidalgo editora. Argentina 1988
- . *Breve Historia del Erotismo*. Calden. Uruguay 1970
- . *Historia del ojo*. Ediciones Coyoacán, México 1995
- . *Madame Edwarda*.
- Boccaccio, Juan. *El Decameron*. M. E. Editores, España 1995

Burroughs, William. *Yonki*. Anagrama, España 1997

------. *El almuerzo desnudo*. Anagrama, España 1989

------. *Queer*. Anagrama 2013

Bushnell, Candace. *Sexo en Nueva York*. Plaza y Janés, Barcelona 2001

Clavel, Ana. "Mis libros eróticos de cabecera (y otras partes de la cama)"

Laberinto 278 (2008): 04

------. "Trasvestismos literarios." *Laberinto* 357 (2010): 06

------. "Plazas íntimas y otros espacios impúdicos." *Laberinto* 368 (2010): 04

Chateaubriend, François René de. *Amor y Vejez*. Acantilado, Barcelona 2008

Culler, Jhonattan. *Introducción a la teoría literaria*.

Dennis, Donna. *Licentious Gotham: Erotic Publishing and Its Prosecution in*

Nineteenth-Century New York. Harvard University Press, USA 2009

D.H., Lawrence. et. al. *Pornografía y obscenidad*. Buenos Aires: Argonauta, 2003

Duras, Margaritte. *Escribir*. Tusquest editores España 1994

Eco, Umberto. *Confesiones de un joven novelista*. Lumen, México 2011

El oficio de escritor. Era, México 1990

Estrada, Josefina. *Piel Bandida*. Cal y Arena, México 2014

Ferrero, Jesús. *Las experiencias del deseo. Eros y Mitos*. Anagrama, España 2009

García Viñó, Manuel. *Teoría de la novela*. Anthropos, España 1995

Giardinelli, Mempo. *Luna Caliente*. Alianza Editorial, España 2010

González Torres, Armando. "García Ponce: el placer que define." *Laberinto* 335 (2009): 03

----- . "Eros pedagógico." *Laberinto* 425 (2011): 03

Gil, Eve. Entrevista a Ana Clavel. *Siempre! La cultura en México*, México, 24 de enero de
2016

Gilman, Stephen. *La novela según Cervantes*. FCE, México 1989

Grandes, Almudena. *Las edades de lulu*.

Gubern, Roman. *El eros electrónico*. Taurus, México 2013

Houellebecq, Michel. *Plataforma*. Anagrama, España 2014

Iglesias, Susana. *Señorita Vodka*. Tusquets, México 2013

Jakobson, Roman, et. al. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Siglo XXI México
2002

Kristeva, Julia. *Historias de amor*. Siglo XXI, México 1983

Kureishi, Hanif. *El buda de los suburbios*. Anagrama, España 2015

Lacub, Ricardo. *Erótica y Vejez. Perspectivas de occidente*. Buenos Aires: Paidós, 2007

Landeros, Carlos. *Yo, Elena Garro*. Lumen, México: 2007

Lizardo, Gonzalo. *Inmaculada Tentación*. Era, México 2015

Lésper, Avelina. "La muerte del placer." *Laberinto* 280 (2008): 12

----- . "Max Ernst, una semana con Sade." *Laberinto*384 (2010): 12

Leyland, Winston. *Cónsules de Sodoma*. Entrevista de Laurence Collinson y Roger Baker a

William S. Burroughs, Tusquets editores, España 2004

Luna, Andrés de. *Rituales del deseo*. Ensayos sobre el erotismo y sus consecuencias.

Ediciones B, México 2013

Malvido, Adriana. "Noches de fuego y desvelo." *Laberinto*209 (2007): 04

Miklos, David. *Dorada*. Tusquets. Tusquets, México 2014

Miller, Henry. *Trópico de Capricornio*. Plaza y Janes, Barcelona 1996

----- . *Sexus*. Edhasa, España 2004

McCormack. *La novela, el novelista y su editor*. FCE, México: 2010

McNeill, Elizabeth. *Nueve semanas y media*. Tusquets, España 1996

Nabokov, Vladimir. *Lolita*. El País, España 2002

Nin, Anais. *Ser Mujer*. Editorial Debate, Madrid 1979

Onffray, Michel. *La Fuerza de existir*. Manifiesto Hedonista. Anagrama, España 2008

Pttersson, Aline. *Deseo*. Alfaguara, México 2011

Paz, Octavio. *La llama doble: amor y erotismo*. Seix Barral, México 1993

Paz Garro, Helena. *Memorias*. Océano, México 2011

Petronio. *El Satiricón*. UNAM, México 1997

Preciado, Beatriz. *Pornotopía*. Arquitectura y sexualidad en Playboy durante la guerra fría.

Anagrama: Barcelona, 2010

------. *Con terror anal*. Melusina, España 2009

------. *Testo Yonki*. 2008

------. *Manifiesto Contra-sexual*. 2002

Réage, Pauline. *Historia de O*. Tusquets, México 1975

------. *Retorno a Roissy*. Tusquest, España 2009

Rothenberg, Jerome. *Ojo del testimonio*. Aldus: tr. Heriberto Yépez: México, 2011

Rougemont, Denis. *Amor y Occidente*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes,
México 1993

Ruvalcaba, Eusebio. et. al. *Erotismo en el amor, el arte y la literatura*. Publicaciones
Mexicanas, 1965

------. *Un hilito de sangre*. Planeta, México 2013

Sacher-Masoch, Leopold von. *La venus de las pieles*. Axial, México 2008

Solana Olivares, Fernando. "Balthus, nuestro desconocido." *Laberinto*245 (2008): 06

Solares, Marín. *Cómo dibujar una novela*. Era, México 2014

Spencer, Stanley. "La nomenclatura de la carne y el deseo." *Laberinto*246 (2008): 04

Solares, Martín. *Cómo dibujar una novela*. Era, México 2014

Souza, Patricia de. *Erótika*. Jus, México 2008

Smith, Patti. *Just Kids*. Lumen, España 2010

Trungpa, Chogyam. *Loca Sabiduría*.

Valdivia, Benjamín. *Ontología y Vanguardias. Orígenes de la estética de la fragmentación*. Calygramma, México: 2013

----- . *Eros y Quimeras*. Visiones sobre Nerval, Sade, Paz y otros. Azafrán y Cinabrio, México 2010

Vassi, Marco. *The gentle degenerates*. USA: Rouge, 1968

----- . *Methasex, Mirth and Madness*. Penthouse Press Ltd., Nueva York 1975

Vivero, Elizabeth, et. Al. *Prototipos, cuerpo, género y escritura*. Tomos I y II. UMSNH, Morelia 2013

Welsh, Irvine. *Porno*. Anagrama, España 2014

Woolf, Virginia. *Un cuarto propio*.

Yehya, Naief. *Pornografía. Obsesión sexual y tecnología*. México: Tusquets, 2012